

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 756

MADRID, 30 JUNIO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



El Rey Gustavo de Suecia, de cuyo nacimiento se acaba de cumplir el setenta aniversario. Con este motivo, el pueblo sueco, en todos sus sectores, ha tributado á su

Monarca pruebas unánimes de afecto y de adhesión, testimonio de lealtad firmísima de todo un pueblo á un Monarca bueno, inteligente y ejemplar

EL ARTE DE MARIA GUERRERO

SOBRE LA PASIÓN

Al enfocar la capacidad de María Guerrero para la transformación plena en incontables tipos emocionales femeninos, es menester hacerlo *sub specie amoris*, con la óptica del amor. El corazón de María Guerrero era una forminge provista con todas aquellas cuerdas susceptibles de vibrar bajo el plectro amoroso; desde la más sutil y sumisa hasta la más recia é imperativa. A fin de explicar esto, no puedo por menos de distraerme en una disquisición.

El amor femenino es, necesariamente, lo que Stendhal calificó de amor-pasión. El vulgo, incluso el vulgo literario, entiende que la pasión es un grado cuantitativo, más copioso y vehemente, del amor, y supone que el amor violento es sinónimo del amor apasionado; en una palabra, pasión. Pero la pasión no se caracteriza por la cantidad ó tensión amorosa, sino por la calidad. La pasión es, en suma, la calidad femenina del amor.

Pasión viene del griego *paskein* y *patos*, que significan, respectivamente, padecer y pasión. Y así, la pasión viene á ser el sufrir, el padecer una carga, una pesadumbre física, y, por extensión, moral, afectiva, pues lo afectivo pertenece á la pasión, de manera inicial, ya que sentirse afectado equivale á verse situado en posición pasiva. Pasión se opone á acción, el paciente al agente, lo pasivo á lo activo, y el padecer al obrar. Esta distinción es profunda, sobremamente importante. Para Cartesio y sus secuaces, «las pasiones del alma» no son otra cosa que «los movimientos pasivos del alma». Posteriormente se dilata y amplía esta acepción estricta en Condillac, Kant y Hegel) y se describe la pasión como «una tendencia de cierta duración, acompañada de estados afectivos é intelectuales, en particular de imágenes, que señorean y absorben la vida del espíritu». Restringamos ahora estos varios conceptos de la pasión á la esfera del amor. Biológicamente, la «femenina positio» (como decían los latinos), la actitud de la mujer en el amor, es pasiva. En amor, el hombre es el agente, y la mujer la paciente. Y aun extendido el concepto de pasión en el rumbo de la duración y permanencia, junto con la intensidad de dominio sobre la vida total del espíritu (como quieren Condillac, Kant y Hegel), ya Schopenhauer y Weininger observaron exactamente que esta manera de amor pasional ó pasivo es el propio y genérico de la mujer, por exigencia fatal del genio de la especie. Para que la mujer cumpla debidamente su misión biológica es menester que sus sentimientos sean pasionales, esto es, absorbentes y duraderos. El hombre es naturalmente un ser activo, un ser destinado á toda línea de acción. En él el amor es actividad secundaria y pasajera. Hasta fisiológicamente (como hace notar Weininger) la aptitud funcional masculina para el amor se incorpora en una mera externidad orgánica. Biológicamente, un amor no le embarga á un hombre su futuro ni su libertad (no hablo en este instante de lo moral y psíquico), en tanto para la mujer, cuya aptitud funcional es interna, y despótica de la totalidad del organismo, un amor contraído ó consumado le

acarrea una larga esclavitud fisiológica, quizás para toda la vida. (Por eso resulta una estupidez equiparar el adulterio masculino con el femenino).

Este criterio de Schopenhauer y Weininger no es nada nuevo; por el contrario, era la norma de juicio comúnmente admitida en el mundo clásico, grecorromano. La «virtud», para los clásicos, era lo mismo que varonía ú hombredad; la cualidad intrínseca al varón (de «vir», varón; como «andreaia», valor, en griego, de «andros», hombre. Pero, clásicamente, «virtud», por esto mismo, no significaba, como en la acepción cristiana, un complejo de honestidad y bondad, sino fuerza actual, energía activa, energía operante. En la propia acepción clásica empleó siempre Maquiavelo la palabra «virtú». Maquiavelo encomia la gran «virtú» de César Borja y de Fernando, *el Católico*; «virtú» patente en las terribles barrabasadas y canallerías de estos príncipes, las cuales resultaron virtuosas en tanto fueron eficaces dinámicamente. Vassari, en las vidas de los artistas insignes del Renacimiento, adjetiva de «virtuoso» el empeño del pintor, escultor ó arquitecto, cuando por su energía y agencia le condujo á lograr una obra magnífica; por donde la prueba de la virtud reside en la eficacia. Esta acepción clásica perdura en ciertas locuciones del habla común, cuando, por ejemplo, se dice: «virtud curativa de una droga», ó «virtud venenosa», ó «virtud mortífera de un arma», virtudes que se pierden en cuanto cesa la fuerza eficaz. Para el clasicismo todas las virtudes eran heroicas, esto es, un «modus operandi», un medio activo para singularizarse, para afirmar un grado eminente de hombredad, para adquirir categoría de «héroe». Y adviértase que lo heroico está en relación de parentesco con lo erótico (como expone Platón en el Simposio). El amor al varón le dispara en una actividad enérgica, combativa y creativa, perfectamente ajena al amor mismo. En tanto, el amor á la mujer la afecta pasivamente y por completo, dejándola inutilizada para toda otra suerte de movimientos que no pertenezcan á la conducta pasional del amor mismo. Ciertamente que en el mundo clásico hubo varones afectados en cierto modo del amor paciente, pasional; v. gr.: Catulo. Pero este tipo de amor en el hombre se motejaba de flaqueza y afeminamiento. En lo clásico, el canon y arquetipo del amor-pasión lo representa una mujer: Safo. El amor-pasión no se adueña del hombre hasta los románticos. Todos los románticos, sin excepción, adolecían de una psique cabalmente femenina. El amor-pasión, esto es, la suprema actitud pasiva frente al ser amado se traduce en un anhelo invencible de anularse, de suprimirse, de negarse á uno mismo; la apetencia del suicidio. Safo se suicidó. Werther se suicidó. Todos los románticos querían suicidarse, ó cuando menos lo decían. Y Santa Teresa (porque en la mujer el amor místico es también amor-pasión) sollozaba: «Muerdo porque no muero.»

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

CENTENARIO DE MORATIN

La figura de Moratín, menos conocida de lo que merece, ha sido, sin embargo, recordada con ocasión del centenario de la muerte del autor de «El Café». El Círculo de Bellas Artes, el Ateneo y la Sociedad de Autores Españoles le han dedicado homenajes muy lucidos. LA ESFERA recoge en estas páginas algunas notas que se suman á esa exaltación tan merecida, comenzando por el bello discurso que en el Ateneo leyó el académico Sr. Conde de Cedillo

"LA MUSA DE LA HISTORIA EN LA POESÍA MORATINIANA"

AL memorar á D. Leandro Fernández de Moratín, consideramos y memoramos la figura representativa de uno de nuestros bien caracterizados periodos literarios. Moratín es el reformador de la comedia y de la poesía españolas de su tiempo, según los principios del mas puro clasicismo, que profesaba, inspirado en mucha parte por sus ídolos transpirenaicos. Es el hombre del buen gusto y del gracejo facil, el escritor sobrio y ponderado, el del lenguaje terso, el del estilo acicalado y elegante, el del sentido del equilibrio y de la armonia. Es también la antinomia viviente entre el casticismo de forma y el exotismo de fondo.

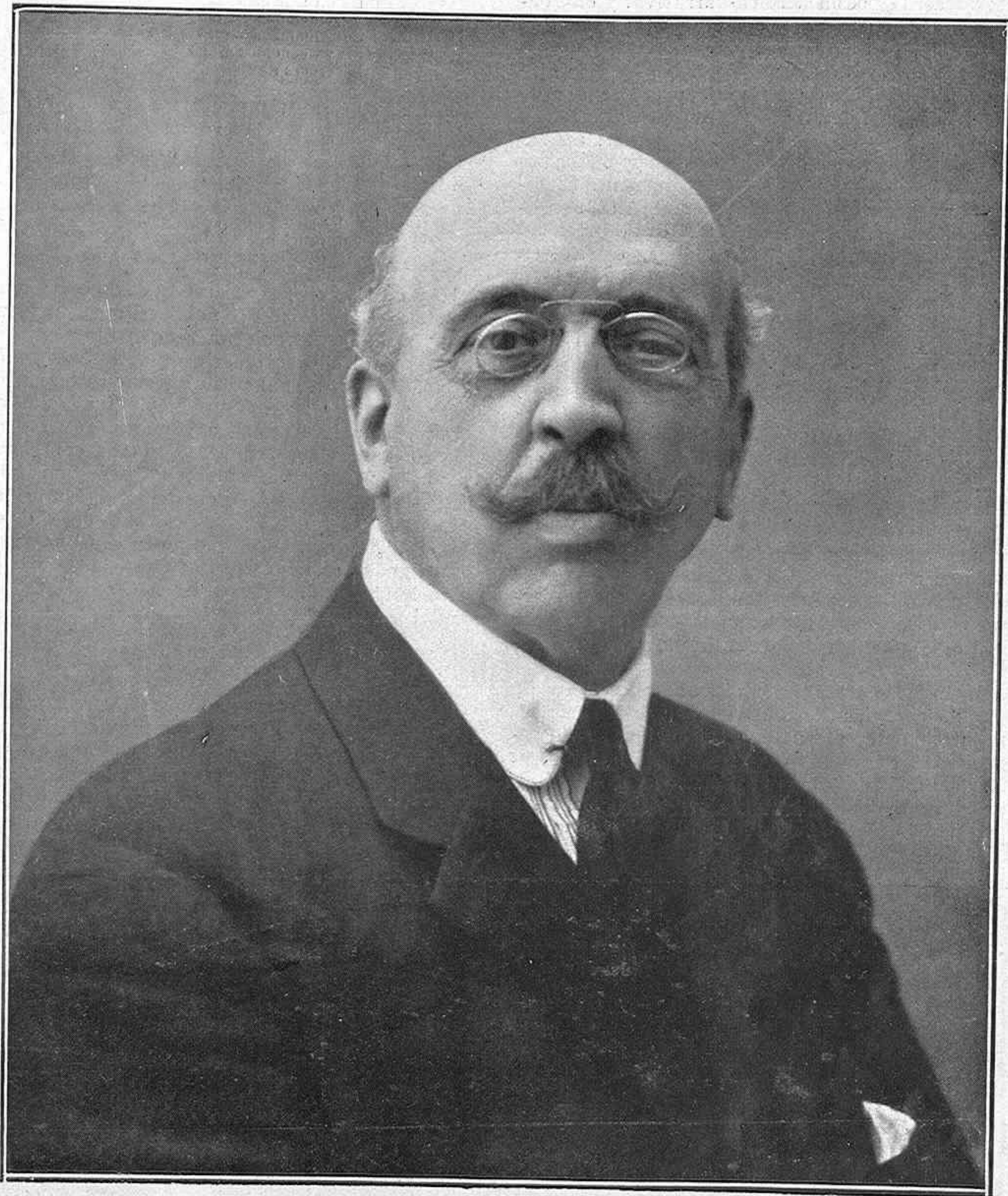
Ahora bien: el Moratín autor cómico ha perjudicado en el ánimo de las gentes al Moratín poeta lírico; y el hecho cierto es que sus biógrafos y comentadores, sus expositores y criticos, hartos numerosos, al escudriñar y juzgar, como era razón, al preceptista y al comediógrafo, postergaron un tanto al lírico, con reconocer en éste al escritor casi perfecto, de clásica inspiración y forma impecable.

Pero en el *Terencio español*, mentalidad compleja y no del todo desentrañada, hay bastantes cosas más que considerar, y que han sido poco ó nada consideradas. Uno de estos aspectos someteré á vuestra atención, discurriendo brevemente sobre un tema que pudiera formularse así: *La musa de la historia en la poesía moratiniana*.

Moratín, retórico y hombre de letras ante todo, si no por temperamento, como consecuencia, en parte, de su amor al trabajo, de sus vastas lecturas y aun también de la cultura adquirida en sus viajes y con las vicisitudes de su existencia, sentía la Historia. Aquél, que en su juventud iba á ser delicado dibujante y aventajado oficial de joyería, apenas llegado al uso de razón, dábale desmedidamente al estudio, engolfándose en la lectura de—entre otras obras—la *Historia de España*, de Mariana, y las *Guerras de Granada*, libro para él delicioso, según confesión propia. No sé si se refiere con esto á las *Guerras civiles de Granada*, especie de novela histórica de Ginés Pérez de Hita, ó á la *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada*, clásica producción de Hurtado de Mendoza, por el pensamiento y por el estilo, inspirada en Tácito y Salustio. Sospecho que es á esta última, porque Mendoza era uno de sus autores predilectos. Pero, para el caso, todo es uno y lo mismo.

En su epistolario, así en el de su juventud como en el de la ancianidad, hallamos rasgos en que se descubren sus doctrinas y opiniones tocantes á la Historia. «Un historiador—decía en 23 de Marzo de 1787 á D. Juan Pablo Forner—que escribe para enseñar, debe hacerse superior á la credulidad del vulgo, no pactar con la ignorancia y no ceder ni á la autoridad ni al ejemplo.» Aquí apunta el partidario de la Historia pragmática, á lo Tucídides ó á lo Tácito. «Cuando me escribas algo de cosas públicas—comunicaba en 1 de Diciembre de 1822 á su gran amigo Melón—, sea siempre narración desnuda: el historiador debe ser impasible; imita la sequedad de Ferreras, no la filosofía de Tácito. Y yo me entiendo.» Aquí ya se está por la historia meramente narrativa. Notad aquellas dos fechas, tan distantes una de otra en la vida de Moratín, y reparad en esas ideas, que ahora no tengo tiempo de comentar, pero que revelan en su voluble sustentador la preocupación histórica.

Esta acompañó á nuestro autor desde sus años juveniles, y particularmente desde que, abandonados los metales preciosos, el lápiz y el pincel, se entrega de lleno al ameno trato con las musas, y más que á otras, dentro del coro de las nueve, á mi venerada Clío. No es que yo pretenda insensatamente negar á su amadísima Talía el puesto eminente de favorita que de hecho ocu-



EXCMO. SR. CONDE DE CEDILLO
Autor del interesante discurso que publicamos

paba en el ánimo del «español Inarco». Pero éste, como buen aficionado á todo lo bello y exquisito, también tuvo sus coqueteos con la señora Clío, la cual, aunque más sericica y descontentadiza que su risueña hermana, tampoco le hizo mal rostro, y antes bien tengo para mí que le diputó como uno de sus más finos devotos.

Y voy á corroborar con textos mis afirmaciones. Así, yo veo que al mentar á la susodicha Clío en su soneto á las musas, compendia en un solo verso todo un tratado didáctico, declarando que ella

«une en la Historia al interés decoro»

Y veo cómo en otra clásicísima composición en versos endecasílabos sueltos se confiesa y quiere

«.... animado
de más sublime ardor, sonando Clío
la trompa que marcial ira difunde,
de España celebrar los altos triunfos,
del cuello altivo sacudiendo rota
la bárbara coyunda; en las arenas
de Libia ardiente, el vencedor vencido;
Numancia satisfecha en el estrago
de la soberbia Roma, abandonada

al espantoso militar desorden;
dueño Cortés del estandarte de oro
en los valles de Otumba, y á sus plantas
el cetro occidental...»

Bien lo veis; ello es todo un vasto programa, en que lo mismo se toca á la historia de la dominadora del mundo antiguo, como á nuestras glorias africanas, como á las épicas hazañas hispanas en el mundo nuevo.

En Moratín se descubre también á las veces, cuando habla en verso, al tratadista y al escritor didascálico. Endereza á un ministro una silva, discurriendo sobre la utilidad de la Historia. Y al propio tiempo que evoca sintéticamente el pasado, ya casi desconocido, y canta las grandes ruinas de poderosos pueblos y naciones, las causas determinantes de tales estragos y la caída de ambos imperios, el de occidente y el de oriente, por el empuje de los bárbaros, pone cátedra de Filosofía de la Historia, dogmatiza y desea á su amigo que

«Docta la Historia, ejemplo verdadero
á tu razón presente
de lo que habrá de ser en lo que ha sido.»

Y encarándose más con el interpelado, vaticane, apelando otra vez al pragmatismo:

«Tú así, en la edad pasada examinando de tantos pueblos la voluble suerte, las causas de su gloria y su ruina, propio escarmiento harás la culpa ajena, experiencia el aviso y natural talento la doctrina.»

Con bastante antelación á estos rasgos filosófico-histórico-poéticos, ya cultivó Moratín la Epica, ó séase la poesía heroica-narrativa, y ello debióse á un concurso que anunció la Academia Española, y en el cual se proponía por obligado asunto la toma de Granada por los Reyes Católicos. Moratín, hijo de familia y á la sazón de dieciocho años de edad, con nombre supuesto y sin conocimiento del autor de sus días, acudió al público certamen, celebrado en 1779. Su poema, que se desarrolla en ciento cincuenta estrofas de á cuatro versos endecasílabos asonantados, obtuvo el accésit. Es una obra de juventud y de inexperiencia, y á no haberse escrito, en nada se aminoraría la gloria del ilustre don Leandro. No se cifó en el poema, y ello es legítimo y plausible, á la rigurosa narración histórica. Descúbrense en el curso de la obra rasgos muy felices y prometedores en aquel vate apenas salido de la infancia; pero cuanto al fondo, la acción es endeble, y hay tan extrañas incidencias cuales son las de ponerse en boca de Mahoma un parlamento dirigido al rey de Granada, con mención de Méjico y del Cuzco, y hacerse hablar á un musulmán granadino del *luciente Apolo*, aludiendo al sol. Y con relación á la forma; el estilo es poco elegante; las asonancias se resuelven con harta frecuencia en indebidas consonancias que son martillo del oído; y, en resumen, ni remotamente anuncia esta producción mediocre al autor de la admirable y casi perfecta *Elegía á las Musas*.

Habían de transcurrir algunos años antes de que las egregias dotes de su vena culminasen en nuestro poeta, plasmadas tal cual vez en composiciones en algún modo tocantes á la Historia. Las síntesis históricas le seducen. La muerte de su «dulce amigo» el historiador, anticuario y humanista D. José Antonio Conde, bien conocido

por sus obras relativas á la historia de los árabes en España, sírvele para trazar un sucinto resumen en atildadas estrofas de á seis versos heptasílabos, de la dominación islamita en nuestro suelo:

«desde que el cielo airado
llevó á Jerez su saña»

hasta el último canto de aquella vivida epopeya; es á saber:

«hasta que rotas fueron
las últimas cadenas,
y tremoladas vieron
de Alhambra en las almenas
los ya vencidos árabes
las cruces de Isabel.»

Síntesis es asimismo el epigrama que Moratín compuso «para el sepulcro de Almanzor», del cual—tan grande admiración le inspiraba—afirma que

«tal fué, que nunca en sucesión eterna
darán los siglos adalid segundo,
que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.»

Hay tres sonetos de Inarco que son otros tantos cuadros históricos de noble entonación y sobria pincelada. El mejor de todos y el que mejor se adapta al clásico ideario de su autor, *Junio Bruto*, no se refiere al asesino y supuesto hijo de César, sino á su ascendiente Lucio Junio Bruto, fundador de la República romana; aquél que, sabedor de que sus propios hijos eran cómplices en una conjuración tramada para restaurar la monarquía, no vaciló en condenarlos á muerte, presenciando la ejecución. Algo más flojo es el rotulado *Rodrigo*, en el que pinta al último rey de los godos en las angustias del vencimiento y de la huída, que al surcar las aguas del undoso raudal del río,

«..... cede al poderoso
impetu, espira el infeliz, y entrega
el cuerpo al fondo, á la corriente el manto.»

En el tercer soneto, *La noche de Montiel*, Moratín forja en verso con cuatro nerviosos toques la repugnante escena que, con la pluma de Livio, había trazado en prosa el canciller López de Ayala, hasta que, herido el rey por su hermano,

«..... espira con horrenda muerte,
y el trono y los reñcores abandona.»

Y á continuación surge el filósofo de la Historia, y gravemente decreta:

«No aguarde premios en el mundo vano
la inocente virtud, si da la muerte
por un delito atroz una corona.»

Un cuarto soneto histórico de Moratín, *El rey D. Sebastián*, publicado entre sus obras póstumas, en que sobriamente se describe la muerte del monarca lusitano, es digno de la musa moratiniana, pero no acrece en un ápice la gloria de su autor.

He aquí, en fin, ahora, elegantemente descrito, el sublime sacrificio de Guzmán *el Bueno* en Tarifa; descripción compuesta con motivo del nacimiento de un descendiente suyo, hijo de la marquesa de Villafranca:

«..... De Tarifa el alto
muro, sitiado de agarenas huestes,
supo guardar su generoso abuelo.
Vió de cadenas sin piedad ceñido
el joven infeliz, oyó sus voces,
y el ruego y llanto de doliente esposa,
y supo ser leal. Le ofrece el moro
pactos indignos, y amenaza al cuello
del inocente, si Guzmán resiste;
él se descíñe la temida espada,
la tira al campo, y «Si no quieres, dijo,
la tuya ensangrentar, esa es la mía.»

En resolución: nuestro Moratín, inspirado y correctísimo poeta lírico á sus horas, debe á la musa de la Historia el don de algunas de sus excelentes composiciones métricas. Ninguna de las de esta categoría incluyó Menéndez y Pelayo entre las cien mejores poesías líricas castellanas, y, cierto, el maestro hubo de tener para tal omisión sus razones. Pero ello no podrá ser bastante á impedir que á las excelencias y calidades que en nuestro rememorado poeta todo el mundo culto reconoce, deba agregarse una más: la del feliz consorcio, por su inspiración consumado, entre el genio de la Historia y la alma Poesía, consorcio generador de muy bellos brotes en el ubérrimo campo de las Letras castellanas, de que es Moratín delicia y ornamento.

R

CCNDE DE CEDILLO



Personalidades que tomaron parte en el homenaje tributado á Moratín por el Ateneo de Madrid

(Fot. Díaz Casariego)

En «La derrota de los pedantes» hay párrafos que Moratín reditivamente podría escribir hoy con tanta ó más razón que los escribió antaño. No podemos, desgraciadamente, copiarlos todos; sí reproducir algunos que van á continuación como muestra. Dicen así:

HECHO esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caía al portalón, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derecha á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro había compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos, quejándose de su mala suerte, y llorando su prisión como pudiera el mismo Macías.

«Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es éste el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.»

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño:

—Salga acá afuera, señor galán; salga acá fuera, que ya he llegado á entender su habilidad; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

—¡Oh, favor!—exclamó el de los ovillejos—, ¡oh favor!—y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistía, pero no lo pudo evitar: levantóle con mucho agasajo, y el poeta, sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenía en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio, haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podía contener la risa.

—¿Qué, es posible—decía arrojando las cejas y dándose palmadas en la frente—, qué, es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo numen desea verme, solicita conozerme y tratarme? ¡Oh, favor! Pero, ¿es cierto, soberano Alpide, es verdad ó ilusión dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó extravío de la imaginación férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada calígine...?

—No es calígine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habéis dicho—replicó Mercurio—; mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que tratéis de no hablarle en culto, ni le juguéis del vocablo, ni le digáis quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcón y le obedecerán al punto.

—¿Qué decís, ínclito nuncio del Tonante?—replicó el del cisco—; ¿tanta cólera podrá haber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante; no lo hallo posible.

—Si es posible ó no—añadió Mercurio—, veréislo después, y vuelvo á avisaros que si no dejáis esas gallardías de estilo, lo habéis de pasar muy mal, señor repentista.

—*Sileo libenter*—dijo el poeta, y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salón de audiencia. Asomóse Mercurio, y vió que aun no había veni-

UNA PÁGINA DE MORATÍN

«La derrota de los pedantes»

(FRAGMENTO)

do Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetía tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

—¡Qué variedad!, ¡qué diferencia!, ¡qué opuestos polos!—exclamó entonces con voz recalcada y nasal—; aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios, exigen los hombres de los otros hombres; ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero, ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Maecenas atavis*, magnánimo y liberal, le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con príncipes, potentados, ministros y magnates de primera magnitud, ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿Qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen ariatonados en mi guadilla, que jamás verán la luz pública; ¿y por qué?, por la

pobreza de su autor. ¡Oh, pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo; esto es: *pauperiem* la pobreza, *pati* sea para ti, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones más doctos es abominada. ¿Y qué obras son éstas que conservo?, ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada!, ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de primera entrada, veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal?, digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegíaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevención, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad salutatatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que e cabo de hacer alusivos á mi prisión, á la obscuridad de la carbonera y á los cendales aráchueos que me cubrían? Pero, ¡qué sonetos!, ¡qué madrigales!, ¡qué romances!, ¡qué estrambotes!, ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos, ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demás la Naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nisel! ¡ay, idolatrada señora mía! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesión, según consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi colección manuscrita), ésta es la que encendió mi numen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendría diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que, como llevo dicho, vulneró mi corazón en los adolescentes años, he llorado desvíos; he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolución de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si queréis, la prueba: unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamación de nuestro soberano; dicen así, ni más ni menos: *favete linguis*:

El día diez y siete del corriente, á cosa de las nueve ó nueve y cuarto de la mañana, se juntaron todos los señores que estaban convidados.

Y como era preciso, cada uno llevó á la fiesta su mejor caballo; de manera que cosa más lucida no se ha visto jamás ni se ha pensado.

Todos iban de gala, como digo, con vestidos muy ricos, bien cortados, los más con bordadura, y los restantes á cada cual mejor (si no me engaño).

Pues, como llevo dicho, se dispuso la cabalgata, y luego, muy despacio, cogieron y se fueron á la villa, según estaba ya determinado.

Y al llegar á la puerta...

—Basta, basta—dijo Mercurio—; no me recitéis más versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demás no serán mejores; callad, por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.



Portada dibujada por Vicente López para la edición de las Obras completas de Moratín hecha por la Real Academia de la Historia

EN EL CENTENARIO DE MORATIN

« EL SÍ DE LAS NIÑAS »

DEL estreno de *El sí de las niñas*, verificado en el Teatro de la Cruz el viernes 24 de Enero de 1806, nos ha dado un primoroso y viviente relato el glorioso Galdós en *La Corte de Carlos IV*, el segundo de sus magníficos *Episodios Nacionales*. En lacónica síntesis, en los curiosos apuntes políglotas que, á modo de diario de su vida, escribía D. Leandro Fernández de Moratín, registrase, refiriéndose al estreno, esta sola palabra: *Placuit*. Agradó, ciertamente, en formidable batalla, y de modo tan extraordinario que las representaciones duraron veintiséis días, «y acaso hubieran durado más—dice la biografía que figura en la edición de 1840—á no haberlas interrumpido la Cuaresma»; cifra asombrosa, pues no sabemos de ninguna otra obra de la época que las obtuviese. Aunque, á buen seguro, ni el público que aplaudió *El sí de las niñas* ni su propio autor apreciaron en todo su valor la maravillosa comedia, joya de la dramática española, que conserva hoy día la misma frescura que si acabara de escribirse, y que sólo tiene en todo el repertorio anterior y posterior media docena, á lo sumo, de comedias cuyo mérito le sea comparable. Y, por de contado, menos que nadie advirtieron su importancia los cómicos que la pusieron en escena.

Huérfanos aquella temporada del gran Isidoro Máiquez—desterrado por las autoridades—, los teatros madrileños, funcionaban en la Corte, al comenzar el año 1806, dos Compañías: una, la de los Caños del Peral, en que eran primeras figuras Andrea Luna, Antonia Prado, Juan Carretero y José Fedriani; otra, la de la Cruz, en la que sobresalía la sin par Rita Luna con García Parra, Ponce y Antonio Pinto. Pero distanciada Rita Luna de Moratín, de quien sólo representó en su vida *El Barón*, y, por cierto, no muy á satisfacción del avinagrado *Inarco Celenio*; consagrada, además, la Compañía principalmente á muy distinto género dramático, cuando el favor del Príncipe de la Paz obligó á representar *El sí de las niñas*, fueron segundas partes, como otras veces, los encargados de dar vida á los personajes moratinianos. Hizo la *Doña Irene* una segunda graciosa, María Ribera, en su ocaso ya; la *Doña Francisca* fué María Josefa Virg, la última dama de la lista; el capitalísimo personaje de *Don Diego* se encomendó al sobresaliente Andrés Prieto, recién traído de Barcelona, que sólo años después adquirió cierto renombre... Con estos elementos, en lucha á la vez con el mal gusto y con los enemigos personales y políticos del autor—que no eran pocos—, surgió *El sí de las niñas* entre silbidos y aplausos para conseguir rápidamente universal estimación.

No había transcurrido un mes de su estreno y ya una carta de D. Manuel de Inca Yupanqui, de 22 de Febrero, publicada en el tomo II de las *Obras póstumas de D. Leandro F. de Moratín*, da cuenta de haberse representado en Zaragoza, con éxito felicísimo, por aristócratas aficionados. La marquesa de Santa Coloma hizo el papel de *doña Irene* en esta representación, verosíblemente la primera que se dió á la comedia fuera de Madrid; la baronesa de Escriche representó á *Rita*; su hija, de diez y seis años, fué la *Doña Francisca*. El reparto masculino fué: *Don Diego*, el Sr. Inca Yupanqui; *Don Carlos*, el marqués de Aguilar; *Simón*, D. José Toledano; *Calamocha*, el marqués de Artasona, hijo de la marquesa viuda de Ayerbe. Una segunda carta del Sr. Inca aporta este nuevo dato del entusiasmo del público por la obra:

«La remesa de ejemplares que se remitió aquí se concluyó en cuarenta y ocho horas, y los que disfrutamos alguno, nos vemos acosados por los curiosos, que no contentos con haberla visto, quieren rumiar á sus solas todas sus preciosidades.»

Pero hubo más. En un tiempo en que el teatro español se abastecía casi exclusivamente de arreglos del francés y el italiano, *El sí de las niñas*, como otras comedias moratinianas, fué á su vez traducido al italiano y al francés. En 6 de Octubre de 1822, Moratín, desde Burdeos, escribía á su amigo D. Juan Antonio Melón:

«Se publica en París una colección de veinte ó más tomos con los *chef d'oeuvre* de los teatros extranjeros, traducidos al francés; y te aseguro que estoy poco satisfecho de los tajos y reverses de tu amigo Desmenard, el cual en unas advertencias preliminares manifiesta demasiado, no sólo la superficialidad de sus conocimientos en la materia, sino aquella genial inclinación que ha tenido siempre á morder y desgarrar al prójimo; todo efecto necesario de su moralidad y su candor. Con que tienes ya traducidas *El*

enviártelo para que los ciegos lo canten á la puerta de las tabernas.»

No «pilló» el *Misántropo*, ni tampoco volvió á escribir para el teatro después del estreno de *El médico á palos*, verificado el 6 de Diciembre de 1814 en Barcelona. Expatriado en Francia, perseguido por sus opiniones políticas—fué amigo de Godoy y afrancesado—quejábale continuamente de expoliaciones de que era víctima en su patria, y en Diciembre de 1823 escribía desde Burdeos á D. Manuel García de Prada:

«Y luego preguntan con una estúpida admiración, á manera de quien acusa: ¿por qué no escribe comedias el Sr. Moratín? Si alguno le hace á usted semejante pregunta, hágame usted el gusto de echarle á la m..., y dígame usted que es por encargo mío.»

•••••

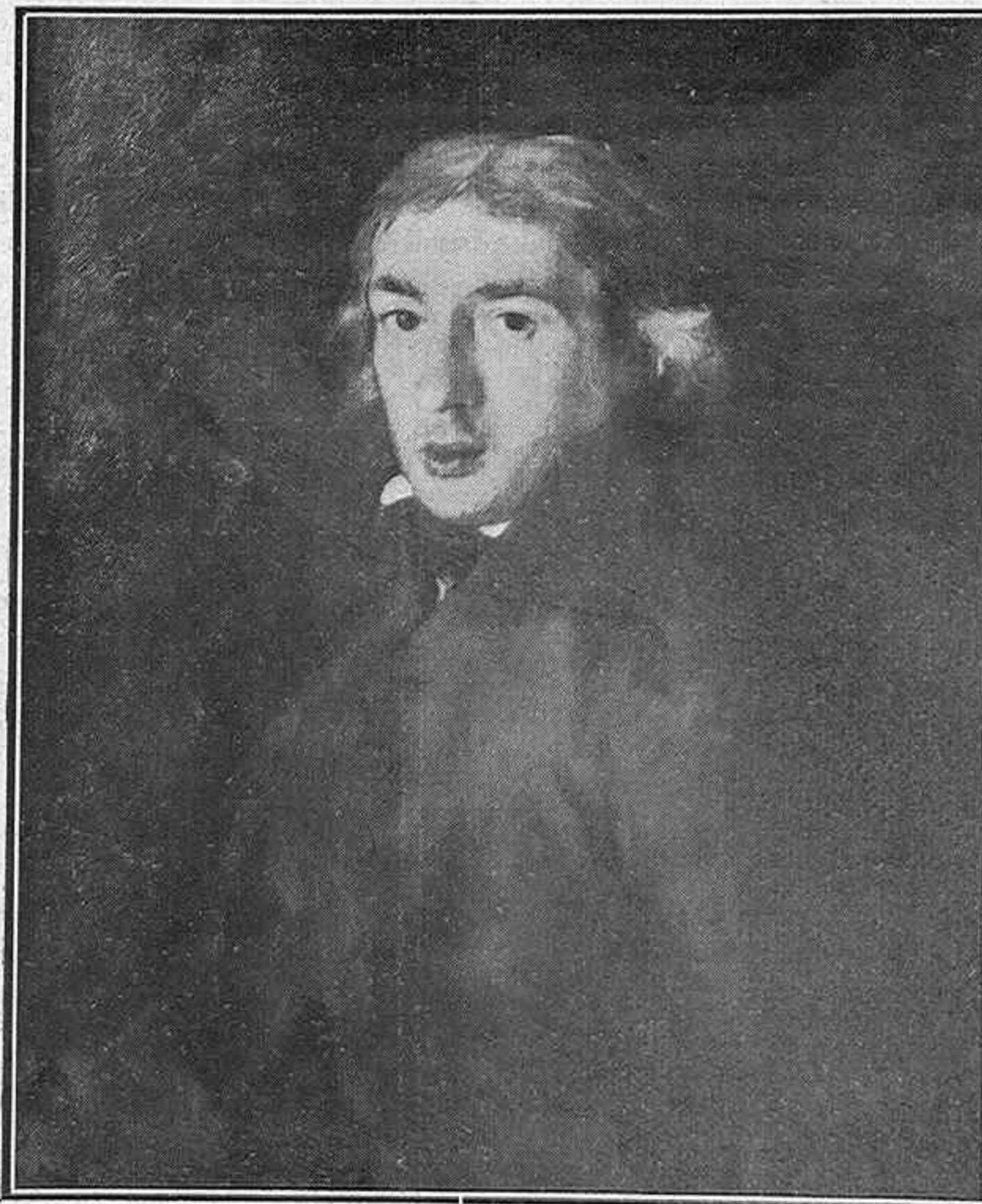
Dice D. Emilio Cotarelo que en *El sí de las niñas* «Moratín generalizó un caso particular al pintar sus propios recelos, ó sean los que le causaban sus amores algo tardíos con aquella Paquita Muñoz, que, sin embargo, consagró á Moratín un culto entre amoroso y filial durante veintiocho años. Cuando se escribió la comedia (1801), las ternezas de D. Diego y su elevación de espíritu eran memoriales de pretendiente, y cuando se estrenó, disculpas y temores del hombre á quien hizo infeliz su eterna suspicacia.»

No es inverosímil que Moratín reflejase en la comedia sentimientos personales, como indica el ilustre académico; pero podemos asegurar que el origen de *El sí de las niñas* no es la generalización de su caso particular. Aunque ningún biógrafo de Moratín lo haya dicho, hemos encontrado en el teatro francés el boceto de la castiza comedia española, que no es otro que *L'Ecole des Mères*, obrata en un acto, de Marivaux, estrenada en el Teatro de los Italianos, de París, el 26 de Julio de 1732.

La simple lectura de la lista de sus personajes acusa, desde luego, el parentesco de esta comedia con la de Moratín. Una Mme. Argante, con su hija Angelique y su criada Lisette; un M. Damis con su hijo Eraste, pretendientes ambos de la muchacha sin conocer su rivalidad, y dos criados, intervienen en la acción que se desarrolla en casa de Mme. Argante la noche en que se va á firmar el contrato de boda entre M. Damis y Angelique.

Mme. Argante, viuda, ha criado, lejos del trato social, á su hija, y sin consultar su voluntad, creyendo que por la educación que ha recibido no ha de oponerse ni aun ha de ser desgraciada, ha decidido la boda de Angelique, muchacha de diez y siete años, con M. Damis, que tiene más de sesenta. Angelique, en efecto, no se atreve á resistir á las órdenes maternas; pero está enamorada de Eraste, ignorando su parentesco con el hombre que su madre le destina para esposo, pues M. Damis no se presenta con su verdadero nombre de Orgon, porque, comprendiendo la calaverada que hace con la boda, la quiere ocultar á su familia y amistades hasta que sea un hecho consumado.

El día de los esponsales, Eraste, ignorando quién es su rival, se introduce en casa de Madame Argante como primo del criado Frontin, y con el falso nombre de La Ramée. Quiere hablar con su novia y excitarla para que rechace las imposiciones de su madre. Y á consecuencia de una serie de incidentes, algunos un poco chocarreros—hay una escena en la obscuridad en que Eraste coge la mano á su padre y le habla creyendo que es Angelique—, pónese en claro todo: M. Damis cede la novia á su hijo; Madame Argante transige, contrariada, con la boda, y todo concluye con el clásico *divertissement*, condenando la educación que se da á las muchachas y con una porción de coplillas picarescas.



Retrato de Moratín, que conserva la Academia de Bellas Artes

viejo y la niña, La comedia nueva, El barón y El sí; pero ¡qué traducción!...

Y las ediciones extranjeras se repetían con un éxito que consigna el famoso librero parisiense Baudry, y que comenta Moratín en 26 de Junio de 1823 en estos amargos términos:

«Infierre de aquí que desde el año 18 hasta ahora han hecho la impresión de Londres que ya viste, las dos de Baudry, otra de Theophile Barrois y otra en Avignon. Cinco, y ninguna en utilidad de su autor, el cual autor no puede hacer una sola por sí.»

Con las ediciones venían los arreglos—ó desarreglos—para la escena. Otra carta de Moratín de 29 de Marzo de 1824, dice:

«... En París acaban de hacer conmigo una fechoría. Figúrate que tres autores han pillado *El sí de las niñas*, y lo han convertido en *vaudeville* y han sacado á don Diego y á doña Irene al teatro público á cantar coplillas agudas y epigramáticas, llenas de *esprit* y con sus estribillos correspondientes. Lo mismo han hecho otros tres autores *ejusdem furfuris* en otro teatro, y ya tienes dos vaudevilles que entretienen á la capital y van corriendo la tuna por esa Francia de Dios adelante. Ganas me dan de pillar el *Misántropo*, traducirle en seguidillas y



Homenaje á Moratín, ante la casa en que vivió, organizado por la Sociedad de Autores

(Fots. Díaz Casariego)

Que Moratín conocía la comedia de Marivaux cuando imaginó la suya es indudable para el lector de *L'Ecole des Mères*; desde la segunda escena piensa ya en *El sí*, encuentra el mismo argumento, los mismos caracteres, hasta algunas frases parecidas. Pero, ¡qué diferencia entre el valor artístico de la obra francesa y el de la española!... Como entre las que inspiraron á Shakespeare y las del coloso inglés. En muchas ocasiones la obra de Marivaux parece una caricatura, una parodia de *El sí de las niñas*; uno de

los *vaudevillescos desarreglos* que Moratín lamentaba. Siendo los mismos los personajes, el D. Diego tiene una nobleza y un prestigio de que carece el M. Damis-Orgon; la ingenuidad de doña Paquita es infinitamente más natural que la de Angelique, quien, en rigor, se parece á las impertinentes damitas de los juguetes cómicos del último tercio del siglo XIX; y en cuanto á la madre (el carácter que conserva semejanzas mayores), resulta desabrida y antipática en la obra de Marivaux. El galán y los criados adquieren

en *El sí de las niñas* un relieve que ni sospecharse puede en *L'Ecole des Mères*; y del mejor desarrollo de los caracteres resulta una acción mucho más interesante y humana.

•••••

Moratín falleció expatriado en París, el sábado 21 de Junio de 1828, cuando contaba sesenta y ocho años de edad, pues había nacido en Madrid el 10 de Marzo de 1760.

ISMAEL SANCHEZ ESTEVAN

MORATÍN, CRÍTICO, Y LOS CRÍTICOS DE MORATÍN

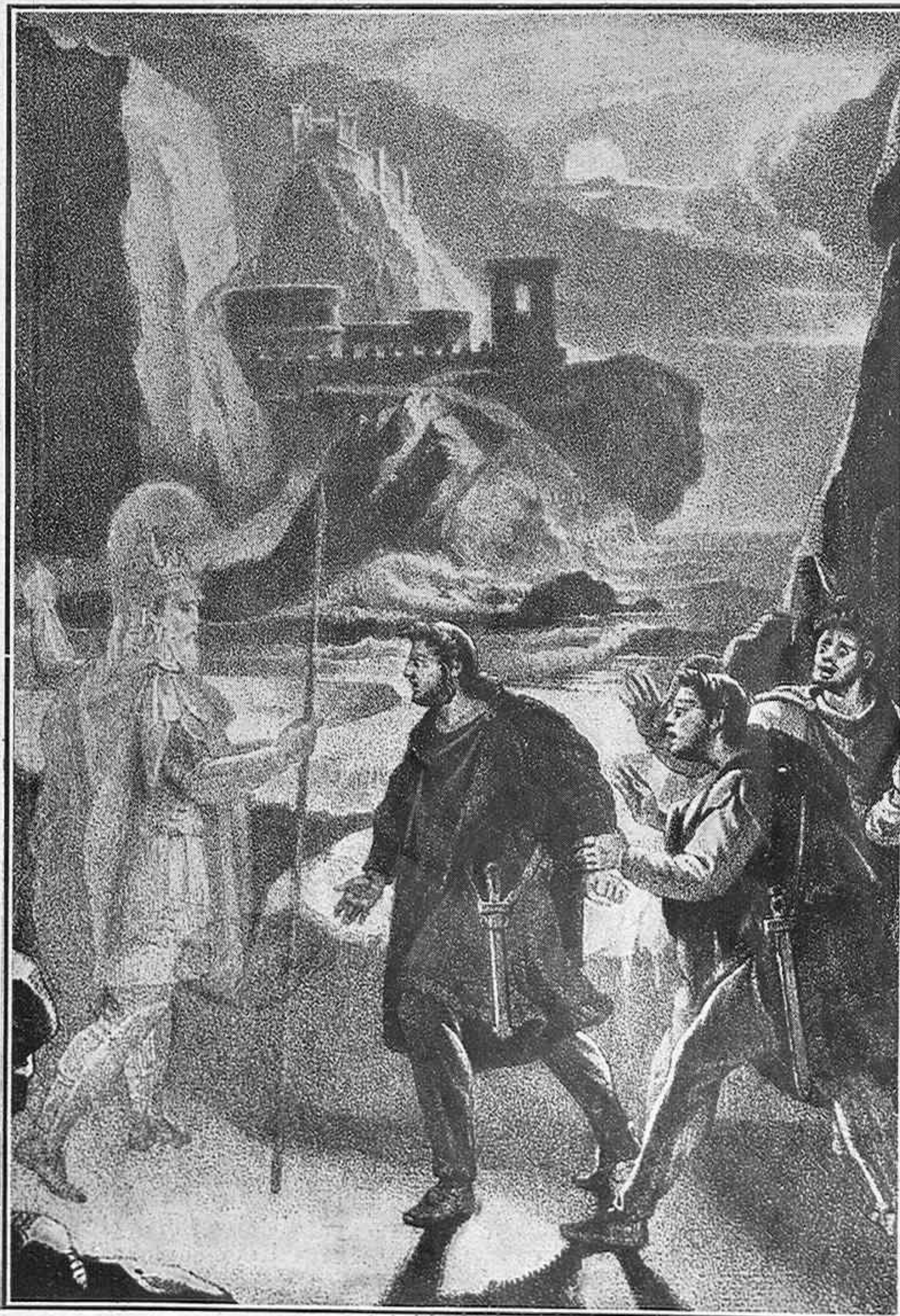
REALMENTE, son muy útiles los centenarios de los grandes hombres aquí, donde nació indudablemente el adagio según el cual nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena, es necesario que truene de vez en cuando por los campos de la historia patria, para que nos acordemos de los santos laicos que constituyen el parnaso español. Ahora le ha tocado la vez á D. Leandro Fernández de Moratín, y los actualistas nos han descubierto, ó poco menos, *El sí de las niñas*, *El café*, *La mojegata* y hasta *El médico á palos*, que D. Leandro tradujo de Molière, como tradujo el *Hamlet*, de Shakespeare, también recordado, aunque menos copiosamente, en estos días.

Igualmente nos han descubierto la vida estrecha de Moratín, sus andanzas políticas, sus miserias, su forzada emigración, su vida en el extranjero, gracias al cariñoso acogimiento de D. Manuel Silvela, su biógrafo y colector de sus obras después, y su muerte y enterramiento en el Père Lachaise, cerca de Molière, uno de sus ídolos, y de Lafontaine; y, por último, la apresurada traída á Madrid de su cadáver para tenerle durante años y años en la cripta de San Isidro antes de darle sepultura definitiva.

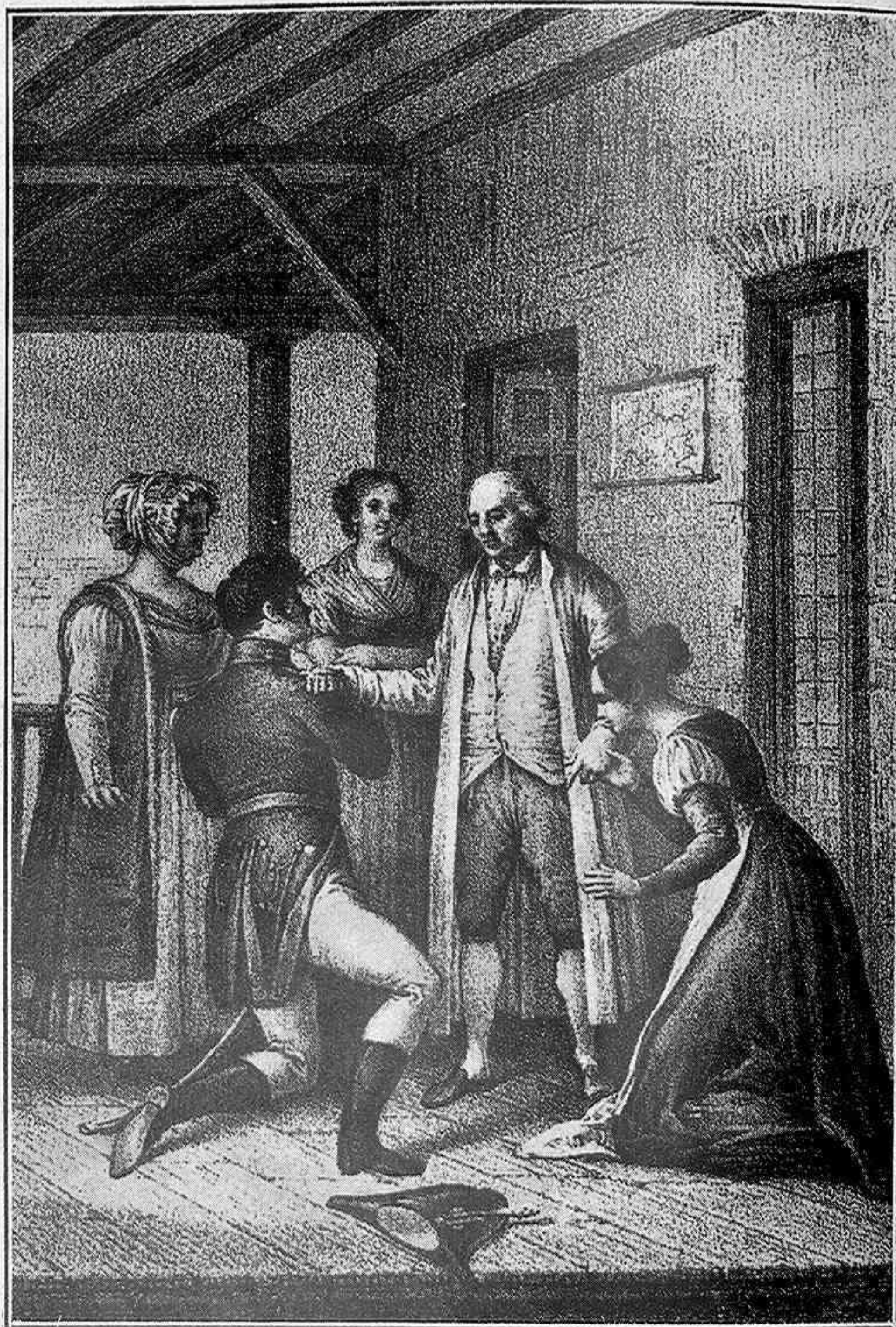
Algo es algo; pero, por lo visto, es insuficiente la tronada: con todo eso no es fácil que nos hayamos enterado aún definitivamente de cómo fué Moratín.

Es difícil, efectivamente, juzgar á los hombres de un modo absoluto, como podríamos juzgar á un mineral desprovisto de su ganga, y, al cabo, si al minero la ganga, á lo menos en sus relaciones íntimas con el metal, le interesa, porque puede darle la clave del beneficio, al juzgador de hombres que pasaron le interesa conocer el tiempo en que esos hombres vivieron, el medio ambiente á que reaccionaron, para saber de ellos lo fundamental: el modo de reacción.

Serafín Alvarez Quintero ha hecho bien recordando las opiniones tan altamente elogiosas de *Fíguro* y de Menéndez Pelayo; sin ese recuerdo, las gentes hubiesen tenido forzosamente que tomar á Moratín por un testarudo, aferrado con terca unidad de criterio, digna del rótulo de monomanía, á una fórmula literaria que no era suya, por lo demás, sino canon artístico de los hombres más cultos de su época, y que le ofuscaba hasta



Una escena de «Hamlet», según una litografía de la edición de la Academia de la Historia



Una escena de «El sí de las niñas», según una de las litografías que ilustran la edición de obras de Moratín hecha por la Academia de la Historia

el punto de no dejarle ver bellezas indiscutibles de las obras maestras.

Moratín no era así: tenía un criterio artístico estrecho; pero un criterio artístico que ni él inventó, repito, ni fué enterrado con él en París ni en Madrid: es el mismo que ha imperado muchos años después, y sigue imperando, cuando se entiende—y en arte escénico hay pocas creencias más generalizadas—que no pueden ser representadas las obras maestras de nuestro siglo de oro sin una previa refundición, que, en definitiva, no es otra cosa que lo que llamaría un matemático su «reducción á la unidad», un acoplamiento de escenas que reduzca la obra, en su traza general, á las normas de los retóricos del tiempo de Moratín, á las unidades canónicas en su tiempo.

Prácticamente, Moratín tenía criterio más amplio y, sobre todo, más respetuoso con las obras maestras que los refundidores actuales y los empresarios que los cobijan. Así, Serafín Alvarez Quintero se aleja de Moratín, porque Moratín no es suficientemente admirador de Shakespeare, y, sin embargo, Moratín, que no era de esos encomiadores, panegiristas á tontas y á locas que apenas si saben del trágico inglés más de lo necesario para reirse del chiste de aquella comedia que dice: «se escribe Shakespeare, pero se pronuncia Schopenhauer», hizo no una refundición ni una adaptación, sino una traducción del *Hamlet*, y dijo en la «advertencia» preliminar á ella, entre otras cosas muy interesantes:

«Tal es, en compendio, la tragedia de *Hamlet*, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el autor ha sabido desempeñar la obligación que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes sabrán juzgarlo.»

Y luego, después de enumerar las inmensas dificultades de la traducción shakespeariana, añade:

«Si estas consideraciones deberían haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó, por otra parte, del deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del más celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nación, ni del mérito de sus autores.»



Reproducción de una lámina litográfica de la primera edición de las obras completas de Moratín

Aun comentando después las traducciones francesas de Laplace y Latorneur, censura la de este último, que considera naturalmente muy superior á la otra, por haber suprimido en ella todos los pasajes de la tragedia que podían haber servido de argumento contra Shakespeare á los amigos de Voltaire en la lucha que entonces dividía á los literatos franceses en racinianos y corneillanos.

El final de aquella advertencia es también digna de ser reproducida:

«Si se ha equivocado—Moratín, naturalmente, hablaba de sí mismo— en su modo de juzgar ó por malos principios ó por falta de sensibilidad de buen gusto ó de reflexión, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupación digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesía y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.»

Tampoco deben movernos á distanciar á Moratín sus juicios acerca de Lope de Vega; porque de él, conociéndole á fondo, dijo en el *Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español*:

«En ellos (habla de los corrales de la Cruz y del Príncipe) comenzaron á oírse con admiración los fáciles versos del joven Lope de Vega, aquel hombre extraordinario á quien la naturaleza dotó de imaginación tan fecunda, de tan afluente vena poética, que en ninguna otra edad le ha producido semejante...»

«Los que prescindiendo de las infinitas bellezas que se hallan esparcidas en sus composiciones dramáticas, gusten sólo de acriminar sus defectos, no les faltará materia abundantísima para la censura; pero si ésta la extienden hasta culpar á Lope como corruptor de la escena española, no hallarán las pruebas que se necesitan para apoyar una acusación tan injusta.»

«Lope no desterró el buen gusto del teatro, que ya estaba enteramente perdido cuando él empezó á escribir. Si algún cargo puede hacersele, será sólo el de no haber intentado corregirle...»

Indignarse contra quien pensaba y escribía así y exaltaba luego siempre hablando de Lope, «... su exquisita sensibilidad, su ardiente imaginación, su natural afluencia, su oído armónico, su cultura y propiedad en el idioma, su erudición y lectura inmensa de autores antiguos y modernos, su conocimiento práctico de caracteres y costumbres nacionales», nos obligaría á indignarnos igualmente con el propio fénix de los ingenios, que para

justificar lo que él mismo encontraba censurable en su obra, dijo aquello de

«El vulgo es necio...»

Moratín, viviendo en su época, llevado como tantos contemporáneos maestros suyos al neoclasicismo por el estudio severo y hondo de las humanidades, reaccionaba además como era lógico en espíritu como el suyo sensible y orientado por los que muchos denominarán con seguridad, como él en hipótesis, «malos principios» de la preceptiva de su tiempo; ante las vesanias del comellismo imperante que podía por más de una razón ser tenido como fruto del error, á lo menos ante un espíritu clásico, de los precusores é imitadores sin sensibilidad, buen gusto ni letras de Lope.

La comedia nueva ó el café es la crítica de ese género, y, sin embargo, Valle Inclán la eligió como obra inaugural para su teatro nuevo, como ya la había elegido años antes para iniciar una sintética excursión histórica ejemplar por el teatro español del siglo XIX en el coliseo clásico de Madrid. ¿Se quiere más pruebas de que esa obra y el espíritu de su autor, por tanto, no eran tan contrarios á Lope y á Shakespeare como se ha dicho? Por lo menos, habrá que convenir en que tenía á *Hamlet* más respeto que los ultramodernistas que nos le van á servir ahora con gabardina y pantalón chanchullo y «puesto al día».

Si los teatros madrileños, casi todos teatros de comedia, en el momento crítico del Centenario, y en muchas semanas anteriores, hubieran sentido la debida admiración por uno de los padres, y no el menor, de la comedia moderna, hubiésemos podido ver sus obras representadas y hubiésemos dado ocasión para que el público, conociéndole, llegase también á sentir amor por el autor de *La mojigata*.

En Madrid nos hemos conformado con una representación de *El café* y otra de *El médico á palos*, como si Moratín no hubiese escrito obras originales, y hechas ambas por aficionados.

Los actores profesionales no han creído necesario contribuir al homenaje, y no debemos pensar que haya sido precisamente por desdén. ¿Habrá sido por ignorancia? No les hagamos la ofensa de pensarlo.

Tal vez haya sido por dudar de la capacidad del público para estimar en su justo valor las obras moratinianas.

¡Lástima que no hayan hecho la prueba! Se hubieran convencido de lo contrario.

ALEJANDRO MIQUIS



Otra lámina de la primera edición de obras completas de Moratín

La boda de Agustín Figueroa y Alonso Martínez



El más joven de los hijos del conde de Romanones, el distinguido literato Agustín Figueroa y Alonso Martínez, en el acto de su matrimonio con la condesa de Clavijo, celebrado en la iglesia de San Fermín de los Navarros (Fot. Campúa)

RELIQUIAS DEL TIEMPO VIEJO

HE aquí una de las pocas reliquias matritenses que no han perdido prestigio ni han desmerecido á los embates del tiempo. Muy cerca de doscientos años cuenta de existencia, y sigue tan firme y útil como cuando fué erigida en los últimos años del reinado de Felipe V.

Labrada fué para que sirviera de entrada al real sitio de *El Pardo*, que desde que vino de Nápoles Carlos III, para ocupar el trono que dejara vacante su hermano Fernando VI, alcanzó grande preponderancia como finca de la Corona, ya que Su Majestad, mientras se aposentaba en Madrid, no dejó pasar un solo día sin distraerse en ella con el saludable ejercicio de la caza.

Después de la breve siesta que en todo tiempo dormía el buen rey, preveníase todo lo necesario para el habitual divertimento, y seguido de cortesanos, monteros y guardas, marchaba á pasar la tarde gratamente, no dejando con vida conejo ni perdiz que pusiérase á tiro de su certera escopeta.

La misma costumbre siguió su hijo Carlos IV, el cual, siendo Príncipe de Asturias, acompañaba á su padre y competía con él en tan apacible remedo de la guerra.

Cuando el pacífico marido de María Luisa y desdichado padre de Fernando VII subió al trono, continuó dando vida á tales lugares con su deporte favorito. Al final de la jornada, su esposa, acompañada de su favorito Godoy, que llegó á ser el verdadero amo y señor de los des-

tinios de España, acudía á buscar á su confiado esposo, yendo tras de la voluble soberana, como corte de amor, las duquesas manolas, los aristócratas aplebeyados y toda la pobretería holgazana que vivía de la caridad mal entendida que usaban Sus Majestades.

Y tanto parece que llegó á acrecentarse este mal, que ya en tiempos del tercer Carlos, el conde de Floridablanca hubo de exponerle el daño que causaba á la agricultura y á la industria con aquella largueza desmedida, pues que por ganarse la vida sin más trabajo que el de ir tras de su coche, se quedaban las fábricas, los talleres y los campos faltos de brazos; y aquel memorable monarca, que entre sus grandes virtudes de recto gobernante tenía el lamentable defecto de ser voluntarioso y testarudo como una mula manchega, según atrevida expresión del no menos testarudo y voluntarioso conde de Aranda, no tomó el consejo en consideración, y prosiguió fomentando inconscientemente el vicio y la vagancia, sólo por verse vitoreado por el pueblo.

Cuando ya el sol comenzaba á guiñar los ojos y se ocultaba detrás de las cresterías de la vecina sierra de Guadarrama, dábase la cacería por terminada, y acomodándose el regio matrimo-

nio en un mismo coche, tornaban la vuelta á Madrid, llevando á la zaga á más de las nutridas servidumbres de entrambos, las gentes desocupadas y holgazanas, que ayer como hoy hacen espectáculo de la vida pública de sus monarcas.

De suerte que allá venían en democrático desorden la carretela de la aristócrata, el birlocho del burgués adinerado y la calesa de la maja pudiente, que llevaba por calesero un majo de plante de aquellos que tan magistralmente inmortalizaron en la escena y en el lienzo D. Ramón de la Cruz y D. Francisco de Goya.

Bien puede decirse que la *Puerta de Hierro* es el primer vestigio de aquellos tiempos, ricos en tipos y costumbres, pero desdichados en grandeza política, que se encuentra antes de entrar en la Villa y Corte de las Españas; bajo ella han pasado los personajes más representativos del pueblo que fué héroe por una causa que le hubiera estado mejor perder, y aquellos reyes destronados que fueron á morir en el destierro.

Ahora, por donde antaño pasaron carrozas, carretelas, birlochos, sillas de posta, calesas y reatas de arrieros castellanos, cruzan raudos automóviles, en los que viaja gente de la misma clase y condición que fueron súbditos de los primeros Borbones, pero que no tienen ni una sola mirada para la venerable puerta que es tan bella, firme y gallarda en su dilatada vejez como lo fué en su remota mocedad...

DIEGO SAN JOSE

(Dibujo de R. Marin)



UNA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL PINTURA Y ESCULTURA ITALIANAS

PATROCINADA por la Asociación de Pintores y Escultores—que, al ser dirigida de nuevo por su fundador, Eduardo Chicharro, parece resurgir con nuevo aliento y mejor orientación—, se ha celebrado en el palacete del Retiro una Exposición, llamada Internacional, y que se componía de tres salas de arte francés, otras tres de arte italiano y tres, por último, donde se exhibían, entre copias de cuadros clásicos españoles, gran número de publicaciones alemanas, referentes en su mayoría á España.

La Exposición, sin ser, por lo que á Francia é Italia se refiere, muy completa y expresiva de lo que ambas naciones significan hoy día en las modernas normas artísticas, tuvo, sin embargo, positivo interés. Un interés que no se descubría á flor de mirada, que exigía algo más de la atención frívola y distraída de una primera y acaso única visita. Hay que pensar también un poco en la siempre despierta hostilidad del profesional que no deja de influir con sus comentarios en el juicio adverso y contagiado de los demás.

Se advierte esto porque la Exposición del Retiro, aun careciendo, como ya se ha dicho, de una cabal expresividad que consintiera á los enterados contrastar sus opiniones anteriores ó revelase, á los que la afrontaban sin conocimiento previo, artistas y obras nuevas, no era, ni con mucho, desdeñable.

Como promesa de futuras exhibiciones cumplía su misión. Y, desde luego, ha servido para decir, con ese ímpetu pasional del italiano y esa clara espiritualidad del francés ó esa disciplinada metodización del alemán, hasta qué punto la pintura, la escultura y el arte editorial de otros países y otras razas responde á la época presente con cierta coetaneidad que en España todavía no se tolera ó no se atreve.

La sección italiana estaba bien nutrida de testimonios dignos de estudiarse. Tanto en pintura, donde hallamos los nombres de Mancini, Carena, Casoratti, Soffici, Carrá, Tosi, Tozzi, Galietti, Ciardi, Sobrero, Oppo, como en escultura, que consiente hallar los bien definidos estilos de Wildt, Rambelli, Ancheotti, Dazzi, Prini, Saponaro, Zanelli, etcétera.

Guido Caprotti, pintor italiano, por muchos conceptos ligado desde hace años á la vida artística madrileña, fué designado, en unión del pintor y crítico Efino Oppo, para representar en España á la Comisión organizadora de la concurrencia de Italia.

Con habilidad y conocimiento ha instalado las tres salas, procurando darlas armonía y elocuente disposición.

Así, en la primera se encontraban aquellas obras más modernas, donde no faltan audacias que perdieron la eficacia repentina de la sorpresa ó que se rezagan en convencionales sumisiones á gustos estragados. Por ejemplo, se podían ver allí los envejecidos arlequinismos mecanizados de Prampolini, que ni siquiera hacen sonreír, ó los dinamismos planos y «resecos» de Máximo Campigni; pero también era una gustosa oferta á los ojos y al sentimiento cuadros como *Matinal*, de Mario Tozzi—que, por cierto, también exhibe, no sabemos si éste réplica de aquél ó aquél de éste, en la Internacional de Venecia—, admirables de forma y de emoción, ó como los bellos paisajes, tan saturados de realística estructura, de Giovanni Colacicchi.

En el centro de la sala estaba el bronce *Ara-besco de Danzarina* de Giovanni Prini, atrevida, original y rítmica escultura.

La sala contigua estaba en cierto modo consagrada á los maestros de un ayer todavía inmediato, ó que se sobreviven con singular energía dispuesta á no escuchar las voces sirenaicas de la renovación.

Antonio Mancini ocupaba casi un testero de la sala con sus seis grandes cuadros. De ellos, el *Desnudo de mujer*, el *Autorretrato* y los dos lienzos de *Crisantemos*, destacaban con singulares calidades y brillantes en los característicos empastes de color del maestro.

Aristides Sartorio daba con su cuadro *En la cantera del traventino en Trápoli*, esa nota de frío equilibrio, de serenidad dispositiva propia de un gran llenador de espacios murales, que es la antítesis de otras predilecciones suyas complicadas de simbolismo ó demasiado densas de naturalismo.

Un retrato de Giacomo Grosso hacía retroceder, sin nostalgia, el pensamiento hacia el siglo XIX, de igual modo que las dos esculturas *Carlos V* y *Fortuny*, de Vincenzo Gemito, ó la

cera—arbitrariamente rotulada—de Medardo Rosso, con su caotismo deshecho y su calidad repelente, dentro de una vitrina, cual la reliquia del muerto que realmente es el artista, en una piedad familiar ajena al sentido estético.

Pero en esta misma sala el visitante podía y debía detenerse, seguro de hallar verdaderas obras de arte.

La escultura, *verbi gratia*, estaba representada por el magnífico bronce *Pomona*, de Salvatore Saponaro; por la dulcísima figura de Arturo Dazzi, *Niña dormida*, donde la maestría delicada, la sensibilidad experta del artista modeló sobre mármol rosa una encantadora forma que parece alentar; por el bajorrelieve *Retrato de mujer*, de Angelo Zanelli, sutilísimo de trazo, elegante y armónico; por el *San Francisco*, de Adolfo Wildt, sintético contraste del *Soldado moribundo*, de Zambelli, que recordaba, sin embargo, la fuerte, la anatómica manera de la primera época wildetiana, con menos preocupación de coloralismo vacío.

Y en pintura presidia, por colocación y por mérito, la *Mujer desnuda*, de Félix Carena. He aquí el gran pintor que ha sido revelado á las miradas españolas. Un pintor que, como Felice Casoratti—tan opuesto á él, pero que también era uno de los alicientes meritísimos de la sección—, está dentro de la tradición italiana



«Pomona», yeso de Salvatore Saponaro

con una sutil y espléndida fineza sensitiva de moderno espíritu.

La calidad de la pintura de Carena es profunda, densa, pastosa y rica. Se piensa en los grandes clásicos venecianos; se comprende la firmeza tranquila con que va este admirable pintor llegando á una sobriedad cromática que no le apaga ni le desvirtúa.

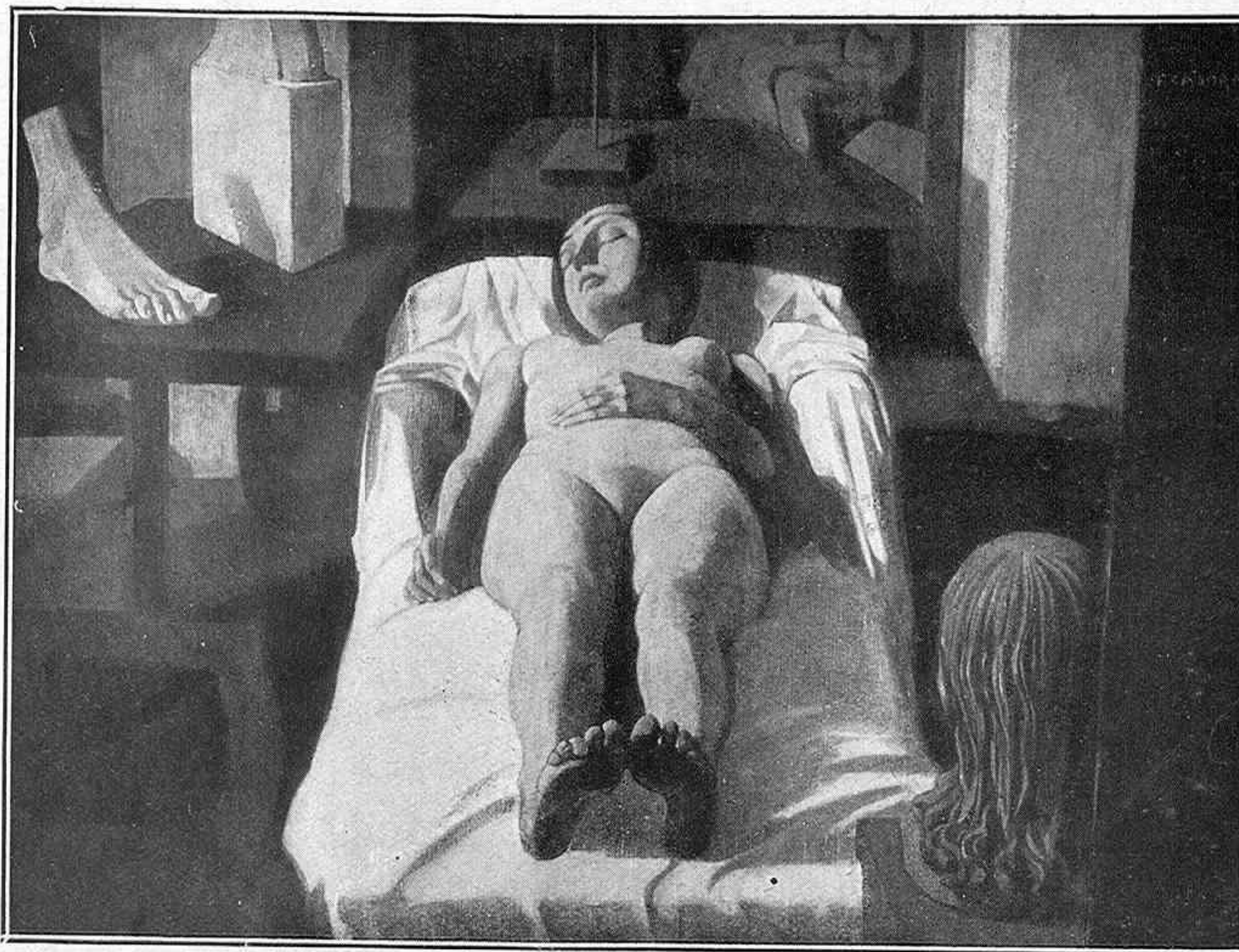
He aquí un lienzo este de la *Mujer desnuda* que se ha hecho bien en traer de la Galería Nacional de Roma para señalar uno de los mejores temperamentos pictóricos que hoy día tiene la gran nación.

Bien acompañado, además, el cuadro de Carena. En torno suyo el espectador encontraba otras obras excelentes: *Las máscaras venecianas*, de Itálico Brass; el *Torso femenino*, de Esodo Pratelli; el *Desnudo*, de Nino Bertolotti; el paisaje melancólico *La tarde*, de Beppe Ciardi, y la daumieresa joyita *La lotería*, de Amerigo Bartoli.



Por una puerta abierta en el muro de la derecha—y que debiera respetarse así, ya que facilita mejor el acceso á las otras salas, que no dejándola como antes, sin salida y obligando al visitante á retroceder—se entraba á la tercera sala, presidida por el imponente y un poco grotesco, á fuerza de exorbitantes proporciones, busto de Mussolini, firmado por Adolfo Wildt.

Si se compara con la testa humilde de San Francisco, la estimación al escultor no decrece del todo; pero al que sólo conociera este enorme artefacto escenográfico, donde se pretende, con erróneo y contrario resultado, adular la positiva grandeza espiritual del *Duce*, el juicio le sería adverso al escultor. Y se aprecian, en cambio, íntegramente el *Grupo dramático*, de Libero Andreotti; *El niño negro*, de Romanelli, y la gra-



«Reposo», cuadro de Felice Casoratti

cosa figurita *Bañista*, de Cataldi, que no precisaron la forma desmesurada para lograr la estimación estética.

Las obras pictóricas forman un conjunto más heterogéneo, más diverso que en las otras dos salas anteriores. Y, no obstante, lo certero de la colocación consigue mantener una propicia armonía donde se valora cada cuadro, sin sentirse dañado por enojosos contactos.

Se veían allí algunos otros maestros de la pintura moderna: Felice Casoratti ante todo, con su *Joven dormida*, del Museo de Milán, y su *Retrato de la hermana*, dotados de un poderosa sencillez en la aparente complicación factual y compositiva; didácticos ejemplos de lo que significa Casoratti en la espiritualidad italiana de nuestros días.

También era dado ver al Carlos Carrá post-futurista, al remansado de las estridencias antibélicas, entregado ahora á sus paisajes, profundos de intención y apasionados de estilo. Y Alberto Saliotti, cuya *Naturaleza muerta* es una verdadera obra maestra del género.

Un gran lienzo de Giuseppe Santagata, *Retrato de la madre*, lo emparenta pictóricamente con los españoles y acusa en la inura del fondo un temperamento capaz de sagaces luminismos.

Emilio Sobrero, con su *Autoretrato* y la media figura *Modelo*, acredita cualidades de colorista sobrio y de dibujante seguro.

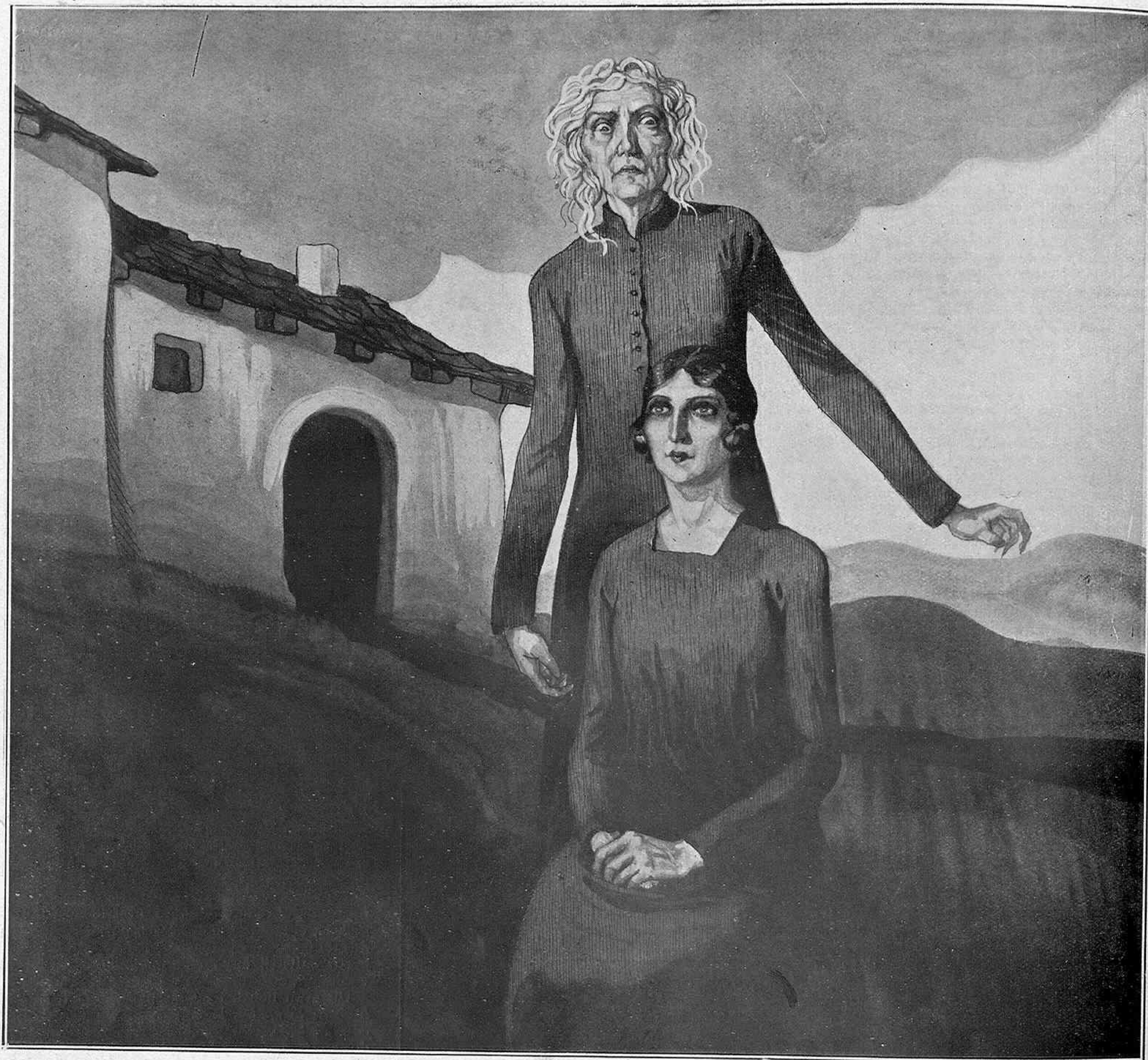
De los dos cuadros de Efino Oppo, prefiero el paisaje, aun siendo acaso menos sólido como pintura que el titulado *Mujer encinta*, y que responde exactamente al título. Hay en la crudeza realista de este último, en el afán ostensible del embarazo deformativo, de la belleza femenina, algo que repele y disgusta.

De Gilberto Ceracichini se volvía á encontrar otro cuadro, *Vuelta del trabajo*, que á la condición de paisajista añadía la de un malicioso ingenuo compositor de figuras humanas y animales, con esa gracia incopiable—á pesar de parecer tan fácil—que es una de las cualidades del arte actual.

Y cerca, lejos, enfrente, más paisajes clásicos ó revolucionarios en la trayectoria academicista ó en el libérrimo impulso de las iconoclastias. Ventanas abiertas sobre las bellísimas campiñas italianas, tan distintas unas de otras, tan características, y que una vez vistas por el que tiene la suerte de ello y la capacidad espiritual de comprenderlas, no se olvidan nunca.



«El baño», obra de Felice Carena



CUENTOS DE «LA ESFERA»

LA CASA DEL CUERVO

DESCENDÍA el sol y la tierra se adormecía dulcemente bajo la esmeraldina alfombra del heno húmedo. En lo alto del monte del Espíritu Santo, la callada quietud de los pinos, de los castaños y de los eucaliptos, erguidos y rígidos como centinelas de las avanzadas del bosque, era una sugestión evocadora de paz.

Abajo, el Cantábrico, liso y gris, ponía la caricia de sus mansas olas al pie de los acantilados, cuyas moles ennegrecidas parecían proteger al muro del espigón, largo, recto, rematado al internarse en el mar por el faro de señales intermitentes. Y desde la altura, dominadora y soberbia, el espigón y el faro se imaginaban como una flecha luminosa que fuese lanzada por arco de titán para herir á los monstruos quiméricos protegidos por las aguas.

Las «vaporas», barcos pesqueros, enfilaban la

boca del puerto en un deslizamiento sosegado, y sobre el mar de plata vespertino brillaba el reflejo metálico del bonito, amontonado á bordo de las lanchas.

Era día de pesca abundante, y los curtidos rostros de los marineros expresaban jubilosa codicia al oír la vibrante campana de la «rula», que llamaba, insistente, á subasta cada vez que una embarcación llena de bonito echaba el ancla en la ría, quieta como un lago.

Desde el caserío de San Esteban, de Pravia, escalonado en terreno montuoso eternamente verde, á manera de gigantesco «Belén», construído para celebrar la fiesta de Navidad, los *chalets*, los escasos comercios, pequeños bazares, y las viviendas de los pescadores, iban proyectando el fulgor de sus luces sobre el bruído espejo del puerto.

La hora apacible recordaba el sosiego de un anochecer veneciano, y diríase que, por arte de magia, la mansedumbre del mar Adriático viniese á substituir en aquel momento á la bravura de las costas cantábricas.

Y los hombres astures de recia complexión, los hombres magros, endurecidos en la lucha siempre renovada con las traiciones de las olas, rendían sus espíritus al encanto de un ensueño de niños.

•••••

Junto á la caseta del semáforo, establecida por la Sociedad de Salvamento de Náufragos sobre los bloques de piedra que forman la base del espigón, algunas personas comentaban el misterioso suceso del día.

Allí estaban «Colás, el del gato», vigilante para las señales, á las embarcaciones en las horas de

sol á sol; Tonín, el de El Rebollo, que le substituía para el servicio nocturno; Estanislao, cabo de mar, bigotudo y solemne; y dos pescadores de caña que ya habían recogido sus aparejos y ostentaban en los respectivos cestos el fruto de la jornada: un par de docenas de «panchos» y dos ó tres lubinas de regular peso, que aun se agitaban en su agonía lenta y retorcida.

El interior de la caseta, rematada por un torreón con baranda circular de madera, tenía el atractivo de las estampas que ilustran las narraciones de fantásticas aventuras; parecía plasmarse en aquel lugar algún episodio de las novelas de Julio Verne. Bancos rústicos, salvavidas, cables, linternas, catalejos, casquetes de cuero, bande-

ras de señales; y unos cuadros amarillentos con el código internacional de semáforos y con las instrucciones para el socorro, en caso de asfixia, por medio de la respiración artificial: tal era el menaje del refugio de guardia, cuya única ventana, de dimensiones reducidas, enfilaba la barra del puerto.

«Colás, el del gato» disponíase á dejar su puesto á Tonín, relevo que se realizaba al atardecer de todos los días, desde catorce años antes. Ambos guardianes eran viejos marineros que habían navegado por todo el mundo, y que, al inutilizarlos la edad, buscaron en su sedentario oficio de vigilantes un alivio á la nostalgia de la vida en los barcos. Uno y otro destacaban en

San Esteban como tipos de excepción. Colás, conocido en toda la comarca por «el hombre del gato», debía su apodo al hecho de tener siempre en su compañía una escuálido felino, negro y tuerto. Constituía este animalucho toda la familia de Colás y su verdadera y única afección. En un amanecer, ya lejano, camino de la caseta, el gato siguió á nuestro hombre á la manera de los canes, y entre tiernos maullidos y ronroneos entró bajo techado detrás de Colás. Partió éste su frugal almuerzo con el vagabundo mamífero, medio muerto de hambre, y desde entonces hicieron las guardias juntos, y juntos vivieron en la mejor armonía. Pero nunca se dió el caso de que al relevo quedara el gato en la caseta; cuan-



do llegaba Tonín, el de El Rebollo, y se retiraba Colás, trepaba el felino por los vericuetos del monte y desaparecía hasta la mañana siguiente á la hora de volver su protector. Bufaba á Tonín, para demostrarle su enemistad, y enarcaba el lomo, restregándose gozosamente contra las piernas de su amo. Y así día tras día, sin que se interrumpiera la costumbre.

Tonín correspondía al odio del gato con los más terribles insultos, en su pintoresco léxico:

—¡Me caso en seis!... ¡Mal nacido!... ¡Llamación, hijo de los demos!... ¡Mala peste vos lleve á ti y á tu casta!

Y temblaba de ira su barbilla puntiaguda, protegida por el toldo de unos formidables mostachos, rígidos é hirsutos como las cerdas de un cepillo.

Intrigado por los comentarios del grupo, Colás demoraba su partida aquella tarde. La importancia de lo sucedido era un alto en la monotonía de su vida habitual, y no se resignaba á perder detalle de lo que se decía, aunque el estómago vacío clamara por sus fueros.

—¿Y dices que la muerta estaba debajo de la cama?—preguntó Tonín, adelantando su barba en pico, como si quisiera acometer con ella á los presentes.

—¡Así lo han dicho todos los que lo vieron, me valga Dios!—afirmó Colás—. Debajo de la cama, hecha un ovillo, como si huyera del demonio. ¡Y la vieja sin aparecer, conchu!

Tonín abría tamaños ojos, atento al relato de su compañero, para llevar bien aprendido el suceso al caserío de El Rebollo cuando, al amanecer, llegara la hora de relevarle. Allí también se alteraría la paz aldeana, entre fantasías y gestos de horror. Y Tonín se prometía grandes triunfos en su calidad de hombre enterado, cuando aderezara la sensacional nueva con las solemnes y regocijantes sentencias que siempre intercataba en su conversación.

—Y dicen que daba espanto de ver el cadáver en su escondrijo, rodeado de suciedades y escupidades—prosiguió Colás, misterioso.

Uno de los pescadores, Servando, setentón que en otros tiempos utilizara sus músculos de acero en las faenas del puerto como cargador, intervino con su buen humor de charlatán pintoresco y maldiciente:

—¡Malus llobus os coman, hom!... ¡Que la loca pudra en su hoyo! ¡Mujer que non valía para nada! ¡Que valga ahora para abonar la tierra, leñe!

—¡Cállate ya la boca, condenadu!—interrumpió Juanín, su camarada de pesca—. Hay que tener sentimientos con las personas. Para ti no cuentan más que las mujeres conejas.

—¡Y tanto que sí!—repuso Servando—. Las mujeres, cuando ya no valen para tener hijos, deben ser llevadas al matadero.

—¿Y cuántos hijos tienes tú?—preguntó Colás, que sabía el modo de poner en un aprieto al pescador.

—¡Mala peste te agarre!... Nunca los conté... Veintiséis ó veintisiete nacieron en casa... Dos mujeres tuve y cumplieron bien su obligación... Dieron muchos hijos y después murieron... ¡Eso es portarse bien!

Grandes risotadas acogieron esta declaración del prolífico ex cargador de los muelles, el cual, animado por el clamoreo regocijante, continuó su perorata adversa al bello sexo:

—¡Las mujeres, como las mías, conchu, y si non, que se abrasen en las calderas del infierno! A ver, vusotros, si me decís qué pintaban en el mundo las locas del monte... ¡Dos fantasmas encerrados entre ruinas, sin servir para otra cosa que no fuera tragar y estorbar!... Y hoy que han hecho algo bueno, muriendo la joven y marchando la vieja, todos vos lamentáis como mozas lloronas... ¡Los hombres, á lo suyo, recontra!... ¡Las mujeres á criar rapaces hasta que cansen, y si cansan, al matadero!... ¡Y las locas, á que el diablo las arrastre por los pelos más abajo del fondo del mar!

De pronto, una voz poderosa culminó sobre el estruendo de las olas y de las risas:

—¡Eres un necio, Servando, home!

Todos callaron ante el que llegaba á grandes pasos rítmicos y firmes. Y vieron al cura del lu-

gar, mocetón fornido y campechano, buen cataador de sidra, que sabía esconder bajo la corteza de sus modales toscos un alma cándida de labriego al servicio de la casa de Dios.

•••••

Don Justo daba todas las tardes su paseo hasta el espigón, y por el camino departía siempre con cuantos hallaba al paso. Era un presbítero rural que ejercía su ministerio de una manera llana, sin complicaciones espirituales, reñidas con su mollera, limpia de cultura y repleta de bondad.

—¡Servando, eres un bruto!—continuó el cura con una sonrisa halagadora y unas palmaditas en las robustas espaldas del pescador—; ¿cómo te atreves á opinar, juzgar y sentenciar?

—¡Salud, D. Justo, y usted perdone!—replicó Servando—. Seré lo que usted quiera; pero, ¡a ver si usted nos dice para qué estaban en el mundo las locas!

—¡Hay que discutir, home, hay que discutir!... Yo no sé mucho, pero algo sé; y tú, toda tu vida estás en tinieblas; no ves más allá de tus narices... En el mundo sufren muchos seres inocentes... Son víctimas de la desgracia, que se ceba en ellas para conducir las, luego, á una mayor gloria, sin duda...

—Y, ¿averiguó ya cómo ocurrió la avería?—preguntó curioso Colás.

—Nada se sabe... ¡pobrinas!—siguió el cura—; Sólo Dios ha visto lo que anoche pasó en aquella casona.

—Bueno está que Dios lo sepa—; insistió Servando—; pero seguimos ignorantes de lo que pintaban aquí doña Virtudes y su sobrina.

—¡Calla, renegado, calla!—gritó don Justo—. ¡Que la infinita misericordia te perdona y nos perdona á todos, que bien lo hemos menester!... Y tú, maldiciente emperdenido, ¡aunque buenazo, caray!... ¿Sabes, acaso, quiénes fueron ellas y cómo fué su vida?... Tú oíste que un hermano de Doña Virtudes, alejado de Asturias, les pasaba una pensión; á todos nos consta que Escolástica, la de Rufo, estaba encargada de cuidar á las dos mujeres, como vecina más próxima; y que las administraba, bien ó mal, que en eso hay opiniones... También estás enterado de que la ruinosa «Casa del cuervo» era propiedad de Doña Virtudes... ¡Y todo lo demás lo ignoras, barbarote!... Bueno; pues yo tengo más noticias, para que aprendas algo nuevo...

Hizo una pausa mientras enjugaba su rostro sudoroso y encendido; y el grupo se apretó en su torno:

—Aunque os mueva á risa—continuó el eclesiástico—, yo afirmo que Doña Virtudes fué, en un tiempo, tan linda como digna de su nombre. A los veinte años, casó con un indiano que trajo fortuna de América. El matrimonio, encariñado con esta tierra nuestra, abrazada por el mar, construyó su casa en el monte del Espíritu Santo; esa finca que conocemos con el nombre de la «Casa del cuervo», porque un día fué á morir á su tejado un cuervo herido, dando lugar á que corriera por el poblado una estupenda superstición... ¡Brujerías, porra!

—¡Brujerías serán!—atajó Colás—; pero que el diablo cargue conmigo si desde entonces hubo un minuto bueno en la heredad de doña Virtudes... Murió el marido de mala muerte, despeñado por estos montes costeros... Menguóse la pomarada, agrietáronse los muros... Brujerías serán; pero el cuervo embrujó hasta para los hórreos, que también se arruinaron...

—Verdad, verdad—prosiguió el presbítero—; simples coincidencias... A nadie le es permitido conocer los designios de Nuestro Señor... El caso es que doña Virtudes ha sufrido todas las penalidades de este mundo pijotero... ¡Ella, tan santa, tan digna de alcanzar la felicidad!... ¡Ella, que consiguió de su marido el albergue, la educación y el afecto para Mari-Rosa, la sobrina huérfana y desamparada que hoy apareció muerta misteriosamente... Ella, que llevó el sacrificio hasta dedicarse á ser la enfermera, ¡la madre abnegada, diría yo!, de Mari-Rosa desde que ésta fué atacada de locura incurable... ¡Y habláis de las locas, sin tino ni piedad!... ¿Qué sabéis vosotros?... ¡Decid, mejor, las elegidas del cielo!

—¡Me caso en seis!... Elegidas del cielo lo serán; pero lo que es aquí, mala querencia dejaron; como brujas condenadas—sentenció Tonín, mesándose la perilla, rígida y picuda, igual que un haz de alambres.

Y, á esta sazón, un griterío que apagaba el murmullo del mar y se extendía desde las peñas del garruncho, á la izquierda del faro, cortó los comentarios del grupo.

Corría la gente hacia las rocas; hombres, mujeres y niños aparecían, como obedientes á un mágico conjuro, por el caminito del espigón, por las veredas del monte, por los rústicos atajos... Y, á grandes zancadas, el cura, Colás, Tonín y sus camaradas, corrieron también.

Un rapaz descalzo y ennegrecido por el iodo, salióse al paso, todo él tremante, casi sin habla, con los ojos desorbitados por el terror:

—¡La loca!... ¡La loca!... ¡Se ha tirado!... ¡Allí!... ¡Allí!... ¡Desde la punta del Espíritu Santo!

Todos siguieron por las peñas de la costa, saltando riscos enormes como restos de un milenari cataclismo; y, en el crepúsculo torvo, parecían fantasmas ejecutantes de una danza lúgubre frente al mar...

Y llegaron; y entre los agudos picos y las cortantes aristas de las rocas, vieron un despojo de pesadilla; el cadáver de doña Virtudes, desgarrado y grotesco, formando un montón de huesos rotos y trapos sucios, yacía allí, batido por las olas. Parecía que una mueca de risa pugnaba por libertarse de su boca sumida, sin dientes.

•••••

Se apiñaban los curiosos en torno á la víctima y don Justo hubo de abrirse paso no sin esfuerzo. Al inclinarse para reconocer á la muerta, observó entre las ropas mojadas de agua y de sangre, que asomaba un papel medio oculto en el pecho descarnado. Era un pliego de cartas, rugoso y húmedo, que se alisó entre los dedos trémulos del cura.

Requirió éste el auxilio de un farol, que fué facilitado por Tonín, yendo á la caseta, mientras don Justo hacía la señal de la cruz y murmuraba unos rezos.

Luego, á la luz mortecina de una mecha impregnada de aceite y aprisionada entre polvorientos cristales, el buen sacerdote, en medio del corro silencioso, leyó para sí:

«He sido una mala mujer, una criminal repulsiva. Pido perdón á todos; imploro la misericordia de Dios al confesar mis delitos. Yo despeñé á mi marido desde lo alto del acantilado porque descubrí que era el amante de mi sobrina. Luego castigué á la culpable, martirizándola con paciente crueldad días, meses y años, hasta hacerla enloquecer para siempre; y cuando conseguí dominarla por el terror, la fuí matando lentamente, cultivando sus horribles alucinaciones. Ya está muerta, y yo vengada y feliz... Y ahora huyo y me escondo para burlar á los que me persigan, porque quiero arrojarme desde el mismo sitio en que asesiné á mi marido, cuyo recuerdo adoro... Todos creyeron en un accidente, y yo supe fingir... Mi dolor era tan grande como mi amor; pero no pude resistir el dolor más penetrante de que fuera de otra... Y esa otra que me lo robaba con ruindad insólita, era la mujer que me adeudaba toda una vida de gratitud... ¡Perdón, Dios mío!—Virtudes.»

Colás, el del gato, impaciente por saber, rompió el penoso silencio con su vozarrón duro:

—¡Me valga Dios!... ¿Qué dice el papel?

Don Justo titubeó un momento, sólo un momento. Y ya dueño de sí, respondió:

—¡Nada, home, nada!... Que estaba equivocada... Teníais razón: la pobrina padecía locura... Escribió tonterías... Que si Dios la llamó... Que la esperaba su marido... Que le veía con los brazos tendidos, ahí, en el garruncho... ¡Tonterías, visiones de loca!... ¡Pobrina!...

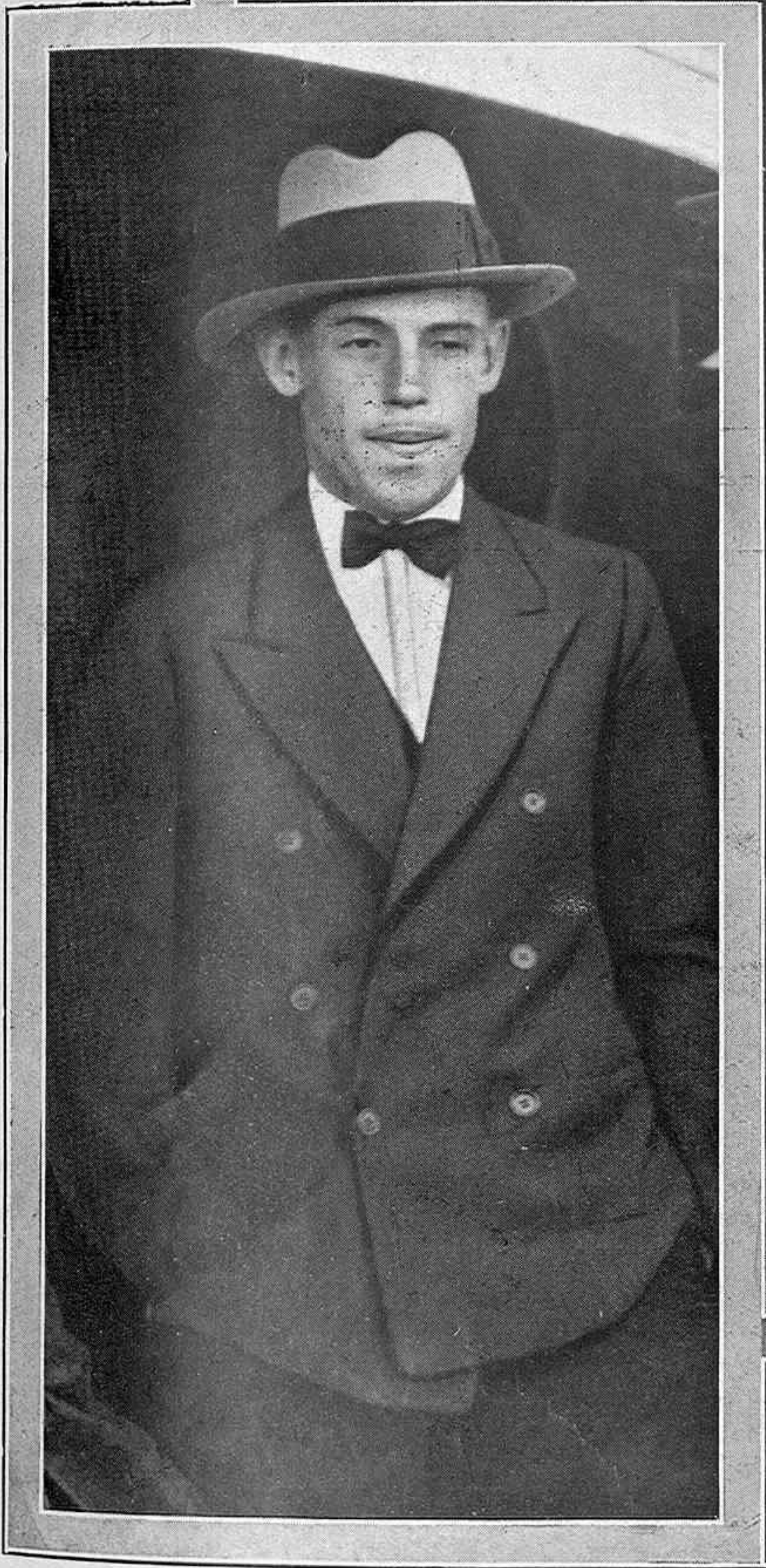
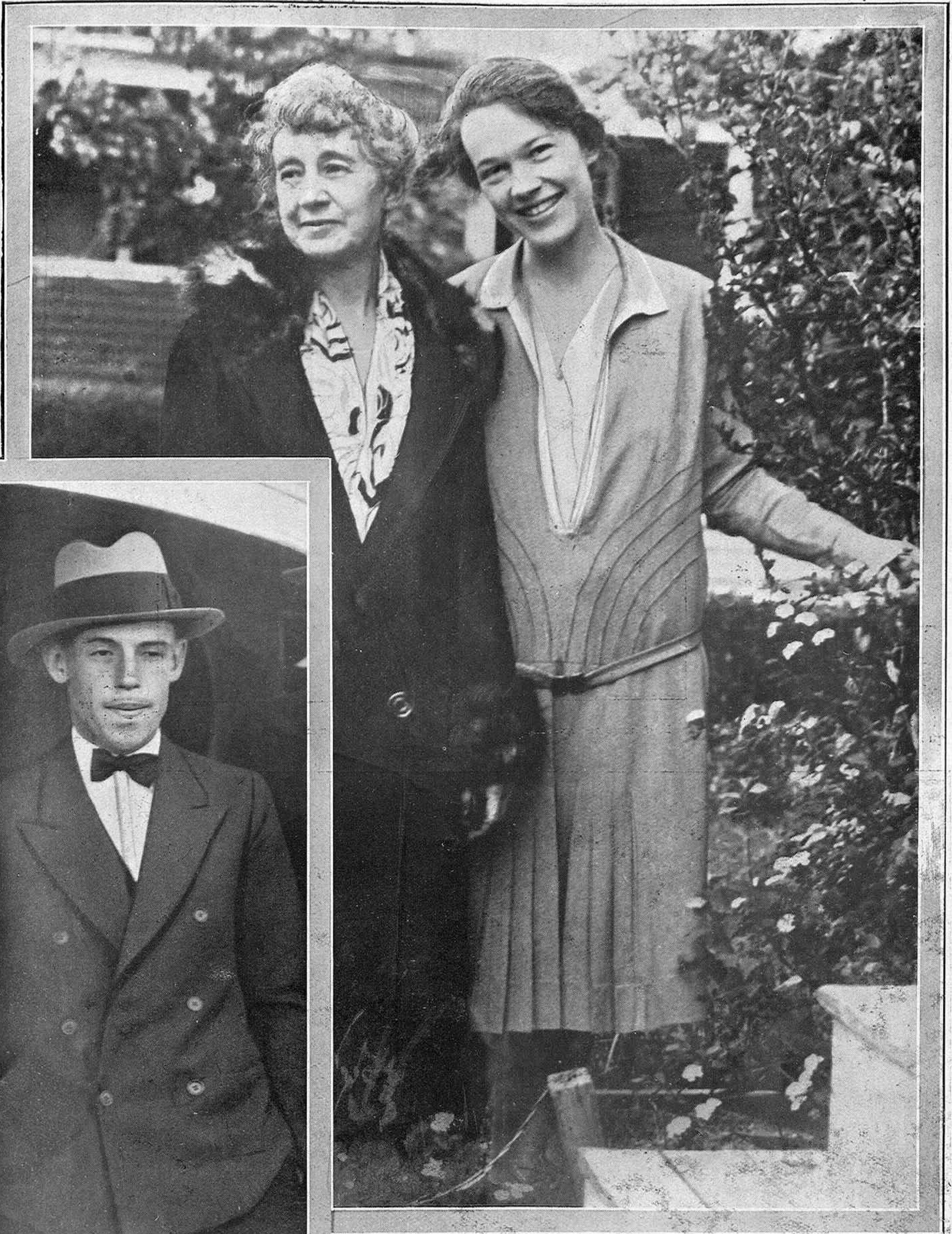
Y, en medio del corro, el campechano cura, firme y seguro de su conciencia, rompió en menudos trocitos aquel documento de confesión. Luego arrojó las partículas al mar.

Y el Cantábrico disgregó el secreto en la blanca espuma, al reflejo de los guñios luminosos del faro.

ALFONSO G. DEL BUSTO

(Dibujos de Manchón)

Miss Amelia Earhart, primera «Piloto de aviación» americana, con su madre



STULTZ

Piloto que acompañó a Miss Earhart en su travesía del Atlántico

LA PRIMERA TRAVESÍA FEMENINA
DEL ATLÁNTICO EN AVIÓN

Temas y paisajes regionales

HA vuelto la moda de los temas regionales en el teatro. La pequeñez de la escena del Teatro Calderón ha impedido que en el decorado de *La Parranda* se destaque corpóreo un aparato hidráulico que sin presumir de vanguardista—pues sin serlo se halla poesía y belleza á las máquinas, aunque espíritus rutinarios se las nieguen—se puede afirmar que asumen tal vez la mayor y más intensa poesía de la huerta murciana; lo que aquel pueblo en su aljamiado lenguaje—morisco—llama los arcaduces. Con traza de titán, voluptuoso porte y hechicero canto de sirena, hada gigantesca y benéfica, pues solamente dispensa mercedes de riqueza y de salud, de alegría, en suma, la *Nora* reina en todas las almas—y es imán de veneraciones y de gratitudes—en la huerta, ubérrima, esmeralda, sahumada por el penetrante aroma de cálices y corolas, ondeantes como minúsculos incensarios policromos, á merced del céfiro tibio y amoroso, acariciador y cosquilleante; bajo el dosel intensamente azul del más bello cielo oriental, sobre el estrado adamantino del agua que sus arcaduces elevan y desgranán en cascada de perlas dotadas del más bello oriente, de brillantes espléndidos de magnitud é irisaciones, que se deslíen en canciones y sus-



La «Nora» elevadora de agua para el riego, por cuyos arcaduces mana el tesoro que enriquece la vega murciana

La poesía de los arcaduces murcianos

piros, en risas y susurros en la corriente bulliciosa y jocunda de las acequias de plata, metáfora que tiene no poco de exactitud y de realidad, pues bien podría decirse que el argénteo metal corre por ellas camino de vergeles y jardines, fecundándolos de riqueza.

Y de poesía...

Porque no poca se goza, á las orillas de las grandes acequias como junto á los hilos vibrantes de los regatos, escuchando su alegre canción y dejando correr el pensamiento al ritmo de su corriente que parece infinita como los más bellos ensueños de amor, como las más altas ambiciones de poderío...

Y así no es raro—más bien frecuente—la escena de unos ojos que miran, parece que atónitos, cual si nunca hubieran maravillado con tal espectáculo, el agua que corre cantando nostalgias, ilusiones y melancolías.

Ni extraño que hasta camino del baile, las doncellas de corazón ilusionado, halagado por esperanzas y deseos, ó roídas por celos y desencantos, suspendan de pronto su gracioso andar, para remansar su mirada ansiosa en los hechizos murmurantes y espejeantes de la acequia de plata, como demandándole una respuesta de mirífica realización...

ENRIQUE GONZALEZ FIOLE



Huertanas, vestidas con el típico traje murciano, entreteníéndose, camino del baile popular «La Parranda», en gozar la poesía del agua que corre (Fots. Gaspar)

EL SORTILEGIO DE LA VOLUNTAD

Sometiase en todo, sin medida, á las órdenes y consejos del Condestable, con mayor obediencia de la que tuvo jamás un hijo sumiso para su padre ó un fraile para su prior. Algunos, contemplando tan especial amor, tan excesiva confianza, pensaron que había acto de sortilegio.

YA no era aquella la Castilla que hacía los hombres y los gastaba, y, sin embargo, por primera vez, era la verdadera Castilla; aun, eso sí, en los últimos períodos de formación, en los más movidos, tumultuosos é incoherentes, porque eran los precursores del definitivo plasmado.

Sucede con los pueblos lo que con los indivi-



duos; el paso de una edad á otra, señalase casi siempre por hondas perturbaciones, por violentas sacudidas, que muchas veces están á punto de dar al traste con su vida, y de los que salen, sin embargo, cuando logran salir, crecidos y fortalecidos.

Todo, ideas políticas, religiosas y morales; conceptos de caballería, de amor, de hidalguía; teorías sociales y financieras, y hasta manifestaciones literarias, estaban en violenta crisis en los días del Señor Rey Don Juan II.

Siguiendo con amorosa atención el curso de la Historia, asistimos asombrados al maravilloso engranaje de los hechos, al admirable enlace de unas cosas con otras, á la lenta transformación de los pueblos y de las razas. Aun los acontecimientos más extraordinarios, los que aislados y en el primer momento nos plasman y desconciertan, mirados de cerca, tienen un misterioso ritmo que los hace parte integrante de un todo armonioso; nada es en sí y por sí, todo tiene sus raíces en el ayer, sus ramas en el mañana. Quizás el gesto de un viejo mago chino del tiempo de los Tcheon, 1.122 años antes de J. C., tenga su repercusión en el poder de un hidalgo castellano.

La elección misma de las ciudades, donde, precipitadamente, se va á desarrollar el drama, ciudades que son la esencia misma de Castilla, las precursoras necesarias de Madrid; Segovia, mi Segovia, la del Señor Rey Don Enrique; Avila, Valladolid, Dueñas, Arévalo, Medina del Campo, nos dicen suficiente. Si estamos realmente atentos al palpitar de la vida, veremos que se alejan de Toledo demasiado cosmopolita; de Burgos y León, con exceso norteñas, y que se concentran un momento en sí misma, en ese trono, que es el tuétano de Castilla.

Este Condestable, pintado en la *Crónica de Don Alvaro de Luna* como «pequeño de cuerpo, desenvuelto, las piernas bien hechas, el tronco á la medida del cuerpo, derecho el cuello, el

ojo vivo, pero contemplando las cosas con fijez, tan vivaz que se diría todo nervios y huesos», no era, si hemos de creer á Palencia, de sangre pura.

El secreto mágico que, en una corte de gentes abúlicas, le dió poder; el que unos atribuyen á la magia, otros á inconfesables complacencias, los más á la suerte servida por la intriga, fué un secreto sencillísimo: el secreto de la voluntad. Y además de esa voluntad (aunque sea redundancia, pues no hay voluntad sin fe en sí mismo), parecía una fuerte, indomable fe. ¿Qué si no fe en sí significa emplazar al Rey á la hora de la muerte? ¿Magia? ¿Maleficio? Bastaba con la certeza de que sólo era incapaz de vivir y de que, aun en el caso de serlo, los demás sabrían *ayudarle á bien morir*. Para eso no hacía falta alquimias, astrologías ni adivinanzas.

Un caso, como diríamos los modernos: había un puentecillo de tablas podridas que se balanceaban sobre un río. Nadie atreviase á franquearlo, temeroso de hundirse en el abismo. Don Alvaro monta á caballo, toma carrera, y al galope pasa el peligroso puente, que se hunde con estrépito tras él. ¿No han oído ustedes la historia del maquinista que al saber un puente en ruinas, y en la imposibilidad de detenerse, fuerza la presión, y lanzando el tren á toda velocidad, pasa y llega con el convoy sano y sale á la otra orilla, mientras el puente se derrumba con violencia? El Gran Maestre de Santiago, el Condestable, duerme menos que cualquier siervo; pero, ¿es que durante las grandes crisis de los pueblos los conductores de naciones no duermen menos que un albañil ú oficinista? Y todo así sobre poco más ó menos.

Del valer de D. Alvaro de Luna da razón el odio de los grandes. El, y no el apático D. Juan, es el rey de Castilla. Empieza la lucha; el Condestable lleva la de ganar; la nobleza se destroza entre sí; las ambiciones se neutralizan, y el Rey no sabe valerse sin él. Entonces entra en escena D. Enrique de Castilla. El futuro Lohengrín castellano, el de la granada y el «agrio-dulce es reinar», era entonces un muchachote que acababan de casar con la heredera de Navarra. Con la aparición de D. Enrique, la estrella del Condestable empieza á nublarse. ¿Habilidades del partido contrario? ¿Torpezas de él? Probablemente, nada: el hecho sencillísimo de que ya había para oponer á su fuerza algo más sólido que las rivalidades y ambiciones de los señores.

Cuando, después de Olmedo, muerto el infante D. Enrique, Gran Maestre de Santiago, Luna veló sus armas en la iglesia de San Salvador, pudo creerse definitivamente triunfante. Era el orto. Desde este momento empieza á declinar. ¿Torpezas? ¿Graves faltas? Quizá simplemente que comienza á perder la fe en sí mismo. Es indudable que victoria ó derrota, salvo en muy contados casos, depende, más que de agentes exteriores, de nosotros mismos. Es firmeza, seguridad en nuestras fuerzas, decisión de vencer.

Según pierde pie se hace más quisquilloso, más violento; deja el discreto hablar, gesticula inútilmente, grita donde se le oye demasiado, comete pifias. Ya no fía en su inteligencia, ni en su suerte, ni en los aliados de mala fe, que son los más fáciles de manejar. Necesita un aliado de buena fe, y los aliados de buena fe son los que pierden siempre.

La Reina. No tiene ni gran talento, ni habilidad cortesana, ni hábito de intriga. Tiene un arma: su belleza. Un aliado: la senectud del Rey.

Hasta entonces D. Alvaro ha sabido ser insubstituible, porque ha sabido, con habilidad, representar todo lo grato en la vida del monarca; desde entonces va á ser el censor, el crítico, la rémora para cuanto Juan II desea.

No cuentan las pueriles acusaciones del soberano contra su antiguo favorito; no cuenta ni aun la enemistad de la Reina; pero él mismo va á perderse. Viene una tregua de paz, y se confía, se aduerme, se cree definitivamente vencedor. Sin embargo, en el ejército de cobardes, de arrivistas, de traidores y ambiciosos, falta alguien que represente la fuerza moral, alguien que no quiera perder para medrar, sino *hacer justicia*. Ya está ahí: el conde de Plasencia y los suyos. Son gente poderosa, sana, honrada.

Ha caído en el cepo; ya no escapa. Por un momento vacila, no sabe qué partido tomar. Tememos que cometa bañezas, que se muestre cobarde, que huya, tiemble é implore; pero no, al contrario: cerca del suplicio se crece, se hace grande y fuerte. Parodia á Job: «El Rey nuestro señor me hizo; suyo es el derecho de deshacerme.»

Y empieza el proceso. Es curioso de ver cómo en aquellos tiempos, en que toda arbitrariedad tenía su asiento, aun para cometer las mayores injusticias y tropelías, creían los hombres preciso revestirse del aparato de la Justicia. Nada menos que diez doctores se reunieron para acusar á Luna de detentador del poder real, de tirano, de abusos de confianza.

Le llevan á Valladolid. Allí infríngenle mil humillaciones inútiles, y al fin, montado en una mula y precedido de un heraldo que anuncia: «¡Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor!», le llevan camino del patíbulo.

Está sereno. Habla y se mueve *para la Historia*. Esto mismo le justifica. Los hombres realmente ambiciosos, ambiciosos de inmortalidad, tienen que desear ardientemente la gloria de sus pueblos, puesto que es su propia gloria.

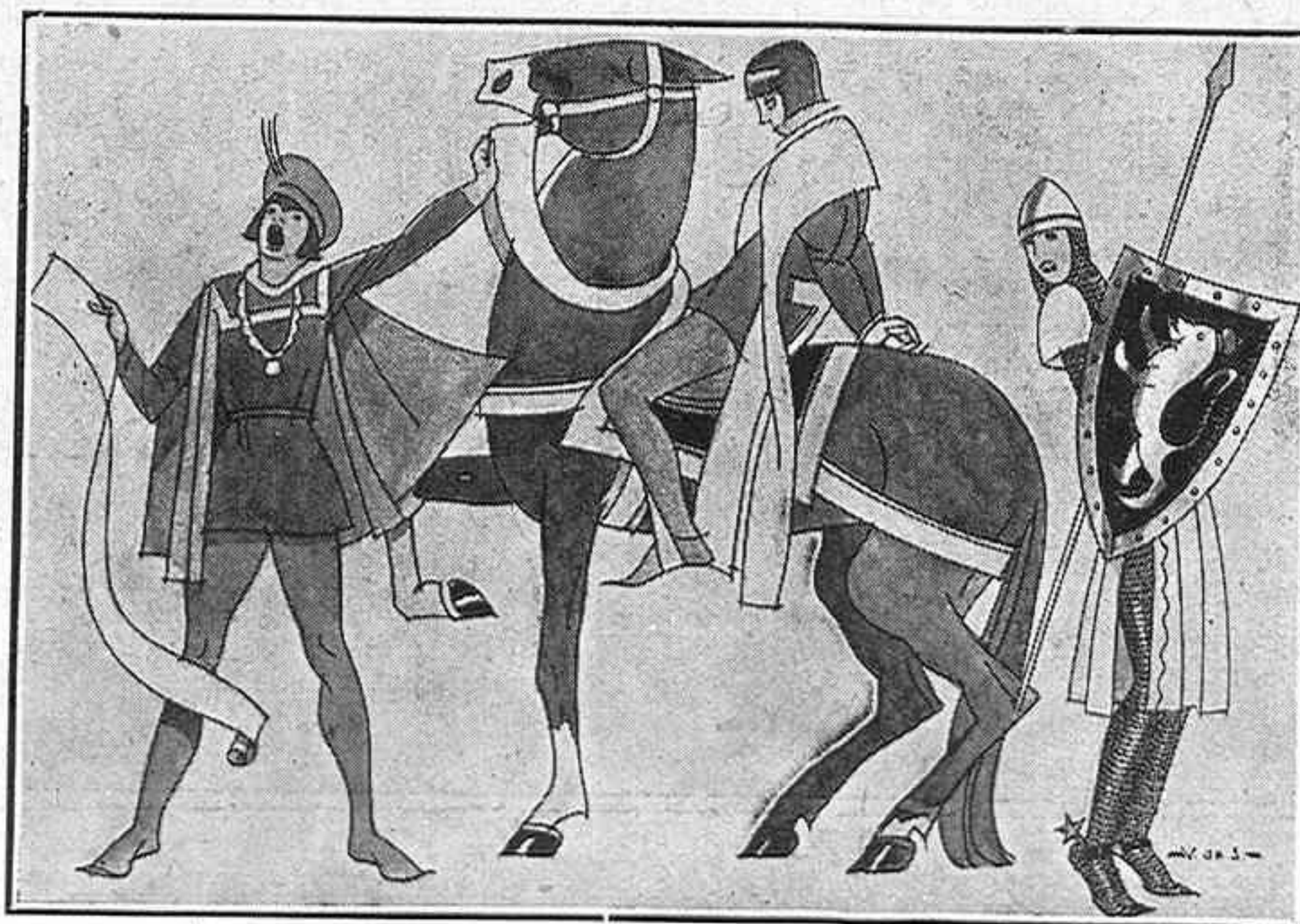
Luego murmura unas palabras de un vago epicureísmo *muy moderno*. Pregunta á su verdugo para qué es un gancho que hay en el palo que domina el patíbulo. «Para colocar vuestra cabeza después de cortada.» Luna sonrío. «¡Ya muerto, que hagan de mi cuerpo lo que quieran!»

Nueve días queda expuesta la cabeza; tres el cuerpo. Después comenzó el éxodo extraño. Recogido por los Hermanos de la Misericordia, fué llevado al cementerio de la ermita de San Andrés, donde era costumbre enterrar á los reos. Luego condujéronle al convento de San Francisco, de Valladolid; en fin, á la suntuosa capilla de Santiago, de la catedral de Toledo.

Después, la muerte iguala á todos, y de aquel reinado, es tal vez el Condestable D. Alvaro de Luna, Gran Maestre de Santiago, la figura más interesante, porque es la única que luchó con el Destino.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(Dibujos de Varela de Seijas)



BIBLI
MAR



«Mujer moderna»,
dibujo de Bradley



Artistas de la Pantalla

JOSEFINA NORMAN

«Estrella» cinematográfica, que bajo la excelente dirección de Frank Urson y la superdirección de Cecil B. DeMille ha hecho una magnífica creación de la película «Chicago». El nombre de la Norman será muy repetido de hoy más en las películas americanas.



EPISTOLA A MI PADRE

Padre, somos dos robles, pero mira mi fronda,
ya desgajada por las tempestades,
mientras que el sol baja manso á tu copa,
como la alba paloma de celeste plumaje,
á las manos del Ermitaño,
en aquel cuadro de Velázquez
que una vez que viniste á ver al nieto
te pareció un milagro de los Santos Lugares.
Padre, somos dos robles. Tus arrugas,
canalones del sol, golpes del aire,
blanco en que el plomo de la lluvia muere,
corteza en que los vientos las alas se deshacen,
donde la voz del trueno se rompe en un sollozo,
donde el rayo no atina á fulminarte,
buscando el chopo de corazón blando,
sin atreverse con tu maderamen.
Eres la pompa para el arco iris;
sombra para el pastor, para el hogar puntales,
jaula de sol para los verderones,
para el mirlo la testa de Wagner.
Monarca de los campos comuneros,
que apunta y que reparte,
nuevo Moisés con sus barbas de yedra,
las rudas tablas de las heredades.
Tú, en un terrón de tierra que aprietas en el puño,
miras la patria inmensurable,
y yo tiendo mis brazos al vacío,
floridos de ilusión y de ansiedades,
sin hallar el terrón fraterno
en las tierras peninsulares,
ni abriéndome en canal el pensamiento
hacia los cuatro puntos cardinales.
Dichoso tú que crees en la altivez del Conde,
en la palabra de Melquiades,
en los kirieleisones del párroco
y en los buenos oficios del alcalde.
Daría yo por la flor familiar del cerezo
toda la espuma de los mares,
y por el horizonte que termina en tu huerto,
Nueva York, Barcelona y Buenos Aires;
por tu filosofía mi ciencia,
y todos mis poemas por dos de tus cantares
echados á rodar en los caminos
como palomas sobre los bardales.
Somos dos robles, pero lo que en ti son arrugas,
son en mí cicatrices. Las hachas de abordaje
me han herido en la sombra sobre las aguas negras.
Decapité cabezas, desarbolé las naves;
pero en la fuga, toda remolinos,
se llevaron mi esfuerzo y mi sangre.
Padre, somos dos robles, pero tú eres más fuerte,
más sencillo y romántico, más ingenuo y más gran-
Mañana, cuando el sol de la vida [de.
se esconda en las callejas vecinales,
cuando dé su licor la cosecha,
cuando todo se acabe,
tú serás lo inmortal, lo perpetuo, lo firme;
yo, la aventura inútil sobre remotos mares;
tú has de ser una fuente en la aldea
y yo el seco muñón de una nave,
que hasta después de muerto ignora
hacia qué costa irá á estrellarse.
Padre, somos dos robles, pero mira mi fronda,
ya desgajada por las tempestades.
Lo que en ti son arrugas, son en mí cicatrices;
pero las hachas de abordaje
se han mellado en mi cepa, corazón marinerico,
y aunque lleven mi esfuerzo y mi sangre,
he de violar todos los horizontes,
sin que en la ruta me detenga nadie.



ALFONSO
CAMIN

ILUSTRACIÓN
DE
ANISTO-TELLEZ

EL CASTILLO DE SANTILLANA EN MANZANARES EL REAL

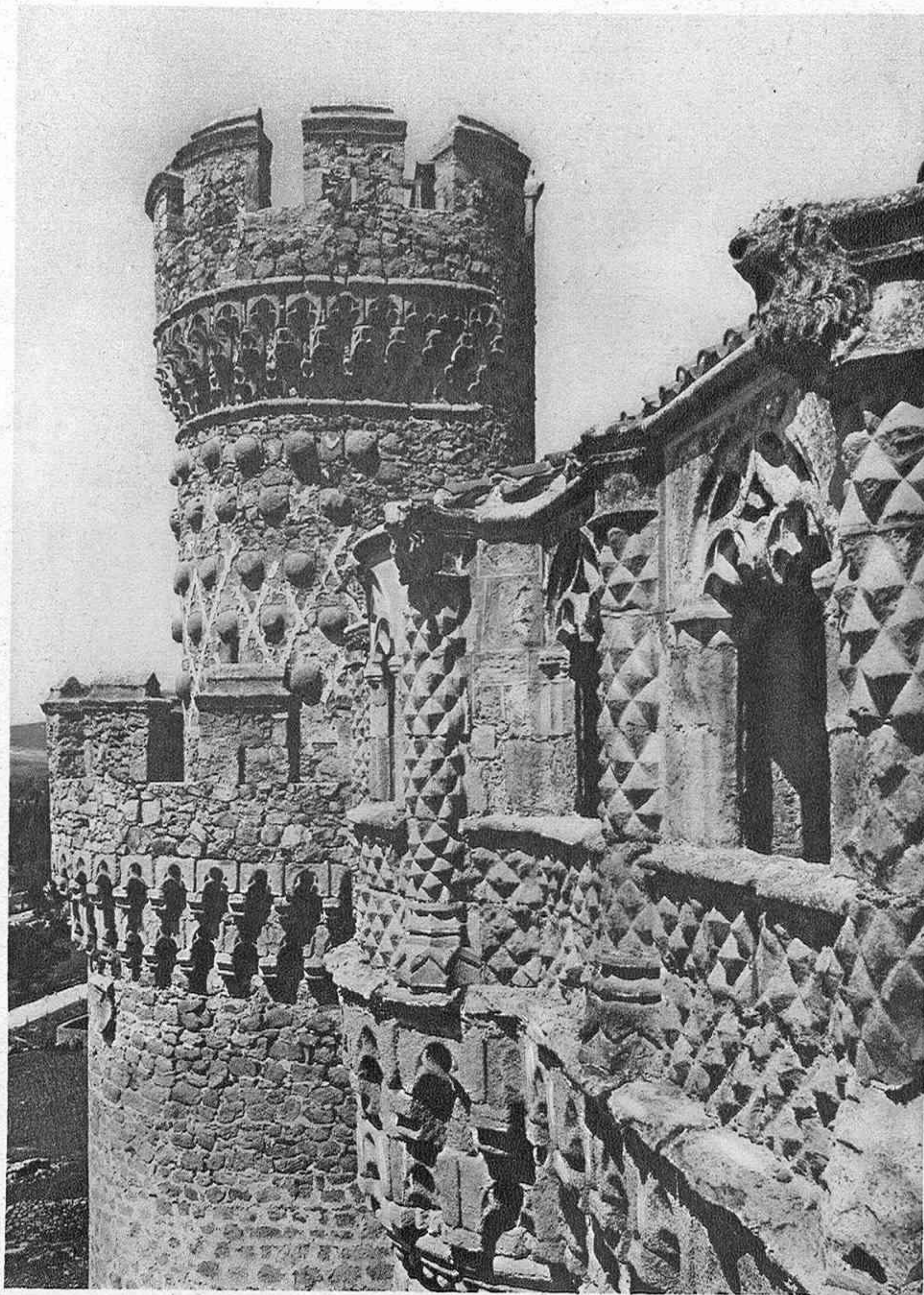
EL castillo de Santillana, en Manzanares el Real, constituye uno de los más bellos ejemplares de una arquitectura, especialísima transición entre la puramente militar de los verdaderos castillos y la propiamente civil de los palacios señoriales: el tipo á que Lampérez denominó castillo-palacio.

El origen de este tipo, según el mismo maestro, es necesario buscarle «en la villa visigótica transformada en el *dominicum* de los siglos IX y X», hasta convertirse en residencia señorial, situada en lo más alto y estratégico del dominio, hecha con piedras toscamente labradas y tierra con torres, fosos y empalizadas.

Hasta el siglo XII, sin embargo, puede decirse que no existieron castillos-palacios, en que las habitaciones señoriales aparecen ya perfectamente determinadas siquiera en las construcciones de ese siglo y del siguiente, sean aun pocas: una sala baja para los servidores; una cisterna; otra sala alta; algunos aposentos para los señores, y la capilla.

En esos edificios de transición, naturalmente, no es siempre la misma la distribución, ni siquiera la proporción entre las partes propiamente militares y las civiles. En el castillo de Peñaranda de Duero, por ejemplo, lo civil queda reducido á la utilización de la torre del homenaje para la vida civil. En otros, ambos elementos están tan compenetrados, que sus estancias son civiles ó militares, según se viva en período de paz ó de guerra; así, en Zafra, en Coca y Belmonte, un mismo lugar es á veces adarve y á veces *paseador* ó solana. Poco á poco, no obstante y á medida que avanzamos en el tiempo, los elementos militares van esfumándose hasta desaparecer, para que del castillo-palacio quede sólo lo civil y resulte el palacio en toda su pureza. Así, al final del siglo XV y en el XVI, dulcificadas las costumbres y hechos más apacibles los señores, llegó un momento en que, mediante obras más ó menos importantes, que á veces constituyeron una reconstrucción casi total, se llegó al pleno desarrollo de la arquitectura civil en aquellas residencias señoriales.

Así, el castillo de Manzanares el Real fué primero, cuando en 1435 le alzó el primer marqués de Santillana sobre el núcleo de una ermita, puramente militar, de planta cuadrada con doble



Característico perfil de uno de los torreones del famoso castillo

recinto, cubos en los ángulos, torre del homenaje en uno de ellos, y en el centro un patio, seguramente sencillísimo, rodeado de crujías con aposentos.

Hacia 1473, el segundo marqués, primer duque del Infantado, hijo del fundador, convirtió la fortaleza en espléndido palacio, reconstruyendo lo fabricado por su padre y añadiendo un cuerpo, que abarcó el ábside de la primitiva ermita.

En 1480, el segundo duque convirtió en espléndida galería el adarve de mediodía, que vino á resultar uno de los más hermosos modelos del género.

En el castillo vivió durante mucho tiempo D.^a Mencía de Lemun, amiga de D. Pedro González de Mendoza, luego gran Cardenal, y allí la nacieron dos hijos, D. Rodrigo y D. Diego, figuras preeminentes en las cortes de los Reyes Católicos primero y de Carlos V después.

Del magnífico palacio primitivo se conserva todo el hermosísimo exterior, todos los predios del patio gótico y una rara arquería en el ya raro cuerpo terminado absidalmente, subdividiéndole y sosteniendo un piso superior.

La ornamentación externa del castillo-palacio de Manzanares el Real es también muy característica, y parece un momento evolutivo de la ornamentación anterior á la del palacio del Infantado de Guadalajara, obra también del segundo duque. En éste, los elementos decorativos salientes en ordenada eutimia, con fuerte relieve que da bellos efectos de claroscuro, no son aún los florones del palacio de Osuna, que estuvo en Marchena y hoy en Sevilla, ni las conchas del palacio de los Maldonado en Salamanca son ya las «puntas de diamante»; pero son algo más que las rudas bolas del palacio de Santillana en Manzanares.

También sorprende hallar en el interior un elemento de estructura que aun encontrándose ya en muchas salas castellanas y con la vigería horizontal, recuerda algo el tipo catalán. Son techumbres propiamente góticas, y en Manzanares hay un buen ejemplo en la antecapilla.

De los dos grupos en que Lampérez reunió los castillos-palacios de Castilla la Nueva, el de Manzanares, con los de Layos, Orpesa, Guadamur, San Servando (Toledo),

Sigüenza, Torija, Jadraque, Baldes, Calatrava la Nueva, el Vero, Montiel (Ciudad Real), San Martín de Valdeiglesias y otros, corresponde al primero, es decir, á los construídos con mampostería ó piedra labrada.

Otros están forjados con ladrillo, mampostería y tapial, y de ellos son tipos los de Buitrago (Madrid), Escalona, Naves, Maqueda, Montalbán, Orgaz, etc., etc.

En cuanto al estilo, corresponden en general al gótico y al mudéjar; pero generalmente combinados su pureza, el de Manzanares es marcadamente gótico dentro de esa falta de pureza fundamental.

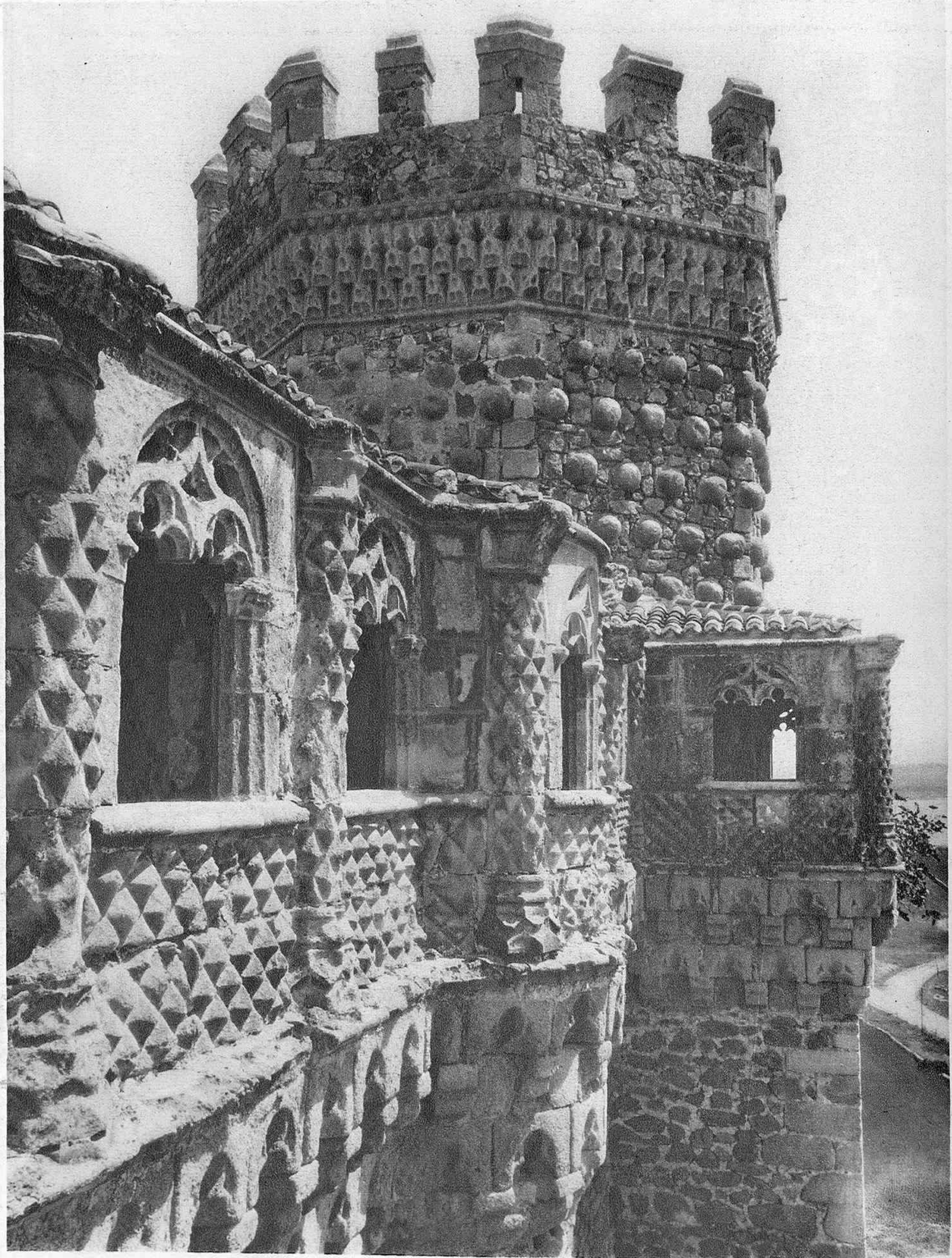
Por su mayor interés arqueológico y arquitectónico, aparte el exterior, tan bello como se refleja en nuestros grabados, pueden ser citados la entrada de la capilla y los detalles del paseador y de la torre.

L. D.



C A S T I L L O S D E E S P A Ñ A

El castillo de Manzanares el Real
(Fot. Wunderlick)



ESPAÑA ARTISTICA

Una de las torres del castillo de Manzanares el Real
(Fot. Wunderlick)

HALLAZGO DE UN CUADRO DEL GRECO



Cada cuadro hallado con características que puedan darle una filiación suprema, suscita inmediatamente para los peritos el consabido problema, ó mejor, la serie de problemas: ¿Es auténtico? ¿Es original? ¿Es réplica? ¿Es copia? Ante el Greco encontrado en El Bonillo (Albacete), y que en esta plana reproducimos, la primera impresión de los artistas que han examinado la obra se inclina á contestar afirmativamente á la primera pregunta. Se trata, dicen, de un Greco auténtico, original ó réplica. Como tal le reproducimos, sin pretender decir acerca de él la última palabra. El cuadro ha sido descubierto por el ilustre Ignacio Pinazo y fotografiado por Belda

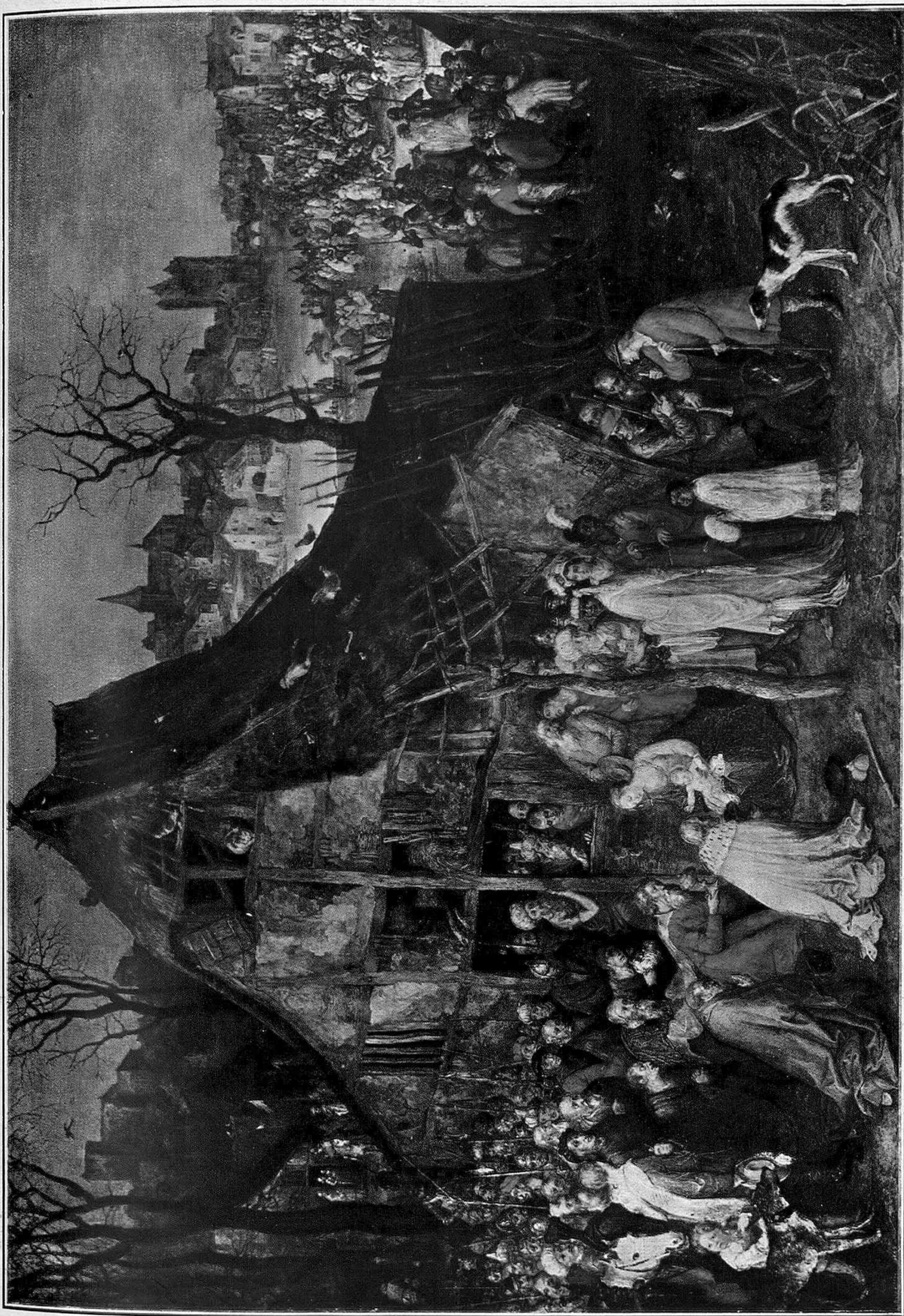
(Fot. Belda)



Las impresionantes perspectivas de las modernas ciudades norteamericanas

Una moderna rúa del norte de Chicago, la ciudad estadounidense donde los rascacielos han establecido un pugilato de alturas. En nuestra fotografía, el edificio del centro es la nueva Casa Blanca de la ciudad, que tiene á su derecha el Wrigley Building. Enfrente de éste, el palacio del «Chicago Tribune», y en primer término, á la derecha, una construcción destinada á grandes almacenes

(Fot. Ortiz)



« El Nacimiento de Jesús », cuadro de Juan Breughel, que se conserva en el Museo de Viena



Un amoroso
"FLAVIO"
SIGLO XVI



IV

LEANDRO

DE dónde sale este galán tímido y romántico, metido en las turbias aventuras á que le arrastra Crispín? ¿Cuál es su ascendencia y cuáles son sus pergaminos? ¿Qué noble lugar, qué categoría ocupa entre la farándula numerosa de la Comedia del Arte?

Leandro, «el de los bellos sueños», como le califica Crispín, es en *Los intereses creados* lo que en el *argot* teatral se llama un galán. Al principio sigue la aventura urdida por Crispín casi por necesidad, porque no tiene ni puede agenciarse otros recursos. Pero después, encendido su corazón en el amor á Silvia, cada vez más prendido en las redes de este dulce deliquio apasionado, quiere volverse atrás, deshacer el engaño, confesar toda la mentira de las trapacerías que él y su criado han urdido; redimirse ante la amada y ante la propia conciencia con la declaración noble y leal de la verdad de su miseria. Harto trabajo les cuesta á Crispín y á Doña Sirena vencerle de que desista de tan generoso empeño, que al fin realiza en parte.

Con esto basta para dejar diseñada la silueta moral del Leandro de *Los intereses creados*.

Es, pura y simplemente, un enamorado. Lo que los franceses llaman—en el teatro—un *moureux*. Y descende, por tanto, en línea recta y pertenece por derecho propio á ella, de la familia de los «amorosos» de la Comedia del Arte.

Veamos ahora cómo era y cómo se comportaba esta casta de sujetos, y comparemos su catadura moral, su prestancia y su juego escénico con lo que nos presenta y ofrece el Leandro benaventino.

En su principio aparecieron un poco ridículos, sin otra misión ni finalidad que la de estar enamorados. Eran jóvenes, bellos, de linda presencia, elegantes, bien educados. Un poco hueros y vacuos. Muchos de ellos se conducían escénicamente con bastante ímpetu. Al contrario de lo que sucede con la mayoría de los personajes de la comedia italiana, ni Octavio, ni Flavio, ni más tarde Silvio y Leandro el Bello, vestían un traje determinado y característico. Ajustaban sus indumentos al patrón más exigente de la última moda. En realidad, eran lo que hoy llamaríamos un pollo bien.

Durante mucho tiempo, esas mansas y apacibles características fueron las únicas que con-

currían en estos *amorosos* de la comedia italiana. Así fueron Octavio y sus inmediatos descendientes.

Un poco pasivos é irremediamente tocados del ridículo, con mayor ó menor acentuación.

Este matiz caricaturesco ha dado bastante que debatir á estudiosos y comentaristas. Parece ser la opinión más extendida—y conviene particularmente recogerla al tratar de *Los intereses creados*, por algo á que después hemos de referirnos—que estos *amorosos* no podían conducirse ni ser presentados absolutamente en serio, porque siendo siempre la acción de la comedia italiana una farsa, tratada al modo, en el sentido y con el tono de la farsa, ningún personaje podía desentonar, y todo en ella, hasta el amor, debía ser y aparecer como una farsa.

Pero poco á poco fueron modificándose las cualidades de este amoroso galán de la Comedia del Arte, y es curioso registrar en la segunda mitad del siglo XVII la aparición de uno de ellos—Horacio—que tiene una cierta indudable semejanza con Don Juan Tenorio. Horacio fué pendenciero, buscarruidos, jaranero, dadivoso. Ya no enamorado, sino mujeriego. No confiando ya en sus medios naturales, sino en la intriga, en la falsedad, en el engaño y en la dádiva. Riñe, juega, burla y miente. Vive entre sangre, lágrimas y riesgos.

Pero este tipo se desvanece pronto, y vuelven á sucederse los que se parecen á sus ascendientes, aunque con menos aire cómico y más dulzura espiritual.

Respecto á Leandro el Bello, tocayo del personaje benaventino, sólo poseo la siguiente referencia, que debo á Ducharte: «Leandro el Bello es una caricatura de Octavio, que se acerca mucho al Capitán.»

Como se ve, y aparte esta calificación de Bello y las vagas características comunes á todos los galanes enamorados, el Leandro de *Los intereses creados* no puede ser netamente afiliado á ninguno de los grupos á que acabamos de hacer mención.



El no es, ni por asomo, ridículo ni grotesco. Apenas le roza algún momento la ironía del autor, tan pródigo y abundante, por ejemplo, con Doña Sirena, con el Doctor, con Polichinela, etc. Tampoco es ni jaranero ni espadachín, ni demasiado petimetre.

Es sincero en su romanticismo, leal en su arrepentimiento.

En esto el personaje de Benavente se separa sin vacilaciones, con trazo decidido y seguro, de la tradición y de la historia. Es quizá un caso nuevo.

Pero vale la pena de examinarlo. Porque no es un error, sino una voluntaria creación del autor ilustre de *Los intereses creados*. Si, en lo posible, ha mantenido éste á su Leandro dentro del cuadro biológico de los amorosos de la comedia italiana, lo ha apartado de él precisamente porque, atendiendo al carácter de la farsa, le convenía adscribirle una significación que quizá no han tenido nunca aquellas alegres volatinerías espirituales á que se dedicaron los antepasados de este Leandro. Hemos dicho, en efecto, que Octavio y sus descendientes tenían un cierto aire ridículo y caricaturesco—de que no escapó Leandro el Bello—, porque, según la opinión más autorizada, todo era farsa en la farsa y nada más que farsa.

Pero en *Los intereses creados* hay algo «que no puede acabar cuando la farsa acaba».

He ahí la originalidad fundamental de esta farsa de muñecos ideada por Benavente. Y ese algo que no puede acabar cuando la farsa acaba; ese algo divino que hay en nuestra vida que es verdad y que es eterno, necesitaba hallar en la comedia una expresión definidora, y ahí está Silvia; pero necesitaba también una reacción que lo patentizase, y ahí está Leandro.

¿No se advierte en esto uno de los más grandes y sutiles aciertos del autor?

Al revivir una farsa italiana, le ha dado un sentido de eternidad y una profundidad de moraleja. Para ello ha dado al Enamorado una verdad humana que se ha ido amasando á lo largo de la representación.

He aquí explicada la transmutación de Leandro el Bello.

RAFAEL MARQUINA

(Dibujos de Aristo Téllez)



V I T E L A S

Son las Siete Virtudes coronadas de flores.
Las siete lucen vestes de distintos colores,
y por la escalinata del templo Teologal
sube el coro de vírgenes como un iris triunfal.

Sobre la fulva arena siete pavorreales,
bellos como las Siete Virtudes Teologales,
abriendo al sol el iris de sus colas de estrellas,
siete estrellas de lises van dejando, en sus huellas.

Para tales Princesas con tan lucidos trajes,
no podía el poeta buscar más bellos pajes...

O F R E N D A

Quise buscar entre lo más diverso
la ofrenda rara, singular y bella,
y así, te ofrezco el más sentido verso,
la flor más pura y la más clara estrella.

Acepta, pues, amiga encantadora,
la estrella musica', la flor sonora...

Goy de SILDA

(Dibujo de Bujados)

ACABA DE PUBLICARSE

« EL MUÑECO DE TRAPO »

(Colección de artículos, por José María Salaverría)

José María Salaverría no necesita presentación, porque es uno de los literatos con que diariamente tiene el público trato, que, por las prendas del escritor, ha de ser afectuoso.

Su nuevo libro «El muñeco de trapo» renueva ese trato, y, ganando sobre la vida efímera del periódico la personalidad del libro, le hace más íntimo.

Uno de los artículos más interesantes de «El muñeco de trapo» es el que damos a continuación:

LA MIRADA TALADRANTE

SE apellidaba Albarracín, y era un joven bien portado, inteligente y afectuoso. Lo que se llama un buen muchacho. Era una de esas personas que parecen hacer el recorrido de la vida como sobre patines, deslizándose sin esfuerzos, llegando á los fines rápidamente y con una venturosa facilidad. Antes de remontar la cumbre de los treinta años había conseguido reunir, si no la fortuna, cuando menos los elementos esenciales que á ella conducen. Su bufete de abogado empezaba á ser el preferido de las gentes adineradas, y en la primera combinación política era seguro que iba á conseguir un acta de diputado. Por último, tenía una novia hermosa, espiritual y rica, con la que pensaba casarse muy pronto.

Pero la fogosidad le perdía. A veces hacía como el que se vuelve contra su apellido y le acusa de tenebrosas hostilidades.

Medio en serio, medio en broma, solía decir que aquel apellido de tan acentuada estirpe sarracena tenía la culpa de la fogosidad incontinente y dramática que con frecuencia le empujaba á extremos casi insuperables. Y es posible que el amigo Albarracín tuviera razón. Por ejemplo, en la época en que comenzaron á soplar para él los vientos contrarios del destino, el amigo Albarracín se empeñó en hacer oposiciones á una cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad Central, acumulando así el enorme esfuerzo del estudio de la Filosofía á los trabajos de su bufete y á los discursos de propaganda política. Es claro: la maquinaria nerviosa de Albarracín quedó estropeada.

Desnutrición, pesadillas, pruritos maniáticos, principios de mareos. Pero, sobre todo, una perturbación á la vista que le contrariaba mucho, pues necesitaba leer y escribir más que nunca. Unas notas oscuras, unos cabrillos extraños, unas nubecillas arbitrarias turbabanle por momento á las pupilas, llenándole de apren-

siones y de molestias. Una tarde, estando con su novia, llegó á figurarse que una vaga nebulosidad se interponía entre su mirada y ella.

—¡No te veo con bastante intensidad!—exclamó asustado Albarracín.

—¡Corre á consultar con un especialista!—le contestó su novia.

Y aquí es donde precisamente le estaba aguardando la adversidad al amigo Albarracín. Podía haber elegido uno cualquiera de los muchos oculistas expertos y normales de la ciudad; pero su destino aciago le guió hacia el hombre más peligroso. Como que el doctor Bernardo, uno de los grandes oculistas de Europa, había quien aseguraba que estaba loco de remate.

El doctor Bernardo era un sabio en toda la

extensión de la palabra. Era sabio hasta por sus rarezas. Pues no significa pequeña rareza el desdeñar las gruesas sumas de dinero que hubiera podido ganar comercializando la enorme ciencia que poseía, para entregarse, en cambio, á una oscura faena de laboratorio y á investigaciones penosas é interminables. Pocos conocían el sentido exacto de aquellas investigaciones. De tarde en tarde exponía el doctor Bernardo, en artículos de revistas profesionales extranjeras, algunas de sus teorías, que en el mundo de los entendidos causaban sensación y despertaban discusiones. El amigo Albarracín conocía todo esto; admiraba al abnegado sabio con una mezcla de cariño filial y de profunda devoción científica, y despreciaba las imbéciles reticencias del vulgo, que en todo tiempo ha tachado de locura á lo que no puede comprender ó á lo que se eleva sobre la chatez de la talla corriente.

Fué á visitar al sabio y le explicó en pocas palabras las molestias visuales que padecía.

—Esto carece de importancia—concluyó el doctor Bernardo, después de algunas preguntas y de un examen prolijo de los ojos—. Nada. Ninguna importancia. Un poco de artritis, complicado con una debilidad nerviosa, que será fácil de corregir en cuanto se someta usted á un plan de reposo y buena alimentación.

—¿Que no es nada, doctor?... Pues para mí supone casi una catástrofe—exclamó Albarracín con el habitual agrandamiento de los fenómenos, propio de los enfermos imaginativos.

Y agregó:

—En estos momentos tiene la vista para mí una importancia capital. Necesito atender á mis trabajos electorales; he comprometido mi amor propio en una oposición á una cátedra de Historia de la Filosofía, y voy á casarme pronto...

—¿Se quiere usted casar pronto?...

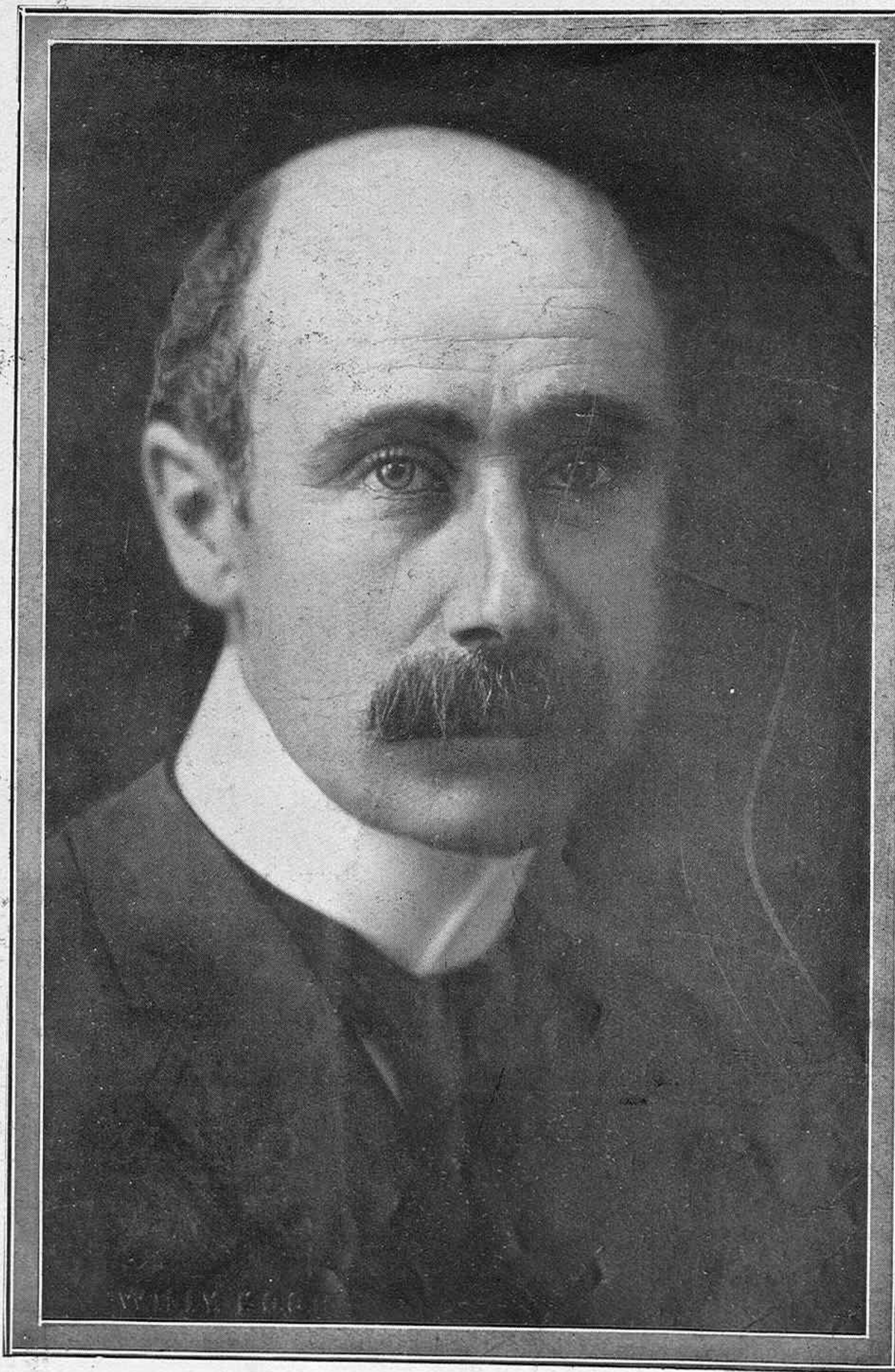
—Sí, doctor. Con una joven que me ama. Ya me comprende usted: ¡necesito verla!...

—¿Profundamente?

—¡Sí, doctor, sí! ¡Profundamente!

El doctor Bernardo quedó un instante pensativo y con la mirada fija en un dibujo persa de la alfombra.

Después, trasladando su mirada á los adornos barrocos de la lámpara pendiente del techo, el doctor Bernardo dejó que sus labios insinuasen una sonrisa. Una sonrisa extraña y desconcertadora, puesto que con su imprevista



JOSE MARIA SALAVERRIA

malignidad descomponía el tono grave y bondadoso que caracterizaba al semblante del doctor eminente.

El amigo Albarracín sintió una vaga inquietud cuando el doctor Bernardo, mirándole esta vez de frente y sonriendo con aquella extraña sonrisa maliciosa y desacostumbrada, le preguntó de nuevo:

—¿Conque quiere usted ver á su novia profundamente?... Muy bien; pues vamos á intentarlo.

Entonces el doctor se dirigió al fondo del gabinete y estuvo un buen rato revolviendo la complicada batería de tarros y botellines que en los anaqueles organizaban una misteriosa armonía de colores. Aunque el sabio iba trajeado (un poco descuidadamente, eso sí) á la moda del tiempo, y ni en el armario ni en los rincones de la habitación se abusaba de la escenografía impresionante (redomas, hornillos, esqueletos, etc.), el amigo Albarracín tuvo una ligera sensación de estar en el antro supersticioso de un alquimista medio brujo de los siglos pasados.

Por último, el doctor Bernardo acudió, enarbolando una jeringuilla. Ya no sonreía. Mostraba la exacta gravedad del sabio que se decide á practicar una experiencia inédita, sin duda comprometida, y en el mayor silencio y con una precaución extrema vertió en cada pupila del paciente tres gotitas justas de un líquido incoloro.

Albarracín las sintió caer como puntas de vidrio, quemantes y penetrantes como fuego sutil...

—Ya está. Ahora puede usted ir á visitar á su novia. Y no se olvide de volver dentro de unos días á contarme el resultado.

Albarracín no observó al principio nada de particular en la vista. Corrió á casa de su novia, que estaba aguardándole para elegir, en un amontonamiento de muestrarios, unas telas para tapizar los muebles de la linda casita que había de ser su nido de enamorados. Y hablaron, claro está, de todo lo que dos amantes fervorosos pueden hablar. Y miráronse en los ojos con la pasión de dos seres que se han confesado ó han creído confesarse todos sus secretos.

De repente, el amigo Albarracín empezó á experimentar un singular fenómeno en la vista. Era como si la mirada se le fuera progresivamente convirtiendo en una cosa muy aguda, muy penetrante, y como si, en lugar del proceso de distinguir y ver que todos realizamos, estuviese investida de un poder... ¿Cómo decirlo? Algo así como un poder taladrante.

Lo cierto es que Albarracín, al mirar á su novia en el centro de los ojos, sintió que su mirada «pasaba» el límite natural y material de los ojos amados y que se hundía (esta es la pa-

labra) en el mundo interior é inefable del ser adorado. Veía, pues, á su amada por dentro y en lo profundo. ¿Cómo? ¿Qué especie de fantásticas materialidades y de indescriptibles inmaterialidades veía en el profundo interior de su novia? ¿Cómo era aquel segundo ser que la mirada taladrante había conseguido descubrir en el fondo de la intimidad que nunca, y á nadie, pensó ofrecerse desnudo?... El amigo Albarracín no supo jamás describirnos lo que vió, vislumbró ó adivinó en aquellos instantes. Sólo recordaba que vivió algunos minutos en pleno trance de alucinamiento.

Pero en medio de su alucinación tenía la inspirada sospecha de la fugacidad de su maravilloso poder taladrante. Quería aprovechar el estupendo poder. ¿Para qué?

¡Ah, el secreto! ¡El secreto del alma de su novia!... ¡El conocimiento integral del ser auténtico, el que yace escondido allí dentro, desnudo é inviolable, y que mantendrá su misterio hasta la muerte! ¡Cuán distinto de ese otro ser visible, manoseable, sociable y cotidiano que aparece en la superficie vestido con palabras, gestos y convencionales insinuaciones! ¡Corregido y aseado como la dama que sale de su tocador! El

ser inviolado, pudoroso y desnudo, ¡ése era el que Albarracín acababa de entrever en el mundo milagroso de lo inefable! ¡Ah, el supremo secreto del alma auténtica de su amada!...

Y entonces (contaba más tarde Albarracín), en el instante decisivo, cuando el misterio iba revelándose, cuando el amante empezaba á «ver profundamente» en la intimidad de su amada, ocurrió el más inesperado acontecimiento. La virtud de las misteriosas gotas que el doctor Bernardo vertiera en sus pupilas fué atenuándose por momentos hasta desaparecer del todo. La vista recobró su normalidad. Y aquel mundo alucinado de antes pasó á convertirse en un sueño.

—¿Por qué me miras así?... ¡Dios mío! ¿Qué buscas en mis ojos?... ¡Ah, me das miedo!...

Pero el amigo Albarracín renunció á mirar, porque ya no conseguía distinguir nada de lo que le interesaba. Como una película bruscamente cortada. Como una narración interrumpida en la parte más emocionante. Como el microscopio de un sabio que se rompe en lo mejor de un experimento. El pobre Albarracín salió apresurado, sin saludar y sin sombrero, con la mirada extraviada, y su novia fué la primera

en pensar que se había vuelto loco de repente.

Corrió Albarracín á buscar al doctor Bernardo, y no lo encontró en casa. Volvió al cabo de algún tiempo, y tampoco lo halló. El criado, con cara de pena, dijo que su amo, en los últimos días, no andaba demasiado bien. Sus manías, por ejemplo, habían aumentado. Al día siguiente le dijeron que el sabio empezaba á incurrir en extravagancias mucho más graves que las habituales; que era incapaz de recibir á nadie.

—¡Pero yo necesito verle! ¡Está en poder de la fórmula, tiene la llave del secreto!... ¡Me va la vida, señor!...

Por último, tuvieron que internar al desgraciado doctor Bernardo en una casa de salud. ¡Loco perdido!

En cuanto al amigo Albarracín, de ninguna manera pudo resignarse á la posesión de una vista normal como la que poseemos todos nosotros. Con su novia tuvo un corto período de discusiones, de rarezas, de exigencias extrañas y penosas que sólo sirvieron para atormentar el corazón de la infeliz señorita. Albarracín la sometía á preguntas inverosímiles, ó quedaba largo rato mirándola con un dramático afán en los ojos, mientras murmuraba:

—¡No es eso lo que yo busco! ¡Si pudieras devolverme el secreto!...

Naturalmente, terminaron por separarse.

Después Albarracín se convirtió en un hombre taciturno, indolente, descuidado. Un día desapareció. Se marchó á América, y nadie ha sabido más de él.



Portada del libro

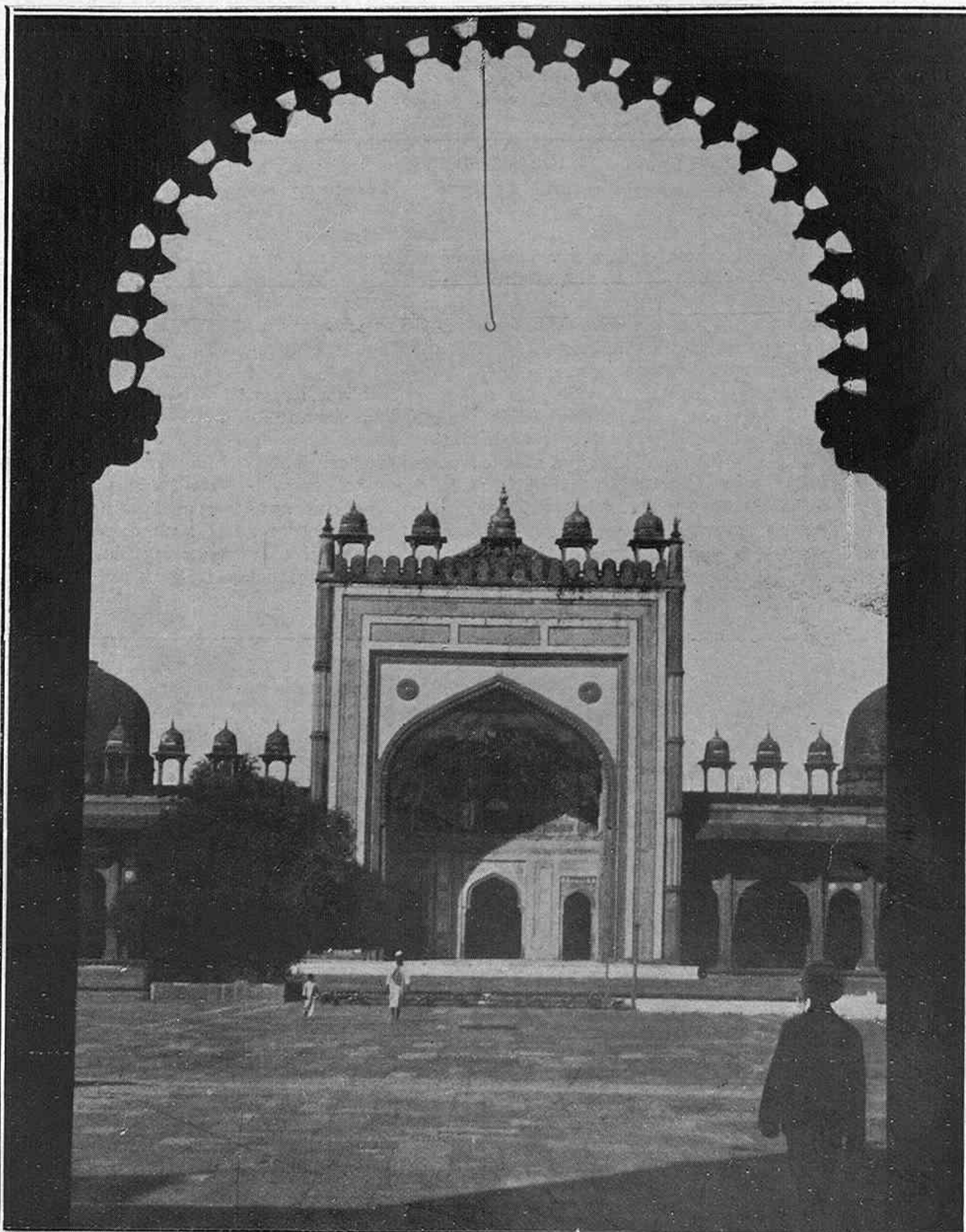
JOSÉ MARÍA SALAVERRIA

LUGARES DE ARTE Y DE LEYENDA

País la India de complicada vida histórica y espiritual, fácilmente se infiere que, si á dichas circunstancias se suma lo que la ardiente fantasía oriental pueda poner en el proceso imaginativo, ha de ser en extremo rico en leyendas y tradiciones.

Entre las más bellas y románticas cuéntase esta de *La Ciudad maldita*. La conocen pocos viajeros, y no obstante su proximidad á la magnífica y populosa Agra, célebre por su *Taj Mahal*, al que va unida poética leyenda de amores, que alguna vez narraremos en estas páginas, no es sino escasamente visitada por los naturales del país, y mucho menos por el elemento musulmán, para el que pudiera decirse que es recinto prohibido este de la en un tiempo espléndida urbe, orgullo del Gran Mogol, llamada Fathpur-Sikri, y hoy solitario y suntuoso montón de ruinas.

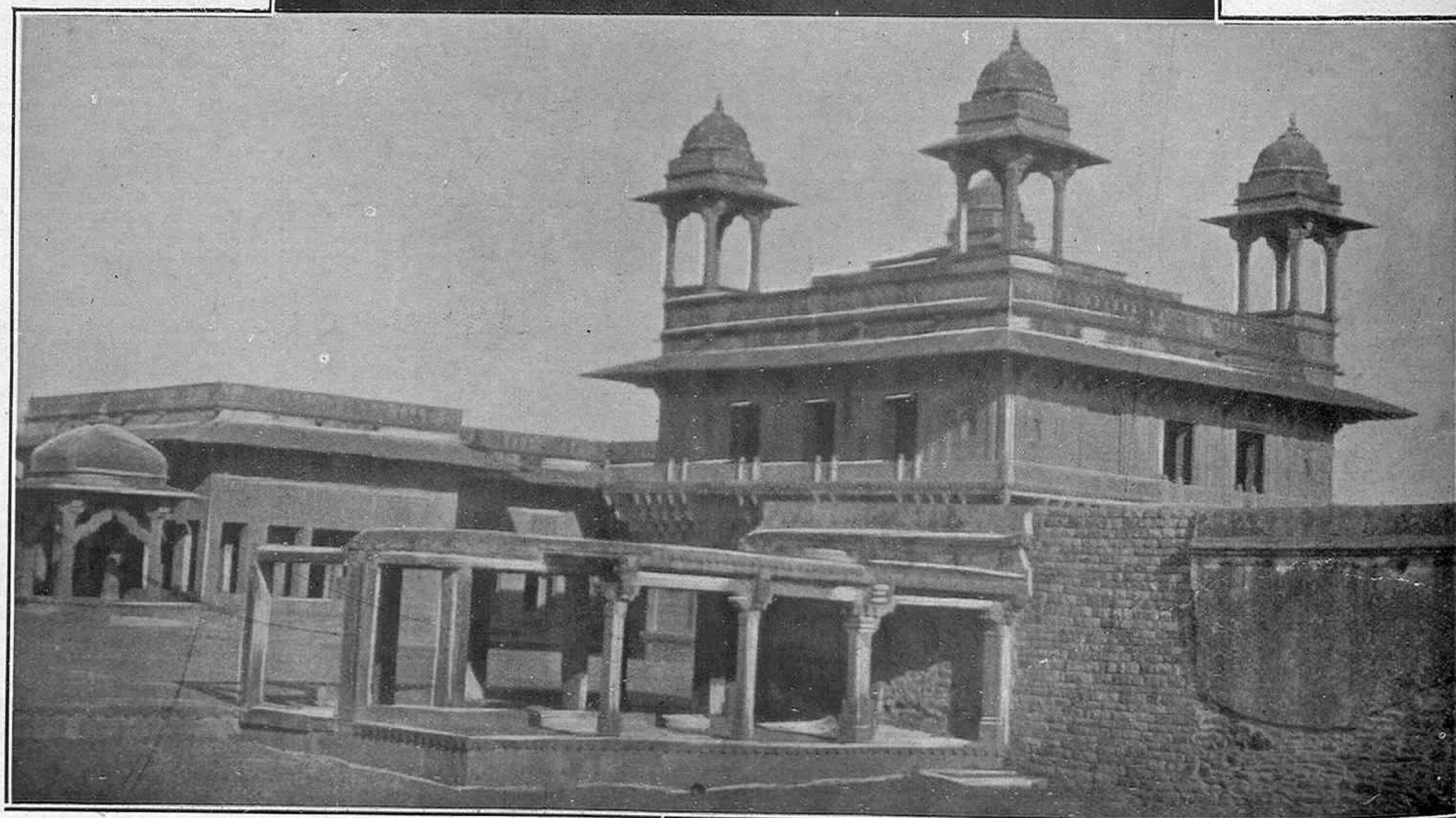
La gran Mezquita de Fathpur, vista desde una puerta de la muralla, de ocho kilómetros de perímetro, que defendía á la ciudad



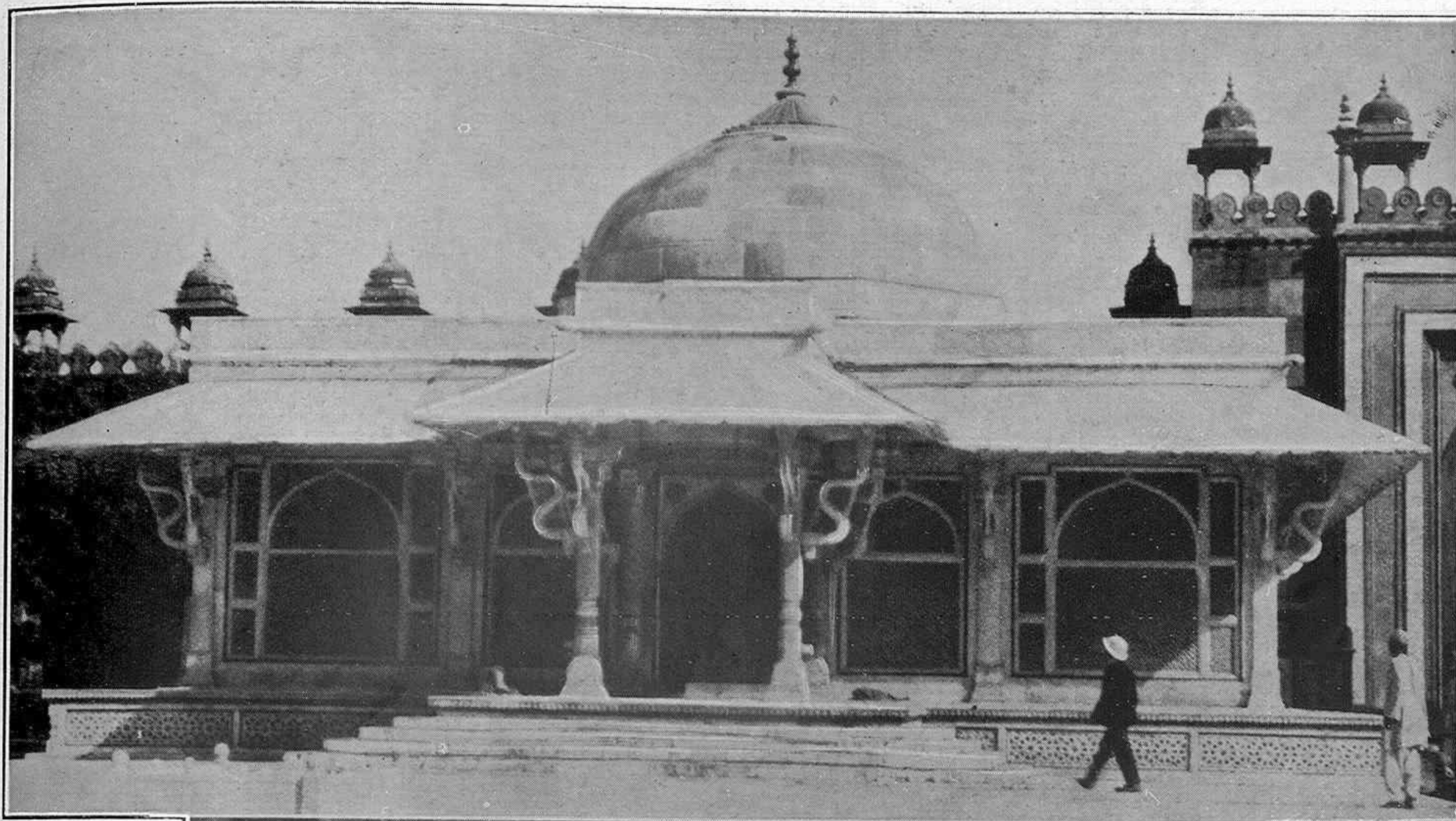
«La ciudad maldita» de Fathpur

Su historia es breve y dramática. Levantada la ciudad en 1570 por el emperador Akbar, justamente llamado *el Grande* por sus hechos de armas, que extendieron á límites desconocidos los dominios mahometanos, como por el estado de insólita prosperidad á que llegaron en su tiempo las artes y la pública riqueza, constituyó la capital de su vasto imperio, y durante casi un siglo continuó disfrutando tan preeminente lugar en la organización política del país.

Hombre ostentoso Akbar, gran protector de artistas y muy dado al lujo y magnificencia, como su ascendiente Tamerlán, pobló materialmente su ciudad amada de verdaderas joyas arquitectónicas, que eran pasmo y maravilla de cuantos á ella llegaban atraídos por los esplendores del Gran Mogol. De ella hablan con hiperbólico elogio, á más de otros viajeros europeos del siglo XVI, los misioneros jesuitas Monferrato, Enríquez y Acquaviva, ponderando el valor incalculable y la nunca vista suntuosidad



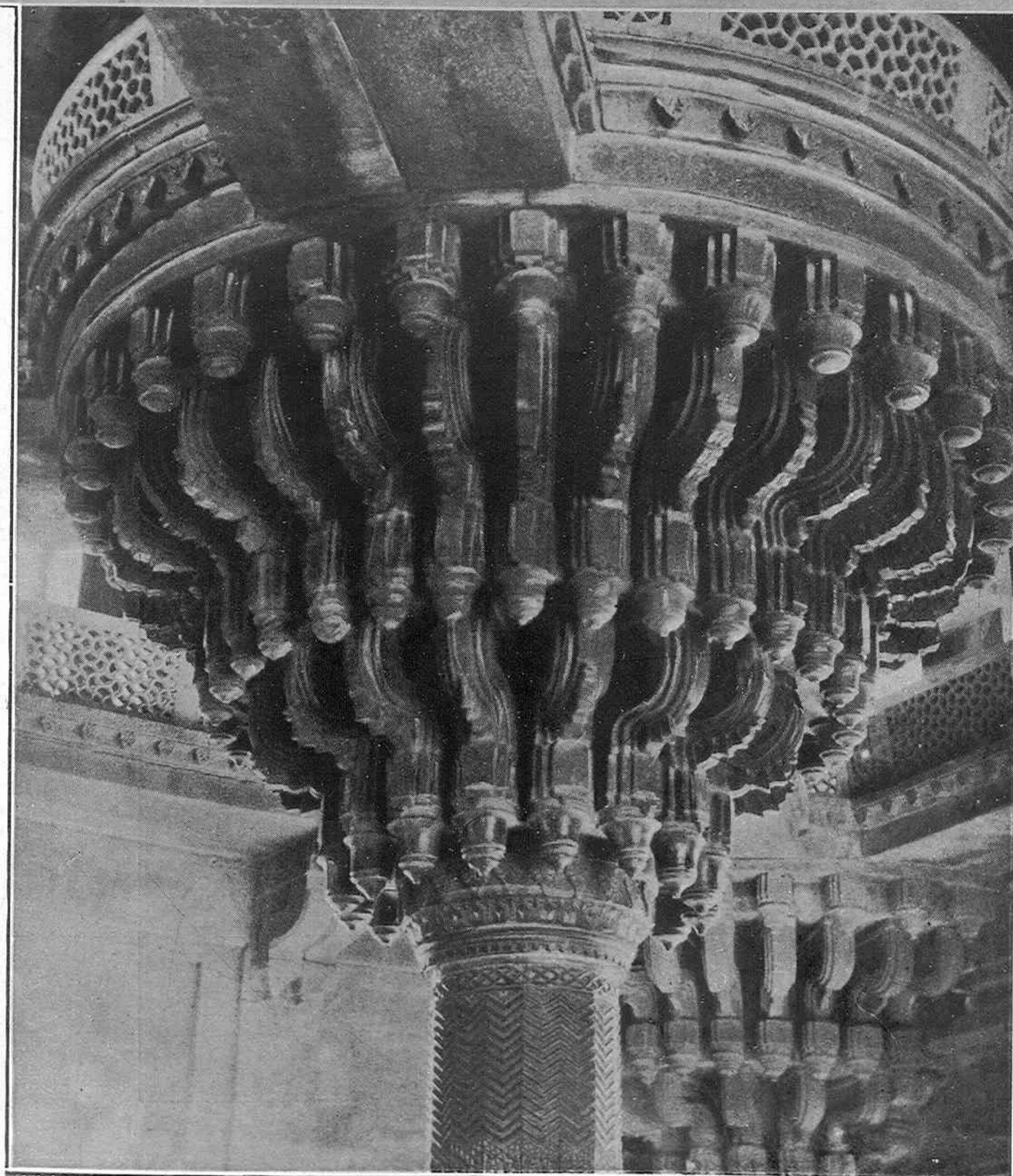
Palacio del Gran Mogol Akbar «el Grande», construído á mediados del siglo XVI en «La ciudad maldita»



Exterior del mausoleo de Selim, hijo del Emperador Akbar el Grande

de sus palacios, templos y panteones reales.

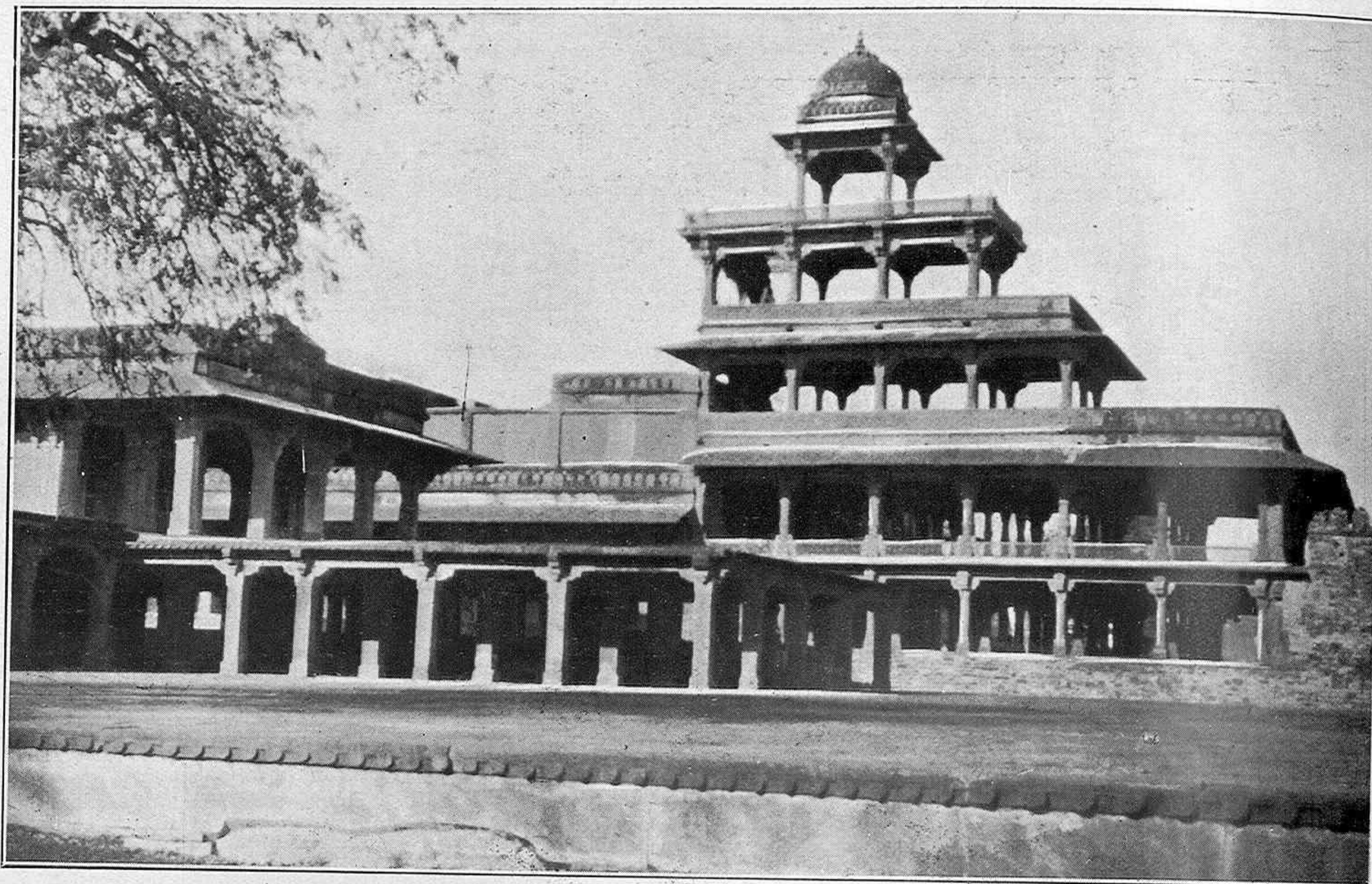
Pero la vida esplendorosa de Fathpur fué brevísima. Como antes dijimos, apenas separaron cien años la colocación de su primera piedra y su abandono y ruina. Quiere la tradición, fielmente aceptada por los musulmanes, que esa rápida decadencia y muerte de la ciudad que hubo de ser considerada como la más bella y opulenta de la India, no fuese sino justo castigo impuesto por Alá al satánico orgullo y á la impiedad del emperador Akbar. Aunque educado éste en la religión de Mahoma, al acercarse á la edad madura cayó en el más completo escepticismo, terminando por abjurar de sus primeras creencias y erigirse en fundador de una nueva religión, que llamó *Din-i-Ilahi* (fe divina), de la que se



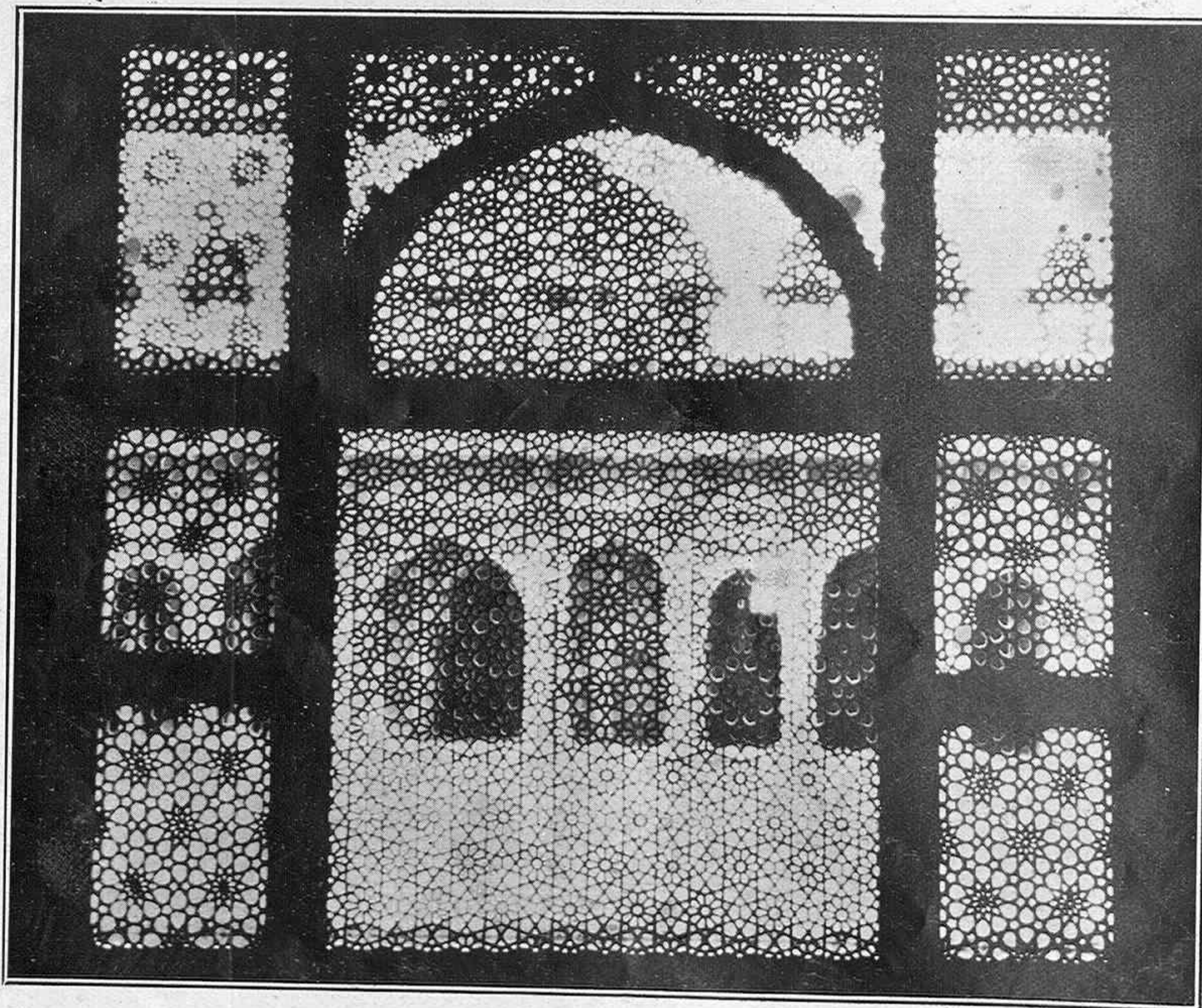
Capiteles de las columnas en la sala de Divan-i-Khas en Fathpur, una de las más suntuosas del palacio del Gran Mogol, y donde, según la tradición, el emperador hereje sostenía sus discusiones teológicas con los ulemas

declaró jefe espiritual supremo, y que no era, en cuanto á los ritos, más que una variante del zoroastrismo.

A la guerra religiosa declarada al soberano por los ulemas, se unió pronto, y en ello ve el buen musulmán la terrible sanción impuesta por Alá á la herejía del Gran Mogol, la que encendió en el imperio el tercero de los hijos de Akbar, el ambicioso Dehli-agir, que pretendía destronar por las armas á su padre, y que por fin le sucedió á su fallecimiento. Y luego, por último, en rápida sucesión de calamidades y desdichas, la muerte trágica de otros dos hijos del emperador, una epidemia y la repentina é inexplicable ruptura, sin arreglo posible, dados los conocimientos técnicos de la época, de los dos únicos acueductos que llevaban á la ciudad el importante elemento de vida. Nada tiene, pues, de extraño que los mahometanos diputasen por maldita á Fathpur-Sikri, y que, ini-



El Panch-Mahal ó palacio destinado á las embajadas que llegaban á la residencia del Gran Mogol



Maravillosas labores en mármol en la tumba de Selim, hijo del Emperador Akbar, en Fathpur
(Fots. Ortiz)

ciándose el éxodo á poco de morir Akbar, se consumase el abandono total en tiempos de su hijo Jeanguer, que trasladó la capitalidad á Agra.

Este supersticioso temor que á través de los siglos ha inspirado Fathpur ha sido garantía de seguridad para sus preciados monumentos, la mayoría de los cuales, no obstante estar contruidos con valiosos materiales, abundando principalmente el mármol, han llegado á nuestra época en admirable estado de conservación, cual puede apreciarse bien en las ilustraciones que acompañan á este artículo.

Sobresalen entre dichos monumentos: el llamado *Divan-i-khas*, ó residencia principal del Gran Mogol, que se hallaba situada en el extremo norte de la urbe, participando su estilo del árabe, en la parte exterior del edificio, y del mogólico, en el interior; el mausoleo de Selim, hijo y gran sacerdote, ó *mullah*, de Akbar, contruido totalmente en mármol, y donde el trabajo de este material ha llegado á prolijidades decorativas sorprendentes; la mezquita, uno de los edificios más majestuosos de Oriente, y en cuyo interior el arte árabe hizo verdaderos alardes de exquisitez de ejecución y de insuperada riqueza ornamental; y el *Panch Mahal*, palacio destinado á los altos dignatarios del imperio y á las embajadas que llegaban al Gran Mogol.

D. R.

Los quince hermanos de leche,

«cuento»

AQUELLA ama santanderina llamada Rosa fué una de las más poderosas amas que se conocieron en Madrid. Rebasó la tradición de todas las amas desde que Magerit fué «castillo famoso».

Ama de casas bien era muy cumplida, y no dejaba de ir á ver á los que habia criado en años anteriores, lo cual la daba un prestigio que no tenían las demás amas, menos garantizadas de la alimentación y como huídas después de haber realizado su cometido.

A aquellas excursiones iba muchas veces con el nuevo rorro que reponía de todas sus hambres de no nacido, y lo mostraba como ejemplo de lo que aún podía lograr, pues estaba tan rollizo como se crió el señorito Andrés y el señorito Pedro cuando tenían la misma edad que él.

Ante aquella aparición de un nuevo niño en brazos de su propia ama, se rejuvenecían aquellos niños que ya iban hacia el pantalón largo. Se sentían de nuevo pensionados de aquel abrazo ceñido de la Rosa, y miraban al nuevo rorro como si fuese algo pariente de ellos, aun siendo hijos de familias tan distantes y desconocidas.

Marianito Corvagón, que es el que en cada generación sale con mejores condiciones de organizador y comentador de fuerzas vivas, pensó que aquella solidaridad entre los amantados por la misma ama podía ser origen de pingües amistades y se propuso que aquella parentela casual estuviese en contacto á través de los años. ¿Tramar una carroza de carnaval con todos aquellos comensales de la misma ama? ¿O mejor un banquete?

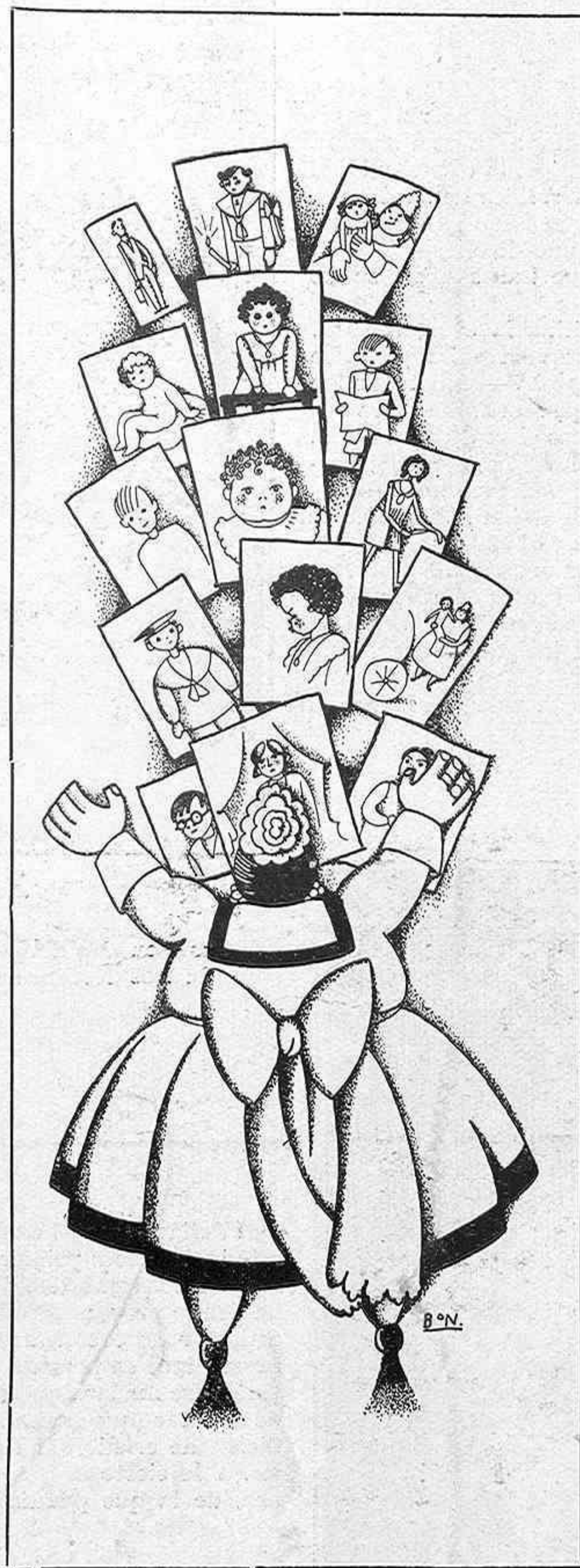
¿No se reunían en ágapes de camaradería todos los condiscípulos de los colegios bien ó los compañeros de la misma licenciatura? Pues mucho más fraternos resultaban los que habían asistido á la misma clase de lactancia.

Había que acabar con aquel espectáculo de incompreensión entre los hermanos de leche que pasaban unos junto á otros sin reconocerse ni saludarse y quizás á lo largo de la vida podrían pasar junto á un hermano que alargase hacia el otro hermano el platillo de la petición de caridad sin ser correspondido por la limosna.

Trabajo le costó encontrar las señas de alguno de aquellos alimentados, temiendo muchas veces que hubiese podido morir el supuesto hermanito, pero tuvo la suerte de encontrar á los titulares de todos aquellos retratos que conservaba el ama en su gran baúl de colonizadora.

Con la señas de todos, les dirigió una circular redactada en esta forma:

«Se ruega á los ex amantados por La Santanderina ama Rosa que asistan al banquete que se celebrará en los sótanos de la Granja Nacional el día tantos de tantos.»



Aquella circular tan inesperada, pero que era síntoma de la sindicación que palpita en los tiempos que corren, produjo gran revuelo en las casas próceres en que penetró.

—¿Debemos dejar ir á Pepito?—preguntaba la madre consternada.

—Creo que sí... Es su obligación... Es el primer acto colectivo á que asistirá, ¡y quién sabe qué camino de suerte no puede ser esa institución de los hermanos de leche! Quizás algún día esté su suerte en la amistad de alguno de esos párvulos de la misma ama... Debe ir, pero hay que aconsejarle mucho que no se emborrache.

Así llegó el día del banquete, y el ama Rosa, con verdadero tipo de opulenta institución, se sentó á la presidencia de todos los criados por ella como gran clueca que cobija á sus quince polluelos bajo las alas. A todos les partió pan y les dió un poco de vino con agua.

Estaba rebosante, y lo hacía todo sin dejar de amamantar al último de los rorros que sostenía colgado en bandolera como los guitarristas llevan colgada la guitarra, sino que más arraigadamente como alfiler prendido al pecho. A veces en pie obraba con las dos manos, y el niño no se caía, metido en un pliegue de la chaqueta, agarrado quizás á uno de sus botones dorados.

Marianito Corvagón se levantó á hacer el primer brindis, encareciendo el valor del ama, é interpretando esa afinidad de ideas y de instintos de que les había dotado.

Todos, después de Marianito, se fueron congratulando de aquel condiscipulado en primeras materias.

El banquete iba subiendo de tono por minutos. Todos los quince estaban un poco mareados.

El ama se guardaba los postres en todas las faltriqueras.

Comenzaron á saltar los platos y los objetos de la mesa de un lado á otro.

Rosa, en pie, quiso poner orden; pero balbucía de tal modo, y tenía tan torcida su tiara de pañuelo, que recibió una descarga de cerezas que la dedicaron sus quince niños, quedándose las prendidas muchas como requilorios y gitanerías de ama.

Varios de los hermanos de leche comenzaron á pegarse.

El ama quiso intervenir, y al levantarse tiró al niño de pecho, y ella se cayó con estrépito de vegigas que á poco no estallan.

La policía tuvo entonces que penetrar en el local y disolver la nascente institución de los quince hermanos de leche.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones de Bon)



EL RETRATO DE INOCENCIO X, PINTADO POR VELÁZQUEZ

Está en Roma, en una pequeña sala de la Galería Doria Pamphili, famosa por este retrato. Una amortiguada luz cenital besa el sanguíneo rostro del pontífice, cuya mirada, penetrante como un dardo, al hallarse con la nuestra nos arranca una viva emoción; emoción de júbilo y orgullo si somos españoles.

No sólo es un lienzo bien pintado, como tantos otros que hemos visto en Italia. En esta misma colección Doria, á dos pasos de la obra velazqueña, varios cuadros italianos y flamencos nos ofrecen el encanto de su labor primorosa. Hay aquí, por ejemplo, una figura femenina de Leonardo de Vinci, muy compuesta y trabajada como una joya, de hábil y paciente manera, al elegante modo florentino.

Frente á este refinamiento de Leonardo, frente á la «certa idea» rafaelesca, frente al concepto decorativo de la pintura italiana, un español de gran fuerza escondida—D. Diego Rodríguez de Silva y Velázquez—pone el sereno brío de su pincel, enamorado de la verdad.

No ha habido pintor tan confiado en su camino; ninguno más equilibrado y justo. Aún en sus propios admiradores despierta una sombra de hastío la seguridad, jamás quebrada, de su técnica, la exactitud con que relaciona los valores lumínicos del natural, la solidez de su dibujo, el volumen de su flúida pincelada.

Sus mejores cuadros—este retrato del Papa es uno de ellos—nos dan la sensación de no haber sido pintados; diríamos que han surgido solos, maravillosamente, como por una gracia divina.

Tiene Velázquez cincuenta y un años cuando firma la obra; hállase, pues, en la plenitud de su vida. Es la segunda vez que respira el dulce aire de Italia. Ha venido aquí, por orden de Felipe IV—«con todas las comodidades necesarias y crédito» nos informa Jusepe Martínez—para adquirir cuadros y esculturas que habrán de enriquecer el real patrimonio. Recorre Génova, Milán, Padua, Venecia, Bolonia, Florencia, Módena, Parma, Roma, Nápoles... Radicado en la ciudad de los pontífices, cuando su misión palaciega y su amor al ocio contemplativo le dejan libres algunas horas, toma la paleta y trabaja. No mucho, según su costumbre; con reposado y meditado continente; sin dar á la mano cansancio de máquina.

Pinta primero, por vía de ensayo, á su esclavo Juan de Pareja. Expuesto el cuadro en el Panteón, suscita la admiración de los artistas. La Academia Romana llama á su seno al español insigne. Inocencio X muestra el deseo de verse retratado por él.

Dos retratos le hace Velázquez: la cabeza que guarda el Museo del Ermitage Imperial, de Petrogrado, y la media figura que hoy tenemos delante. Aquella, probablemente, pintada como estudio previo de la segunda (soberbio estudio, de apretado carácter) si bien Justi la cree posterior; una réplica.



«Retrato de Inocencio X», por Velázquez

En este cuadro del palacio Doria vese al Papa sentado en un sillón, en cuyos brazos descansan los suyos; la mano derecha tiene un papel, donde se lee:

ALLA SANTA DI NRO SIG^{re}
INNOCENCIO X^o
POR
DIEGO DE SILVA
VELASQUEZ DE LA CA-
MERA DE S. M. CAT.
ANNO 1650

«Varias cosas—ha escrito D. José Ramón Mélida—son de considerar en esta inscripción: primeramente, su carácter de dedicatoria, á propósito de lo cual conviene decir que se ha referido la novelesca anécdota de que habiendo preguntado el Papa á Velázquez qué le debía por el retrato, el artista rehusó con arrogancia percibir dinero, arrogancia de todo punto inverosímil en persona tan modesta y acostumbrada á los respetos palatinos. De manera que si hubo oferta, como es verosímil, Velázquez debió de excusar (que es cosa muy distinta) el aceptarla, acaso alegando su condición de criado del Rey Católico, en cuyo servicio empleaba sus pinceles. Y lo cierto es que el Papa recompensó su trabajo con una cadena de oro, de la que pendía una medalla con su efigie.»

•••••

Puso Velázquez, en este prodigioso retrato, toda la madurez de su técnica, que entraba en su tercera y última manera: la «manera abreviada», como dijo Palomino. Resolvió—magistralmente—un difícil acorde de rojos y blancos; los rojos del capelo, la muceta, el sillón y el fondo, y los blancos del alba, el cuello y las mangas. Entre ellos surge, con poderío inolvidable, la recelosa faz que suda, respira, vive...

Pintada está la obra sin las concesiones adulatoras que los artistas suelen hacer á sus modelos de elevada categoría; «encarnizadamente»—diríamos—, con ansia firme de apresar la verdad. Y la verdad, prisionera del mágico pincel, late en el lienzo.

Así, refiérese que cuando el Príncipe de la Iglesia miró este desdoblamiento de su efigie, más que complacido quedó absorto; y, hombre de muy pocas palabras, sólo dijo dos, por vía de elogio: *tropo vero*.

Tropo vero, realmente. En medio de la decadencia del arte italiano—fatiga del Renacimiento, servilismo afectado, vacías fórmulas de taller—, el gran maestro español, solitario como una cumbre, marcaba la ruta salvadora: volver los ojos á la verdad.

BERNARDINO DE PANTORBA

Roma.



Fragmento del «Retrato de Inocencio X», por Velázquez

SEMANA TEATRAL

ACTORES QUE VUELVEN.—UN BENEFICIO

DESDE que desapareció aquella vieja impene- trabilidad de los teatros madrileños que continuaba la tradición clásica de los cómicos de la legua y no dejaba actuar en la Corte sino á los comediantes privilegiados, el público tiene ocasión de aplaudir y recordar á cómicos que pasaron por sus coliseos y se relegaron después á provincias, y á cómicos que aun no han logrado el ascenso que la permanencia en Madrid significa, pero que tienen condiciones para conseguirlo. Así, Lara, que comenzó su campaña con las huestes de Carmen Díaz, la pone ahora fin, presentando la compañía de Luisita Rodrigo, y el público, ahora como entonces, encuentra motivos para aplaudir.

Luisa Rodrigo pasa demasiado rápidamente por aquel escenario, en lo que pudiéramos denominar temporada oficial, y hace perfectamente, y Yáñez con ella, en procurar reverdecir ahora sus viejos laureles. De ese modo permite al público y á la crítica madrileños comprobar que sigue siendo una excelente actriz.

Con ella vienen López Lagar, que es un buen galán cómico, y tal vez un buen galán; sin limitaciones, y otros actores suficientemente discretos para dar buenos conjuntos, siquiera no sean visibles grandes figuras.

La comedia, de Savoir, *La fruta verde*, con que la Compañía se presentó, es una vulgar comedia de ingenio, traducida, como tantas otras, del mismo tipo, por Martínez Sierra; y Savoir no ha puesto en ella ninguno de los rasgos que bastaron á muchos para considerarla como un afortunado renovador del teatro.

La muchacha que se anaña, en beneficio de su madre, viuda de buen ver aún, es tipo viejo en la literatura dramática, y Savoir no le ha presentado tampoco con novedad.

Afortunadamente para la comedia y para el autor, la excelente interpretación hizo, cuando menos, pasable la comedia, y el público la oyó sin muestras de disgusto, aunque á veces le agobió la pesadez del desarrollo y del diálogo.

~~*

También Francisco Alarcón, que sostuvo durante algunos años dignamente el pabellón cómico en el Infanta Isabel, vuelve á Madrid para actuar en el Teatro Avenida. Tampoco es un olvidado; pero hace bien presentándose de nuevo al público que le aplaudió siempre, y que no le ha olvidado aún.

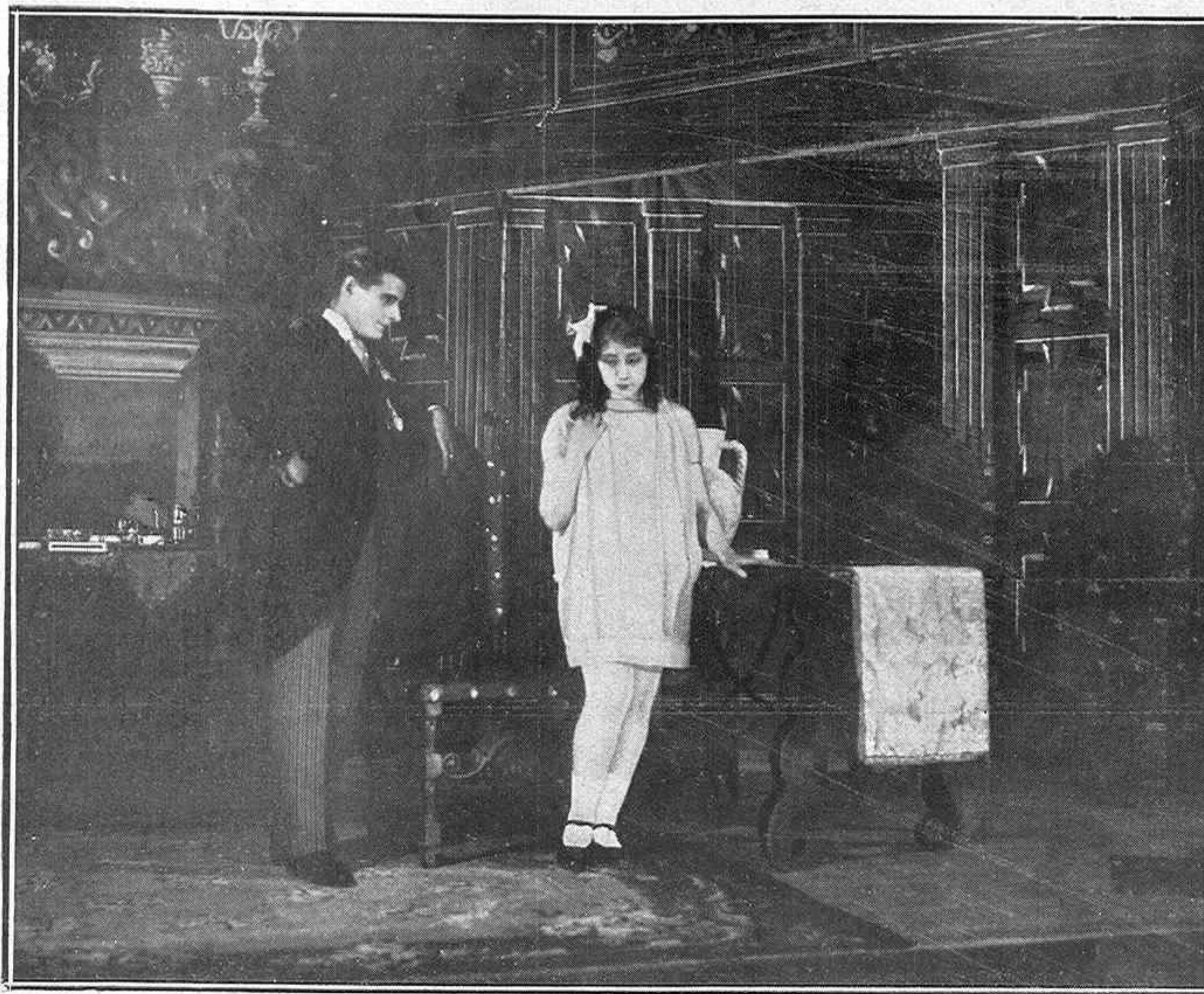
Su cartel inaugural, *¡Pare usted la jaca, amigo!*, ha parecido á alguien cartel de reto. No debemos juzgar de intenciones.

~~*

Sería interesante hacer un resumen de la labor realizada en Madrid por esas Compañías «no oficiales», según la frase consagrada ya, y que



LUISITA RODRIGO
Primera actriz de Lara



Una escena de «La fruta verde», comedia de Savoir, estrenada en Lara
(Fot. Díaz Casariego)

serviría para demostrar la bondad del sistema: no sería difícil demostrar que muchas veces los éxitos mejores de las temporadas correspondientes han sido logradas por esas Compañías que á veces han tenido que prolongar su permanencia en Madrid. Dos obras de los hermanos Quintero, *Cancionera* y *Los mosquitos*, vienen á la memoria, sin necesidad de rebuscar, en confirmación del aserto.

Esos éxitos, aun siendo excepcionales, bastarían para justificar la presencia en Madrid de Compañías que logran de los autores obras dignas de figurar en los carteles.

En cambio, no puede ser argumento en contra del sistema el hecho de que otras obras representadas por esas Compañías fracasasen. Cuando esto ocurre, aun sin que para ello se hagan temporadas especiales como la que París hizo con su Compañía en Fontalba, suele tratarse de obras de principiantes, y los fracasos pueden ser también muy útiles, porque enseñan á esos principiantes las dificultades del arte en que aspiran á vencer, y les lleven, mediante esa enseñanza, á desistir de su empeño, si se consideran sin fuerzas suficientes para realizarle ó á trabajar más y mejor orientados, si se proponen vencer.

Lo que el teatro tiene de técnica, de oficio, como ocurre con todas las artes, no puede ser aprendido sino haciendo, y hacer comedias no es sólo escribirlas; es, además, hacerlas representar y ver lo que dan una vez representadas.

Las Compañías trashumantes deben, pues, seguir frecuentando nuestros teatros, en los que, por otra parte, servirán de acicate para que las oficiales no se duerman sobre sus laureles.

~~*

Marcos Redondo ha celebrado su beneficio en Calderón, que, con ese motivo, ha tenido una fiesta solemne. Redondo, que sostiene muy brillantemente la tradición de los grandes barítonos, fué muy aplaudido y agasajado, y seguramente quedó satisfecho de la jornada.



MARCOS REDONDO
El gran barítono de Calderón



Sombrero de «bengal» negro con una cinta de seda guarnecida de pluma

(Mod. o Lerie)

Elegancias

Los sombreros de crin y de paja de Italia, en su color natural, también se llevan mucho.

Hay algunos *paillasons* exóticos, muy bonitos y prácticos para la playa y el campo; son sombreros muy luminosos, hechos en los tonos encarnado (en toda la escala), azul fuerte, violeta, amarillo, verde y rosa.

Los tonos pastel se usan en los sombreros de tarde; el gris, sobre todo, tiene la preferencia.

Los sombreros de alas grandes, que han vuelto definitivamente con la boga de la paja, favorecen, como hemos dicho, al conjunto de la línea moderna, grácil y esbelta. Planas ó acampadas, las alas grandes dan siempre interés al rostro, por la sombra que en él proyectan.

También se llevan mucho, y son sencillamente encantadores, los modelos de ala plana en un lado y sumamente inclinada del otro.

Estos sombreros de tamaño grande van poco adornados; por regla general, llevan una cinta de crespón de China, de muselina, de terciopelo ó de *gros grain*, y algunos un grupo de flores ó unos recortes de fieltros de distintos tonos.



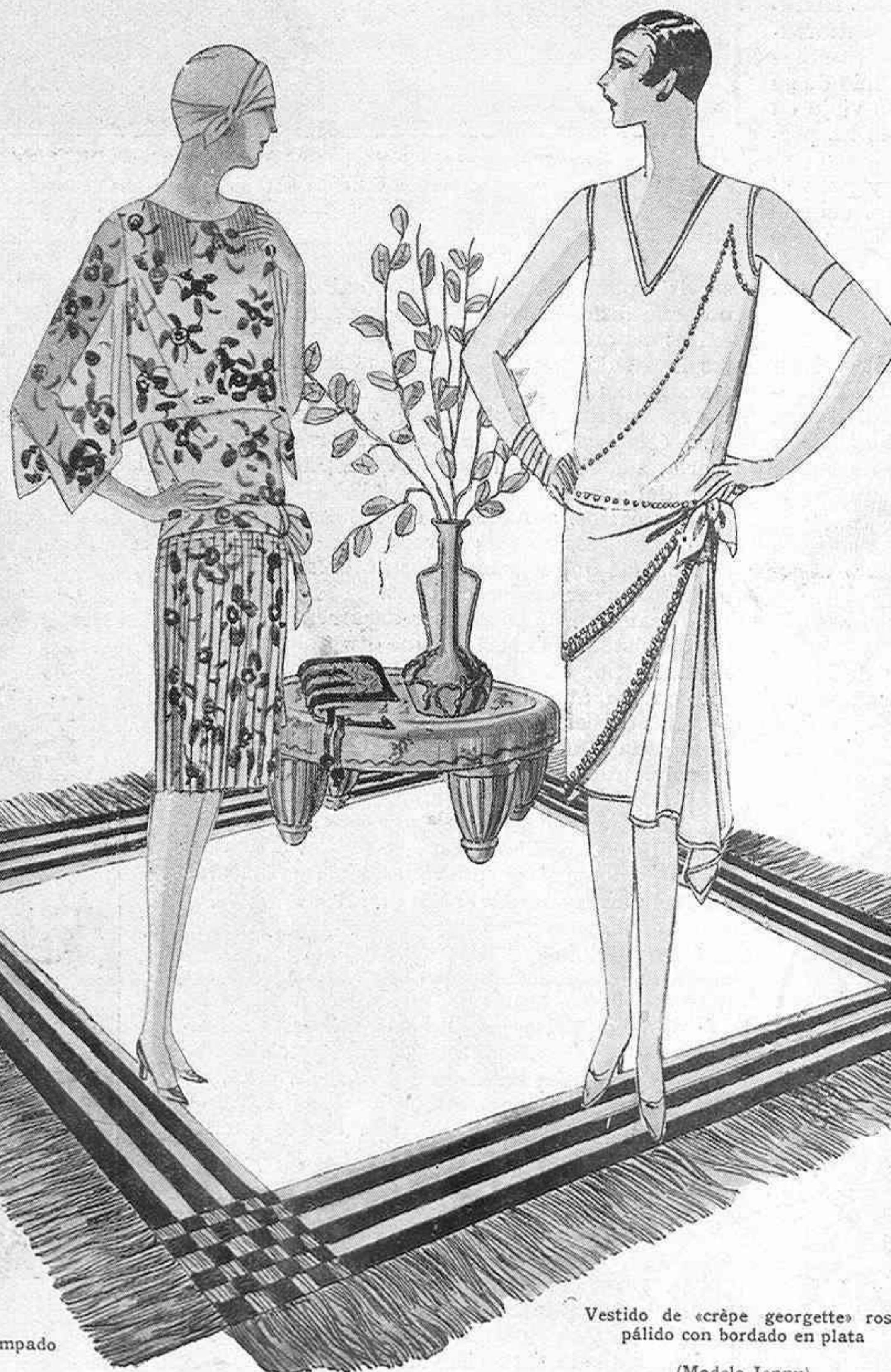
«Paillason» adornado con cinta de «gros-grain» negro, sujeta por un broche de fantasía

(Modelo Berthe Meny)

ESTE verano domina en absoluto el sombrero de paja. Merced al esfuerzo realizado por sus fabricantes, se han conseguido unas calidades maravillosas de finura y de colorido; y, por su parte, los creadores de la moda han logrado modelos muy originales que confirman plenamente la opinión que ya teníamos de que la moda es manantial inagotable de ideas y que siempre se pueden hacer verdaderas maravillas de costura y alardes de fantasía y de buen gusto.

Por el momento, la celófana, el *paillason*, la *yewa*, el *bahoule*, el *pararisol* y el *bankohg* son las pajas que más se llevan.

El *bankohg* se emplea mucho en la confección de esos sombreros de alas grandes tan maravillosamente hechos y que tanto favorecen á la mujer.



Vestido de tul blanco estampado en azul marino

Vestido de «crêpe georgette» rosa pálido con bordado en plata

(Modelo Jenny)

Las pequeñas *calottes* siguen siendo insustituibles para las mañanas y viajes.

En estos sombreros, como en los de tarde, la paja domina con furor: cierto que se ven algunos fieltros, pero en tan pequeña proporción, que nos preguntamos cómo es posible que un reinado tan esplendoroso como el que ha tenido el fieltro haya podido pasar tan rápidamente.

No podemos oponer en contra del fieltro el que no sea material apropiado para los rigores de la canícula, no, porque en pasadas estaciones lo hemos llevado entusiasmados, y entonces el fieltro era de una calidad más fuerte que ahora, que se ha llegado en su fabricación al límite de la perfección y de la finura. Un fieltro

de hoy es comparable, por su calidad, á la más delicada seda; pero la moda es veleidosa é inconstante, y olvida que es precisamente al fieltro al que le debe sus más considerables éxitos.

El fieltro, como la melena corta, vinieron á emancipar á la mujer de muchas tiranías que les imponían los tocados de antaño; para aceptarlas fué preciso saltar por muchas conveniencias sociales arraigadas en lo más hondo de nuestras costumbres y hasta de nuestra moral. Fémina necesitó mostrarse valiente para adoptar un sombrero casi varonil, de puro sencillo, pero práctico y bello como lo es la pequeña *calotte*.

Pero he aquí que todo parece ir por otros derroteros.



Capelina de paja adornada con una flor bajo el ala en el lado derecho
(Fot. Manuel Frères)

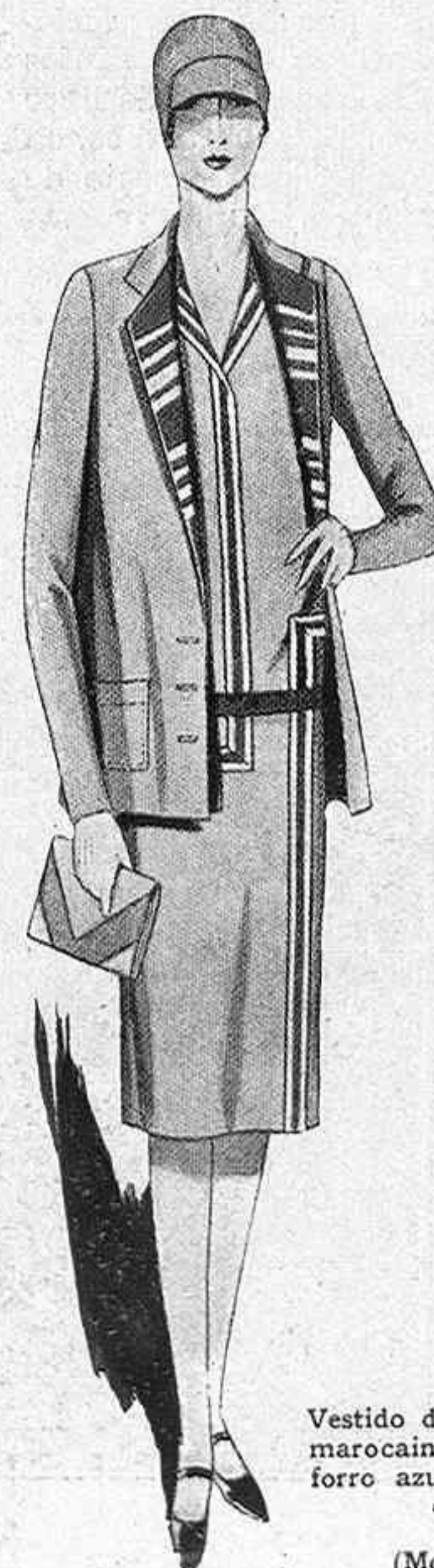


Vestido en «crêpe georgette» color avellana

Lindo abrigo en «crêpe marocain» azul marino
(Fot. Henry Manuel)



«Bangkok» negro adornado con una flor de tul de seda
(Modelo Berthou)



Vestido de viaje en «crêpe marocain» gris azulado con forro azul marino rayado en blanco
(Modelo Renée)

Vestido en «crêpe georgette» con la falda tableada

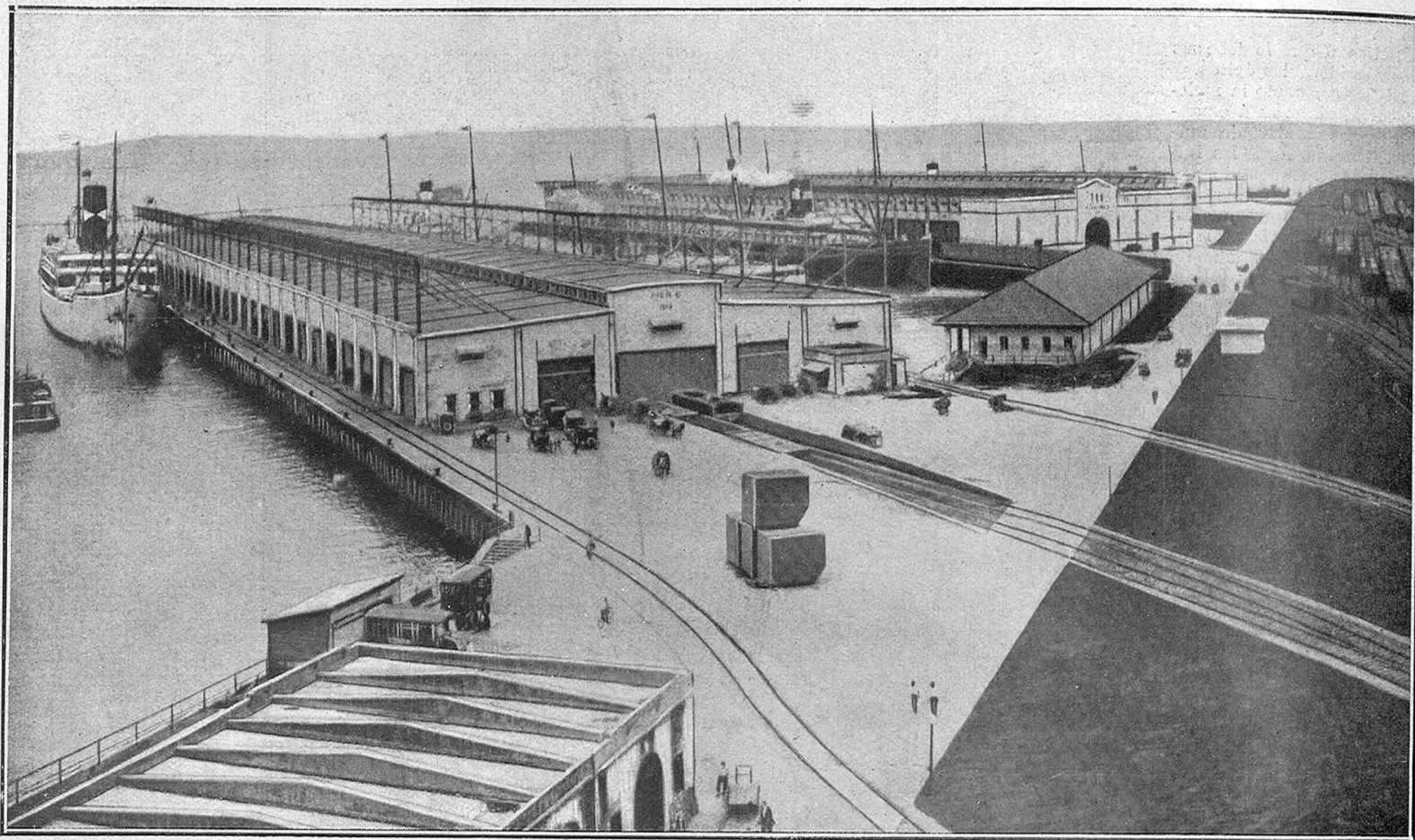
Respecto á las melenas largas, que empiezan á imperar, diremos que tampoco son bonitas ni cómodas. Lo peor de este nuevo tocado es que hace «cara de enferma». Además, para llevarlas rizadas impecablemente, se necesita una minuciosidad y un tiempo precioso, del que se carece en la actual vida de trabajo, de estudio ó simplemente de callejeo. No se puede perder media mañana con las tenacillas, ni se puede ir tres ó cuatro veces en semana á que el peluquero arregle nuestras cabezas.

En la vida actual, tan azarosa, es preciso adoptar modas y tendencias que sean prácticas, sobre todo para esos momentos en que hay que vivir la vida intensamente. Queden para las horas del paseo esas *toilettes* de fantasía, esos sombreros tejidos como por manos de hadas.

Para las horas del trabajo, de nuestra vida en las aulas ó en las oficinas, adoptemos el fieltro sencillo, las faldas cortas y las telas cuyos colores no se marchiten con la fuerza de la luz.

ANGELITA NARDI

LA PUERTA DE DOS MUNDOS



Muelles terminales números 6, 7 y 8, del lado del Atlántico. Cristóbal zona del Canal

NORTEAMÉRICA es el gigante que guarda en su escarcela las llaves de un mundo con la puerta del Canal de Panamá. Es como la verdadera llegada á América por esa puerta misteriosa, como la de la antigua China, tantos años cerrada, y que al fin se abre, dejando libre el paso á otro mundo nuevo. El Atlántico es, en cierto modo, un mar europeo: una especie de prolongación del Mediterráneo. En las costas bañadas por el Atlántico no nos creemos desarraigados de Europa. Y la primera idea de esta obra gigante la tuvo ya, en el siglo XVI, un español: Gomara.

Es una verdadera maravilla el ver pasar los buques por el Canal, conducidos por cuatro vagonetas á cada lado, que suben y bajan por los desniveles de los extraños malecones, con sus ruedas dentadas. Va el vapor con la máquina parada, quieta la hélice, como un pez pescado por los anzuelos de los cables metálicos que lo sujetan. Es como un enorme ballenato herido que conducen á remolque, guiándolo para que no pueda desviarse á un lado ni á otro. Cuando entra en la primera esclusa, primer escalón de

agua, se cierra como por un conjuro la enorme puerta, y el agua que comienza á afluir levanta la enorme masa del barco, que se eleva lentamente.

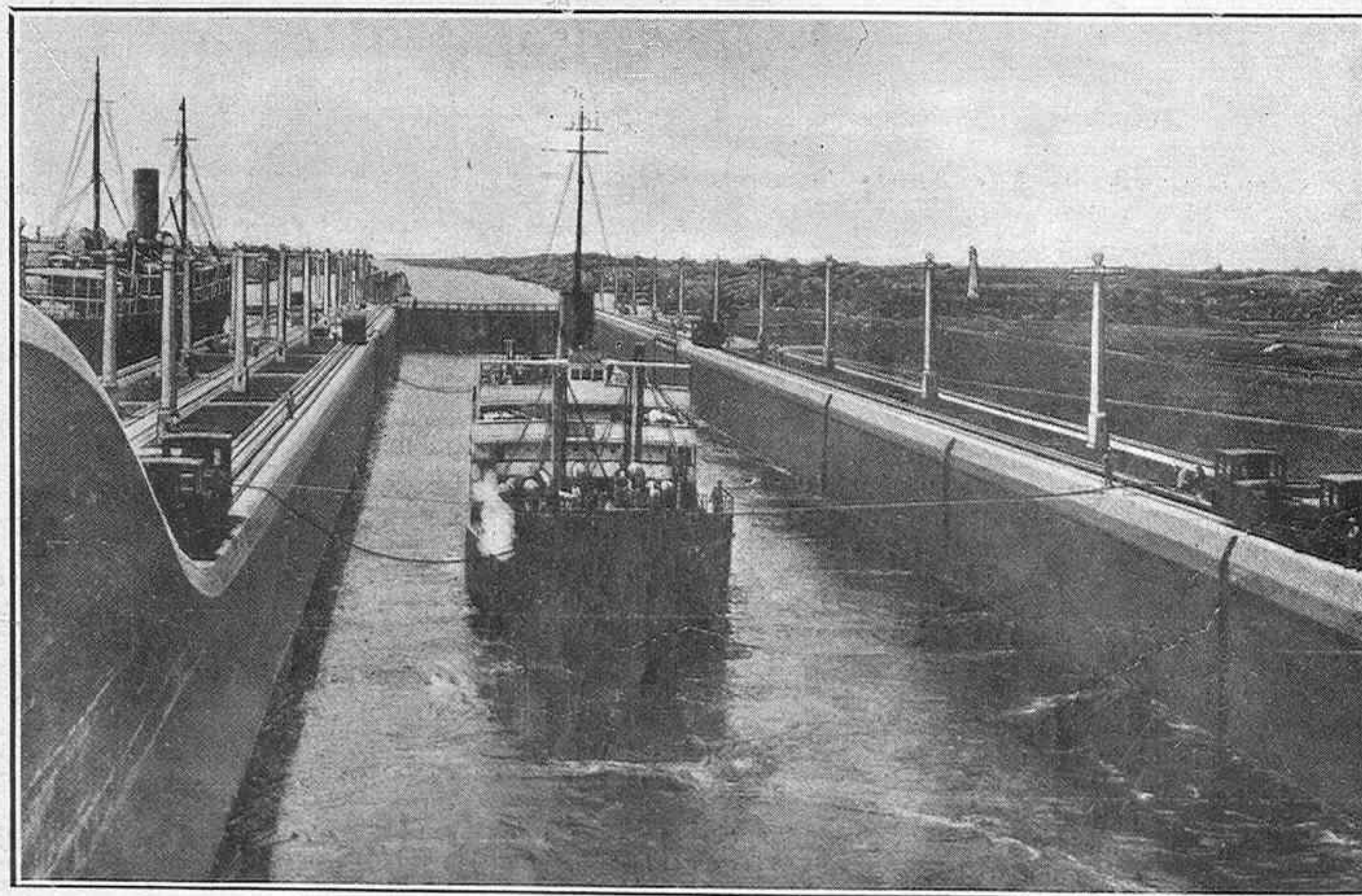
Otro Sésamo, ábrete mueve las recias compuertas delanteras, y penetra el barco en su segundo escalón. La electricidad muestra todo su poder. Máquinas, carretes, ruedas; un engranaje inconcebible. Se habla de los millones gastados

en esa obra; pero éstos están ya recuperados, sin duda, pues cada buque que pasa paga un dólar por tonelada. Lo que más ha costado el Canal han sido vidas. La obra más gigantesca ha sido la de poderlo sanear, y corresponde á los Estados Unidos, aunque la obra de abrirlo sea en tan gran parte de Francia y de Lesseps. Nadie como España ha contribuido á estos trabajos; los españoles eran los obreros más resistentes,

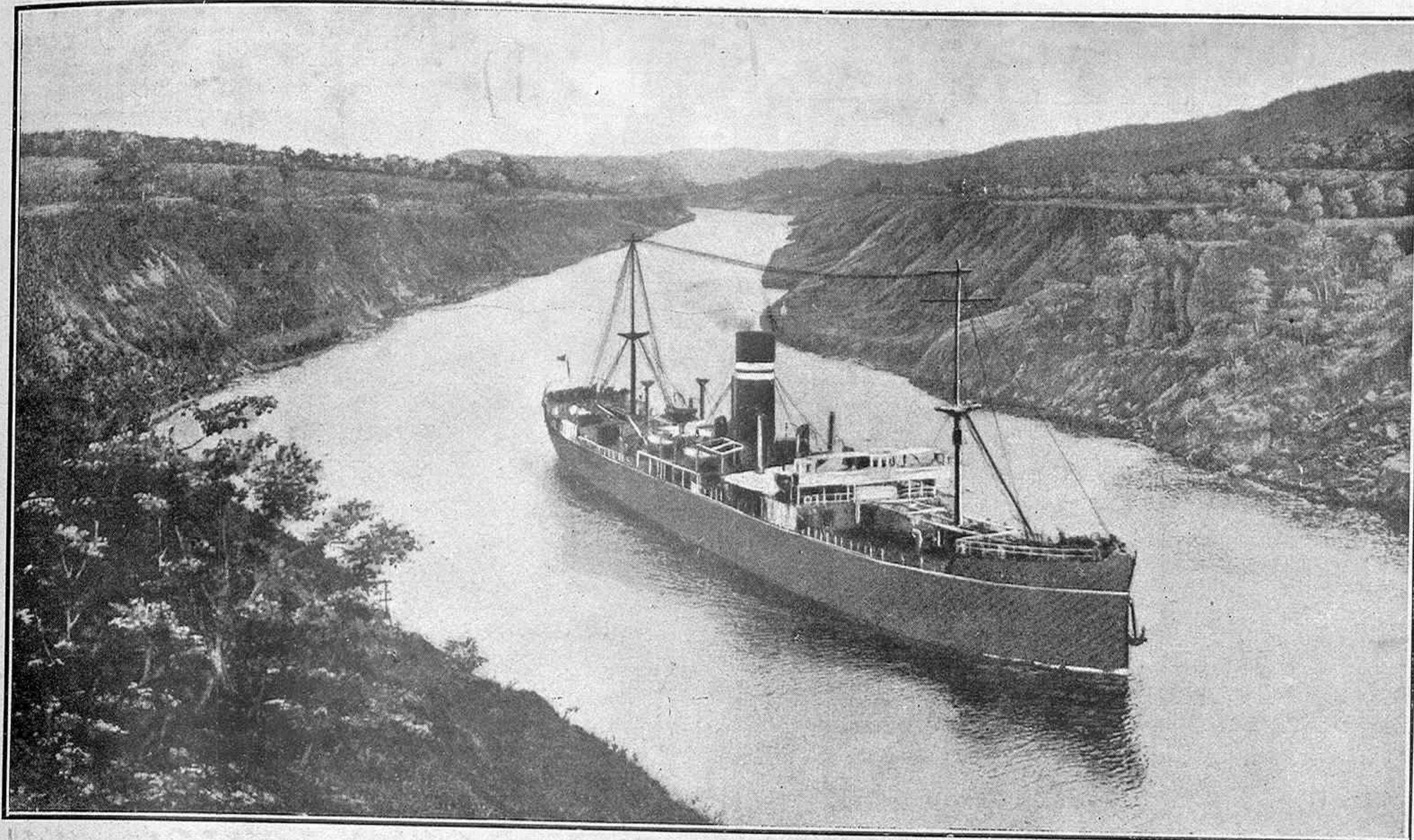
y sucumbieron más de 500.000. Aun en los continuos dragados á que obligan los desprendimientos constantes se remueven huesos de españoles.

Pasan barcos de todas las nacionalidades. A nuestro lado va un barco de guerra japonés, con su cargamento de hombrecitos de ojos abiertos con un cortaplumas y cosidos á las sienes con un torzal, para mantener los párpados, tan lisos, oblicuos, estirados y entornaditos. Todos tan iguales, que nos costaría trabajo distinguir entre ellos. Subidos los tres escalones, comienza el verdadero paso del Canal por el lago de Gatún.

Deslizándose el barco entre las dos orillas que á veces se acercan tanto que



Vapor mercante pasando por las Esclusas de Gatún. (Canal de Panamá)



Vapor mercante pasando por «El corte de Culebra». (Canal de Panamá)

parece que vamos á coger las flores, como en *El corte de Culebra*, se admira la magnificencia de la naturaleza incomparable: es ésa la América de los sueños y de las leyendas. Están las dos orillas cubiertas de una vegetación espléndida, espesa: árboles y arbustos; palmeras, helechos, araucarias, todo revuelto, unido, como si tuvieran las raíces unos encima de los otros. No se podría cruzar entre aquel embruzamiento de ramas, de hojas de troncos con una feracidad inconcebible. Espejeaban los lagos á lo lejos; se veían junto á la orilla islotillos, como esmeraldas desengarzadas de la diadema de esa gran esmeralda viva que es toda la zona del Canal.

Bullía la vida entre las flores gigantescas: amarillas, blancas, azules y rosas; volaban las mariposas, grandes como pájaros, con el gracioso abaniquear de sus alas. Los caimanes dormían, ó velaban, en las orillas con esa solapada de quien sabe esperar; mientras los papagayos y los monos se cruzaban entre las ra-

mas, que dan idea de que con los plátanos y las frutas que allí se pierden podían alimentarse todos los hambrientos de la tierra.

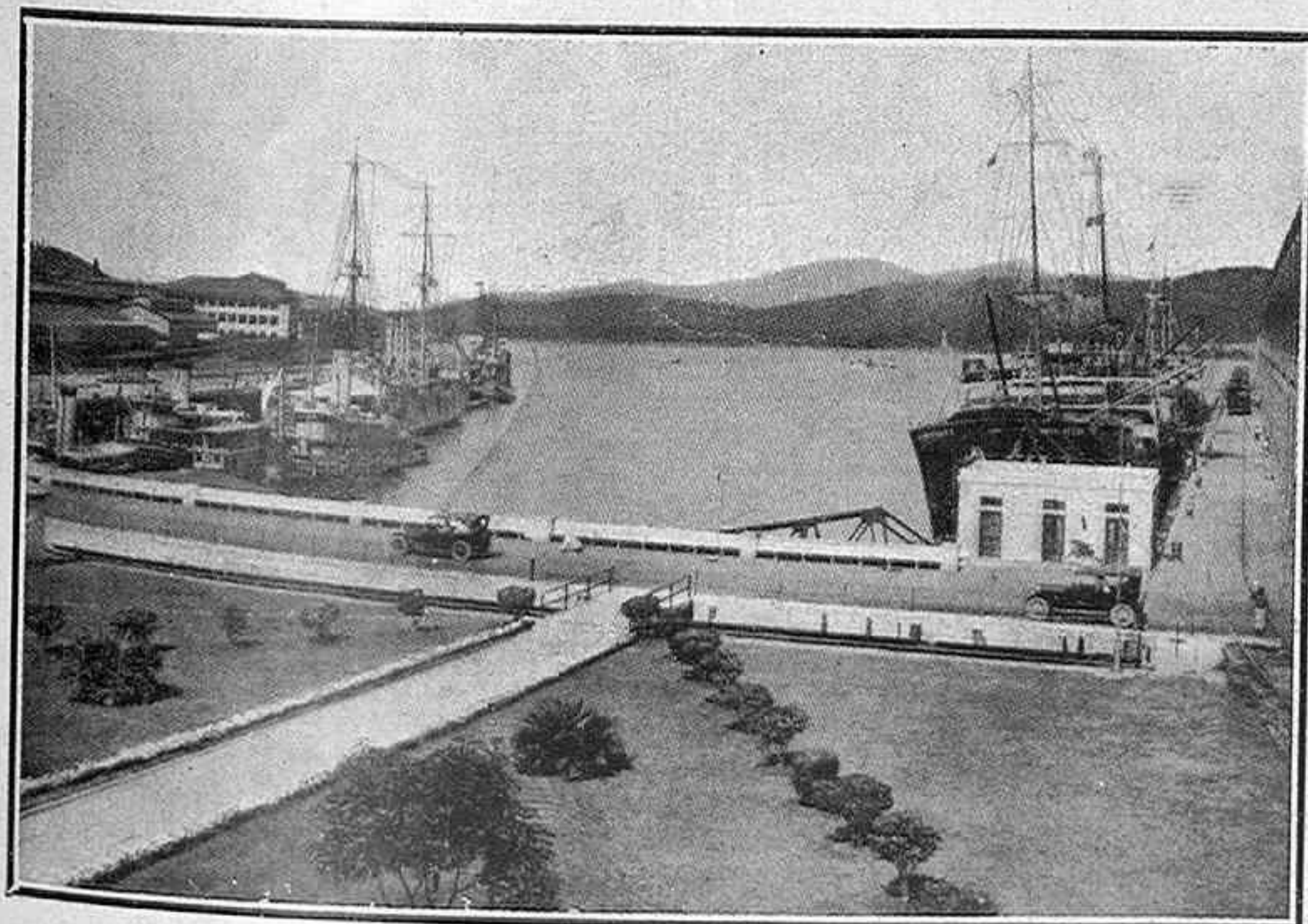
Así, entre una música de cantos de pájaros, llegamos á las esclusas que forman los escalones de bajada, no sin que una tormenta aparatosa, que sólo duró un cuarto de hora, nos diera la idea de las que todos los días mitigan el calor y sirven para lavar el vergel. El barco, encerrado y sujeto, comenzó á descender: parecía que se iba á quedar en seco y que escapaba por su propio impulso en busca del mar. Al pasar de Balboa dió un resoplido de animal en libertad.

Pienso en que la emoción de Vasco Núñez de Balboa no debió ser menor, al encontrar este mar, que la de Colón al encontrar otra tierra. En la epopeya de aquellos 190 españoles que en 1513 cruzaron por vez primera el istmo. Aquí se pierde la idea de nuestro horizonte: la luna va á ocultarse en donde para nosotros nace. No tienen aquí el mismo valor las ideas de Oriente

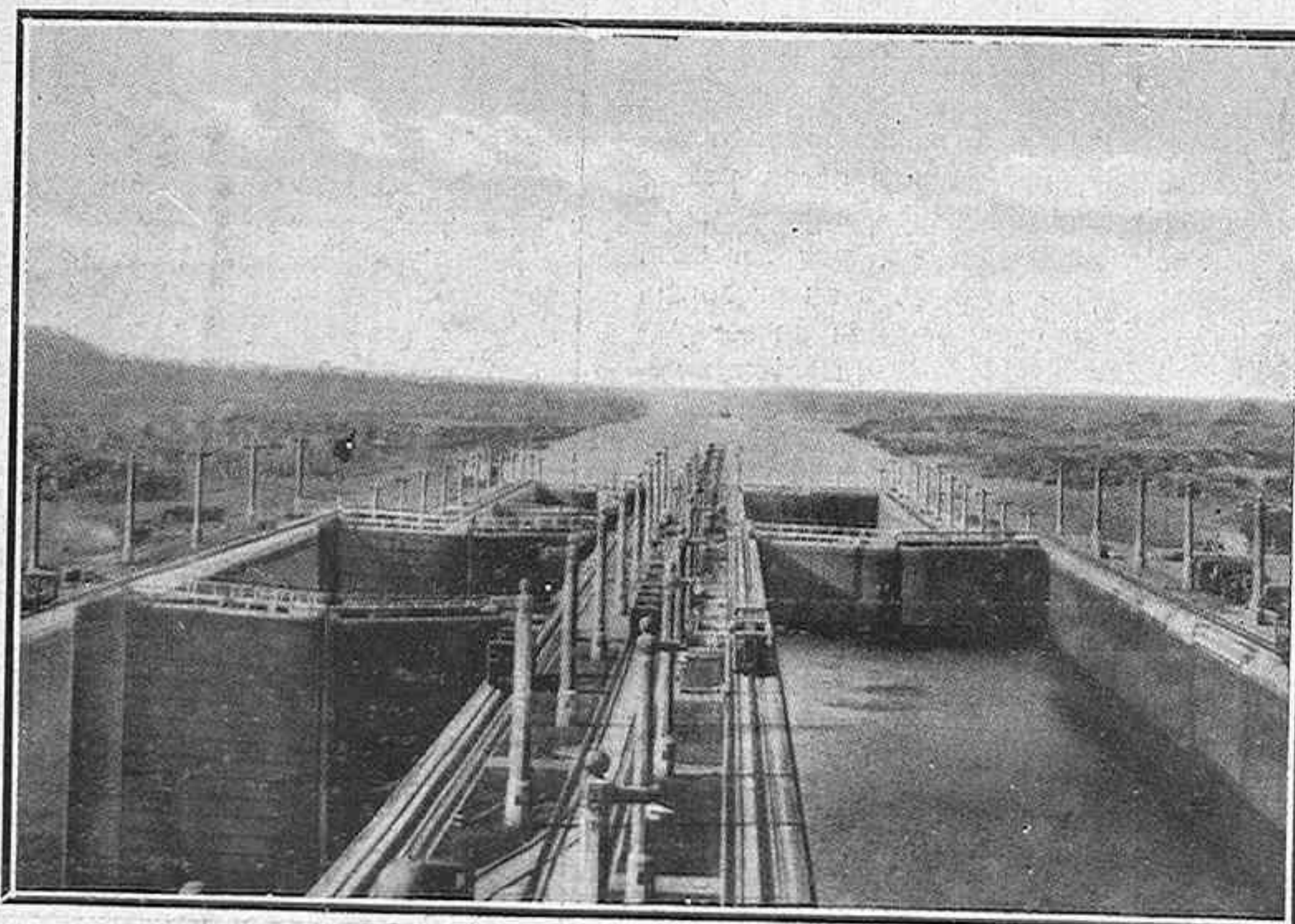
y Occidente. Parece que allá, por Tokio, existe un templo donde los astros van á descansar de su carrera. Bien pronto, caminando hacia el Sur, frente á la costa árida y pelada del Ecuador y del Perú, aparece hasta otro cielo, más bajo; otros astros, otras nubes infecundas; otro mundo, en fin.

El Pacífico, al que llamó su descubridor *el mar grande*, merece también su nombre de *mar de leche* con el color de sus aguas, que reflejan el cielo, desteñido por la fuerza del sol. No tiene ya aquí imperio la corriente que sirve de radiador á la calefacción de Europa, y en este mar pululan ballenas, focas y peces. Las costas, donde terremotos y maremotos cambian todos los días la configuración, están pobladas de aves, que constituyen la riqueza de las islas guaneras. Realmente, el Canal de Panamá es la puerta de un mundo distinto.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



Muelles y puerto terminal del lado del Pacífico. (Balboa de Panamá)



Esclusas de Gatún, mirando hacia el Norte. (Canal de Panamá)

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE LA PRENSA, EN COLONIA



Detalle del Salón principal del Pabellón español

LA Exposición Internacional de la Prensa, celebrada actualmente en Colonia, será, como todas las grandes Exposiciones á que España acude, una ocasión más para que nuestra patria sea conocida y admirada.

Una vez más, las instalaciones españolas sorprenderán á los extranjeros, que, desgraciadamente, siguen teniendo de España una idea absolutamente errónea, precisamente porque durante muchos años hemos descuidado desdeñosamente nuestra intervención en certámenes semejantes al que ahora se celebra, en los que el producto de nuestra labor asidua y constante puede ser directa é inmediatamente parangonado con los que otros países logran en condiciones semejantes.

La Prensa española, por fortuna, tiene, en su pasado y en su presente, publicaciones muy dignas de ser parangonadas con las de su mismo género de los países más adelantados. Los periódicos diarios, tanto como las revistas, y las revistas tanto como los periódicos, por su forma como por su contenido, pueden resistir todas las comparaciones, y en la Exposición de Colonia, á que han de concurrir cuantos siguen con interés el movimiento periodístico mundial, obtendrán seguramente el galardón que merecen.

Quizás sería conveniente que la Exposición fuese ilustrada con conferencias que diesen á conocer á los periodistas extranjeros y aun al público profesional el ambiente en que los periódicos españoles han vivido en

cada época de la evolución histórica; pero, en realidad, esas conferencias no son necesarias; á poco que las colecciones de los periódicos españoles sean examinadas se verá claramente cuál fué en cada instante ese ambiente que ellos reflejan con toda exactitud.

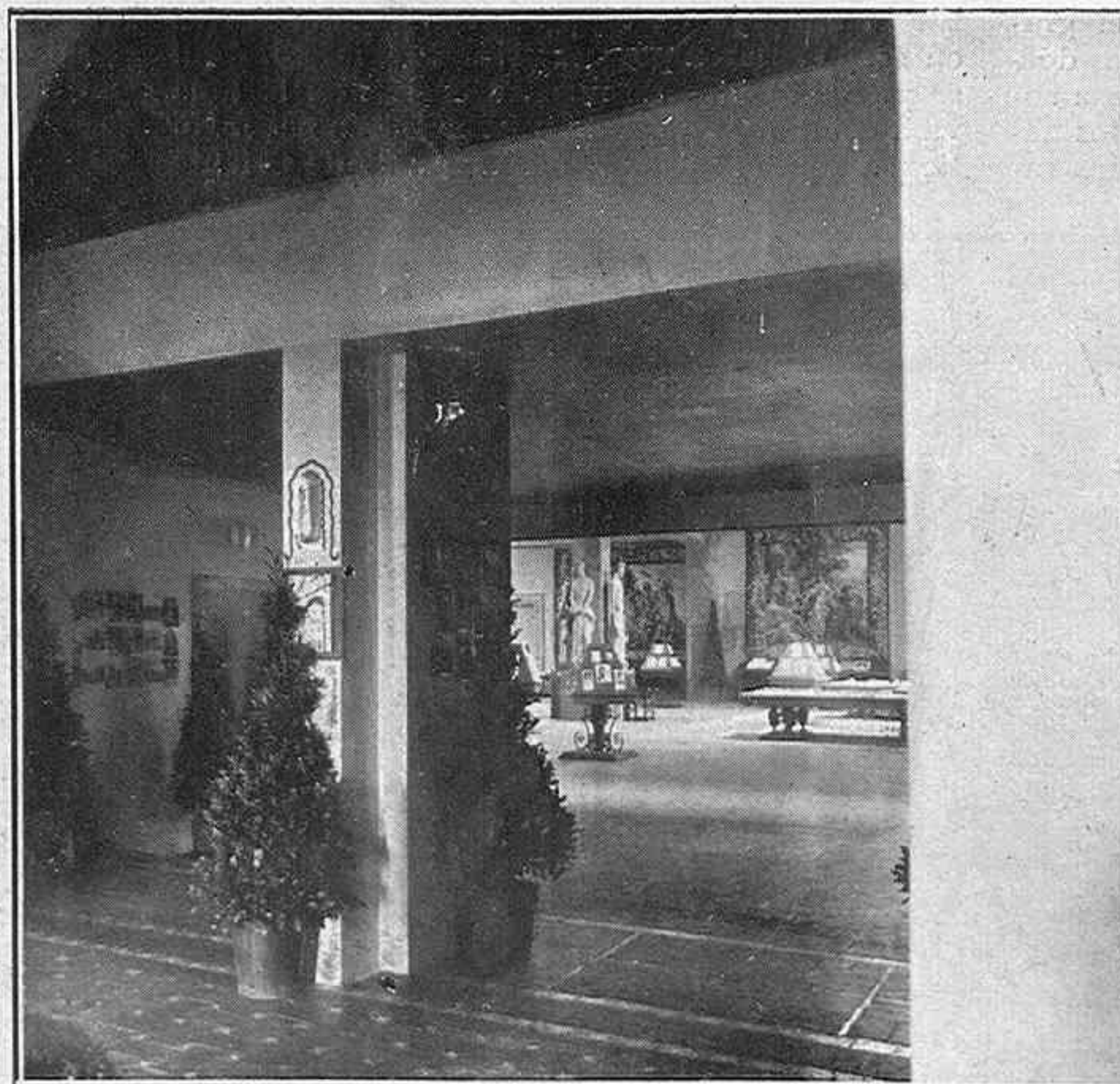
También sería interesante mostrar las dificultades de todos órdenes con que la Prensa española ha luchado en su evolución, porque los obstáculos vencidos darían la más clara y la más exacta idea del esfuerzo realizado inconmensurable sin esos datos y con las unidades que determinan el empleado para lograr resultados semejantes en otros países.

Las instalaciones de los envíos españoles están admirablemente hechas, según puede verse en las fotografías que ilustran estas planas, y que avaloran el mérito de nuestros periódicos con sólo mostrarle de manera que pueda ser muy ostensible.

Las noticias recibidas ya de Colonia dicen que, efectivamente, esas instalaciones han producido ya excelentísimo efecto, y anuncian que serán cuidadosamente estudiadas por los especialistas.

Ese estudio, seguramente, mejorará aún la excelente impresión, y la Exposición de Colonia, como decimos, servirá para elevar á enorme altura el prestigio de España.

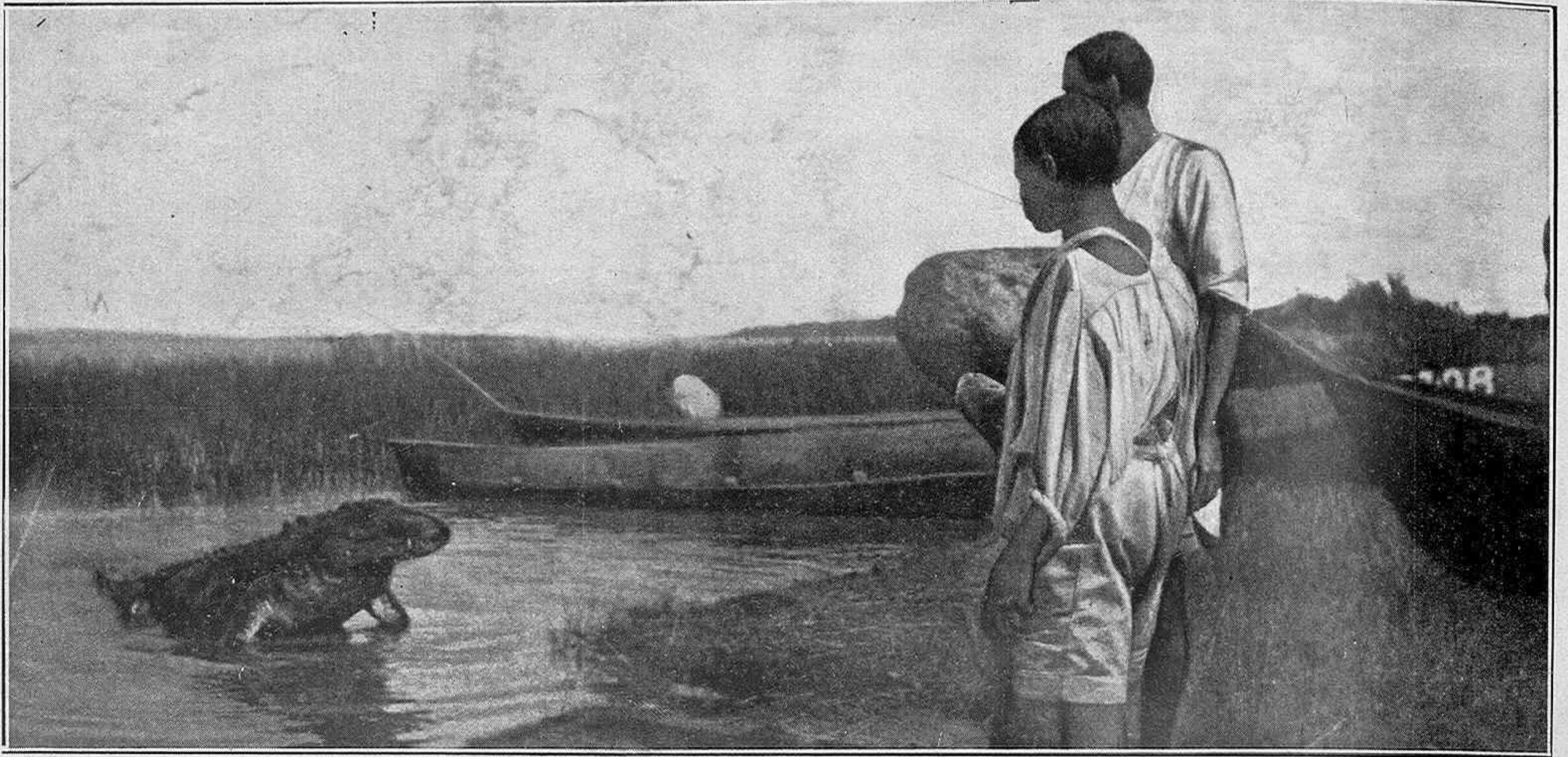
El éxito debe servir de estímulo para que cese de modo definitivo el retraimiento en que sin razón justificativa hemos vivido.



Vista desde el patio



Detalle del Salón principal del Pabellón español en la Exposición de Colonia



Lentamente surge el verdoso cuerpo de las aguas, y paso á paso se acerca al que le ofrece el alimento...

SE gran mar interior del Africa ecuatorial, el mayor del continente negro y uno de los que dan origen al Nilo (su superficie es de 83.300 kilómetros cuadrados), posee, entre otras particularidades que lo hacen digno de estudio, entre ellas la abundancia y variedad de sus especies ictiológicas de agua dulce, el maravilloso cocodrilo sagrado de la en tiempos mísera aldea llamada Dewe, en las inmediaciones de Entebbe-Kampala. Y decimos que Dewe fué hasta hace pocos años pobre pueblecillo de pescadores, porque hoy, merced á la protección que dispensa á sus moradores el saurio de referencia, son éstos ricos y felices.

Es el caso que desde tiempos lejanos, quizá desde hace mucho más de un siglo, los pescadores de Dewe ó Diué, que de ambas maneras se escribe ese nombre, se ven favorecidos por la aparición, voluntaria á veces, en otras ocasiones solicitada, de un gigantesco cocodrilo, que, sin atacar jamás al hombre, como es de instinto en estos voraces reptiles, acude solícito á su llamada, toma con sus terribles mandíbulas los pecillos que como alimento se le ofrecen, se deja acariciar como un faldero, y luego de dar un corto paseo por la orilla del lago, se sumerge en las aguas. Pero no es lo más sorprendente el

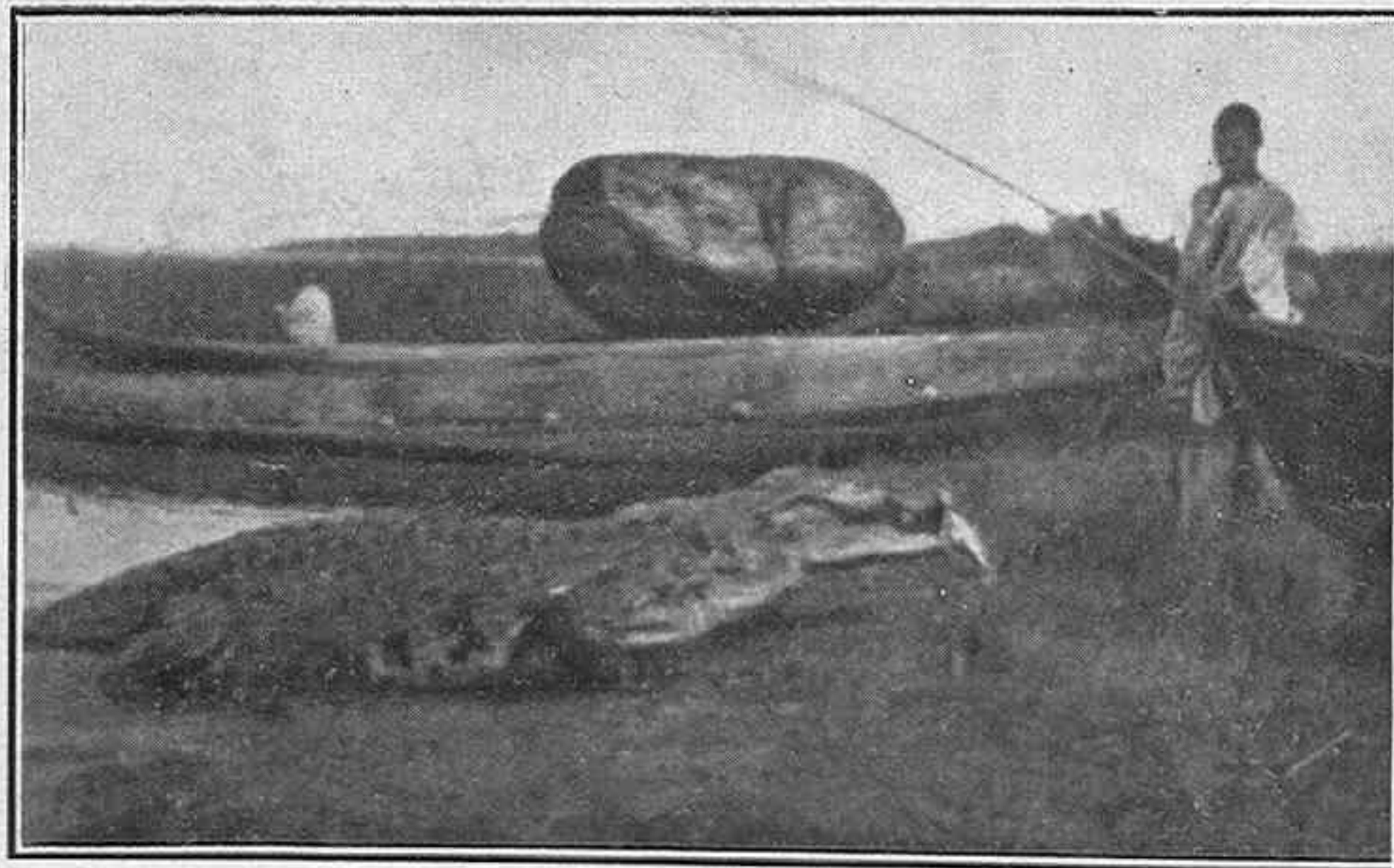
extraordinario grado de domesticidad que llegó á alcanzar el feroz anfibio; lo más pasmoso es que si por acaso alguno de sus colegas atrapa á tal cual infeliz pescador que cae al lago en desgraciada maniobra de su barquichuelo, ó sorprende á algún imprevisor bañista, como si misterioso poder avisase la tragedia al cocodrilo sagrado, vésele lanzarse como un rayo sobre el saurio homicida, luchar con él encarnizadamente y no cejar en el combate hasta darle muerte. Este hecho, repetido á través de varias generaciones de pescadores del Victoria Nyanza, ha dado origen á la creencia de que el cocodrilo en cuestión encierra el espíritu de una de las deidades benéficas del lago, y, por tanto, debe ser considerado como animal sagrado. Divulgada por toda la región la existencia del saurio amigo del hombre, acuden á Dewe nutridas caravanas de turistas ingleses, ansiosos de comprobar la curiosa y emocionante escena de la alimentación del reptil por la mano de sus protegidos.

Situado cualquiera de éstos en la orilla del lago y llevando dispuesto el pez llamado *agegé* por los indígenas, y hacia el que muestra especial afición el saurio, golpea el agua con el cebo y grita dos ó tres veces: ¡A, Lutembé, Lutembé, Jangú!... Y poco después, apenas medio

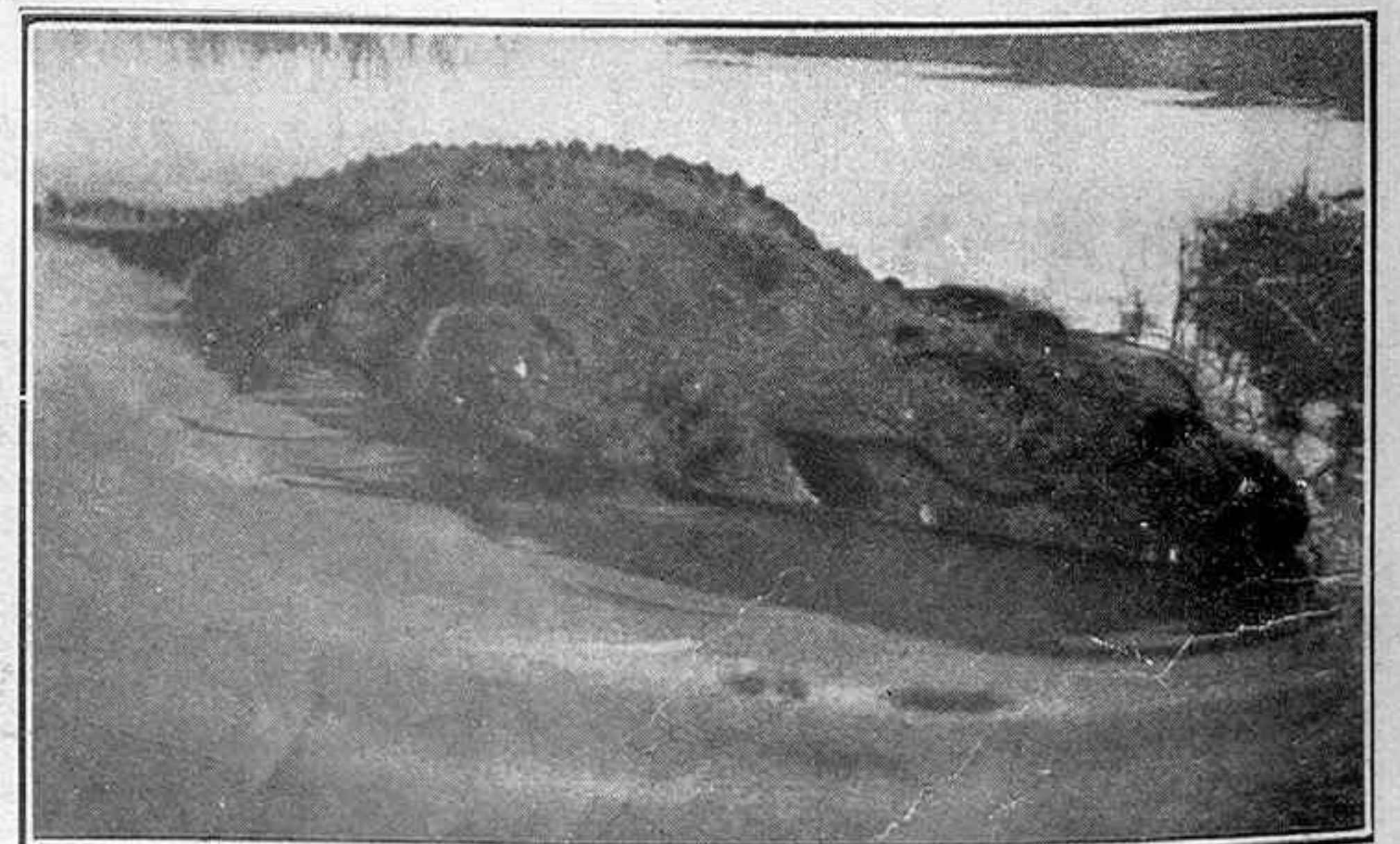
minuto, la terrorífica figura del cocodrilo tutelar emerge de las azules ondas y se aproxima á la orilla. Lentamente, como si la espantable bestia estuviese posesionada de su carácter sagrado, va surgiendo el verdoso cuerpo de las aguas, y paso á paso se acerca al que le ofrece el alimento, aprehendiendo el pececillo con sumo cuidado para no dañar con su doble fila de buídos dientes la mano protectora. Cuando la comida ha terminado, el pacífico Lutembé contempla durante breves segundos á sus favorecedores, como agradeciéndoles la merced que le dispensan, y reptando hacia el líquido elemento con igual parsimonia que á su llegada, desaparece en el lago.

Ahora bien: la obra tutelar del maravilloso reptil protector del hombre no se limita á la defensa de los pescadores de Dewe; es, además, quien ha aliviado su miseria, porque dado el crecido número de turistas que acude diariamente al lugar del prodigio, y como quiera que para presenciarlo hay que pagar á los negros una libra esterlina por espectador, infiérese de ello que mientras viva el cocodrilo sagrado derivan de él una buena renta los pescadores del Victoria Nyanza.

A. R.

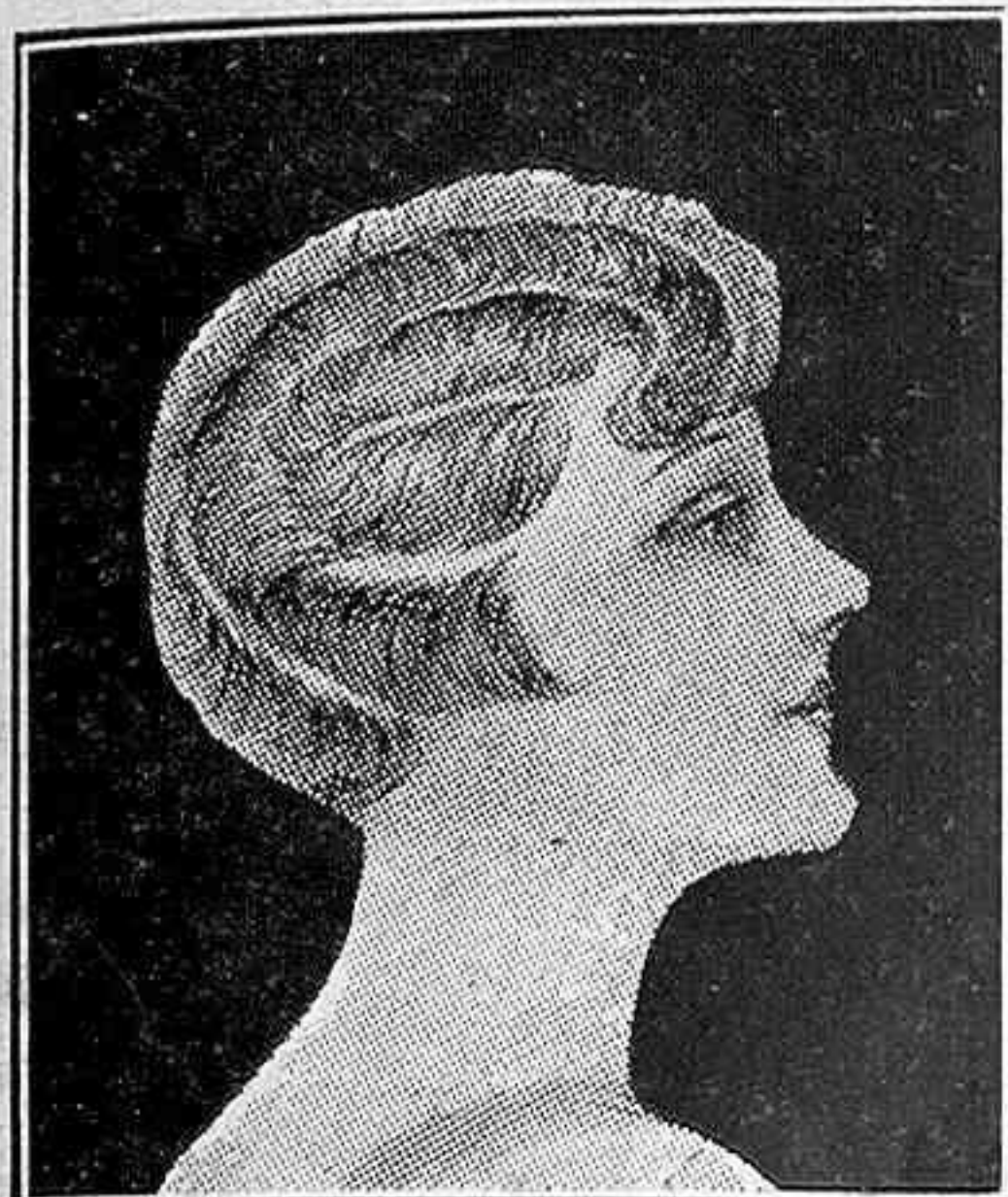


El pacífico reptil devora su comida en pocos segundos



Con igual parsimonia que á su llegada desaparece en el lago

PELUQUERÍA DE SEÑORAS RAMOS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA
Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

Teléfono 10667

Huertas, 7 dpdo. Duque de la Victoria, 4
MADRID VALLADOLID

NOTA CÓMICA



—¡Oh! Es terrible la desmoralización actual de los hombres. Mi marido llegó anoche á casa á las cuatro de la madrugada. Precisamente media hora antes que yo.
—¡Qué escándalo!
(De Harold Benison, en «Life».—Nueva York)

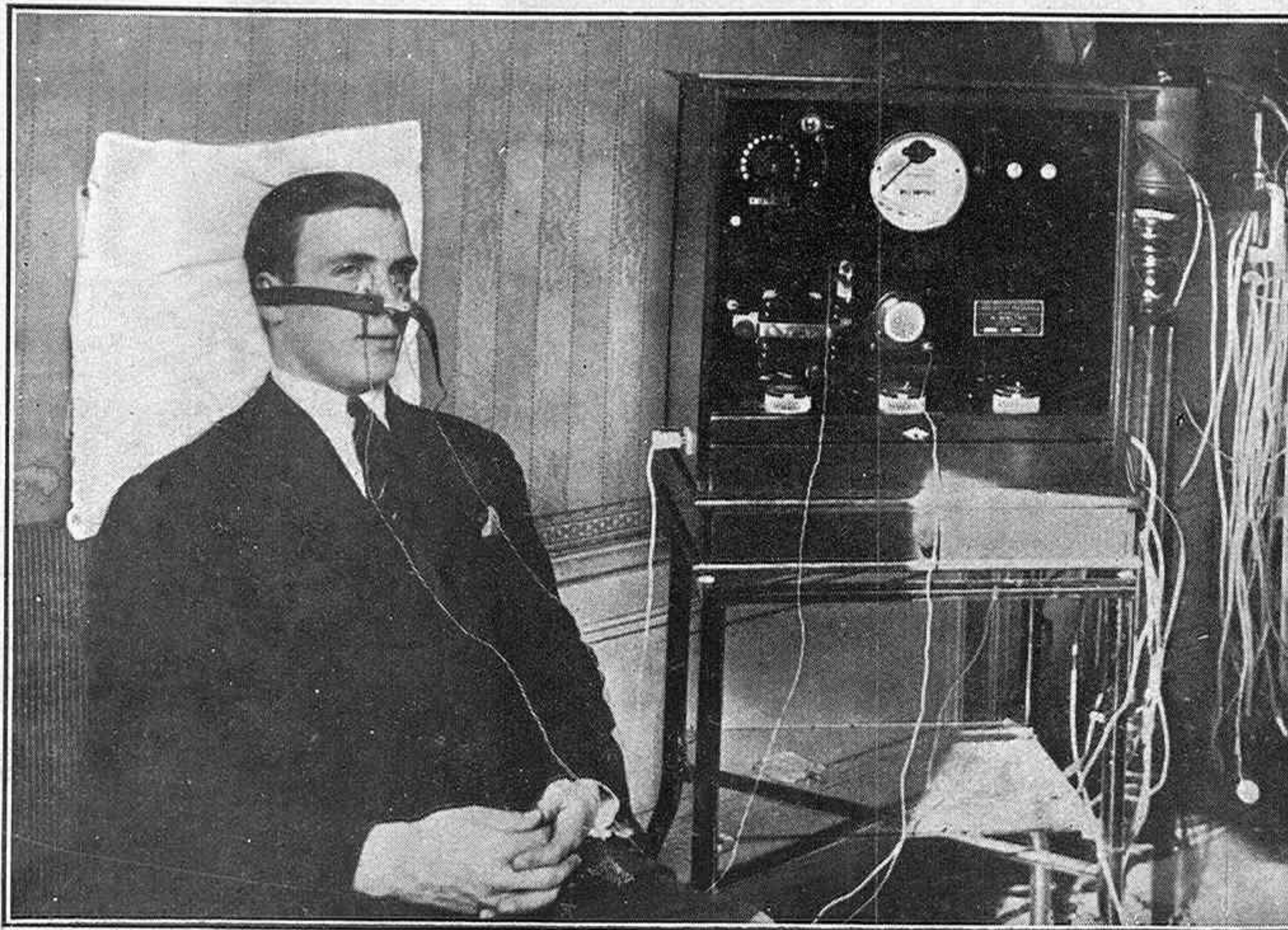
BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

Libros nuevos

Einstein y el misterio de los mundos, por Peyote. Tres volúmenes de la colección «La novela prodigiosa». Su autor, por supuesto, no descubre novedad alguna á las personas ya batidas en las ciencias relacionadas con los descubrimientos de Einstein. Su propósito—logrado plenamente—se reduce á explicar con sencillez las teorías denominadas de la relatividad. Plausible intención. Ya los profesores alemanes han emprendido la tarea de adaptar estas nuevas teorías físicas á los métodos de enseñanza; y bien está que nosotros, no muy lejos de la ciencia y de la actividad pedagógica de otras afortunadas naciones, nos esforcemos en divulgar las teorías de Einstein. Editorial Arte y Ciencia (C. A.). Madrid, 1928.

— *El navío aéreo*, por Luigi Motta. La Casa

«El Doctor eléctrico» y sus maravillas



He ahí una invención reciente que será acogida, no bien se popularice, con verdadero júbilo por los catarrosos. Imaginése el lector que tiene la desgracia de atrapar corizas á cada dos por tres, no bien soplan los airecillos invernales, lo que significa disponer de un aparato capaz de curar un resfriado en el plazo brevísimo de diez minutos; ni minuto más ni minuto menos. Así lo afirma el inventor del mismo, M. Bordier, catedrático de la Facultad de Medicina de la Uni-

versidad de Lyon, y es claro que cuando lo asegura tan alta autoridad médica ha de dársele entero crédito á sus asertos. Tanto más cuanto que el llamado por su autor *le docteur électrique* tiene rigurosa base científica. Se trata, en efecto, de una utilización de la corriente de alta frecuencia llamada *calor di térmico*, que, penetrando en los tejidos de la mucosa nasal, destruye con gran rapidez los gérmenes patógenos sin dañar lo más mínimo la delicada membrana.

editorial Maucci, de Barcelona, ha dado á la estampa esta interesantísima novela de aventuras, traducidas pulcramente por Gonzalo Calvo.

— *El periodismo*, por Desiderio Marcos.

Imprenta «Universal». México, 1928.

He aquí un libro venido de allende los mares, y que en «aquende»—y por no decir en todos los climas y en todos los países y á todas las horas—

con nuestro revuelo actual, de periodistas y escuelas de periodistas, resulta de palpitante actualidad. El señor Marcos, periodista de grande y arraigado romanticismo, que acometió su noble empeño en nuestra patria, y que la vida le llevó á América, señala defectos y virtudes—más aquéllos que éstas—del periodismo americano. Un libro leal, que fustiga, anatematiza, sin que podamos tildarle como demoleedor. Un libro lleno de verdades, crueles si se quiere, pero verdades... escandalosas, que no van, claro es, para los que ejercitan la profesión alta la frente y limpio el corazón de bajas pasiones.

NOTA CÓMICA

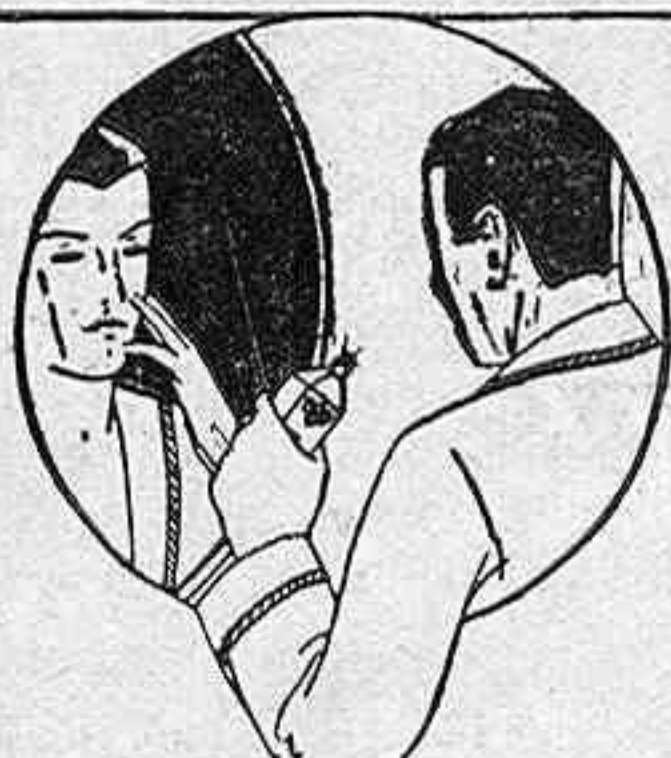


Ella.—Te juré que eres el primer hombre que he querido en este mundo.

El.—¿Por qué me lo juras?

Ella.—Por la salud de mis hijos.

(De Bosch, en «Muchas Gracias».—Madrid)



La navaja no molesta si antes y después de afeitarse usa usted

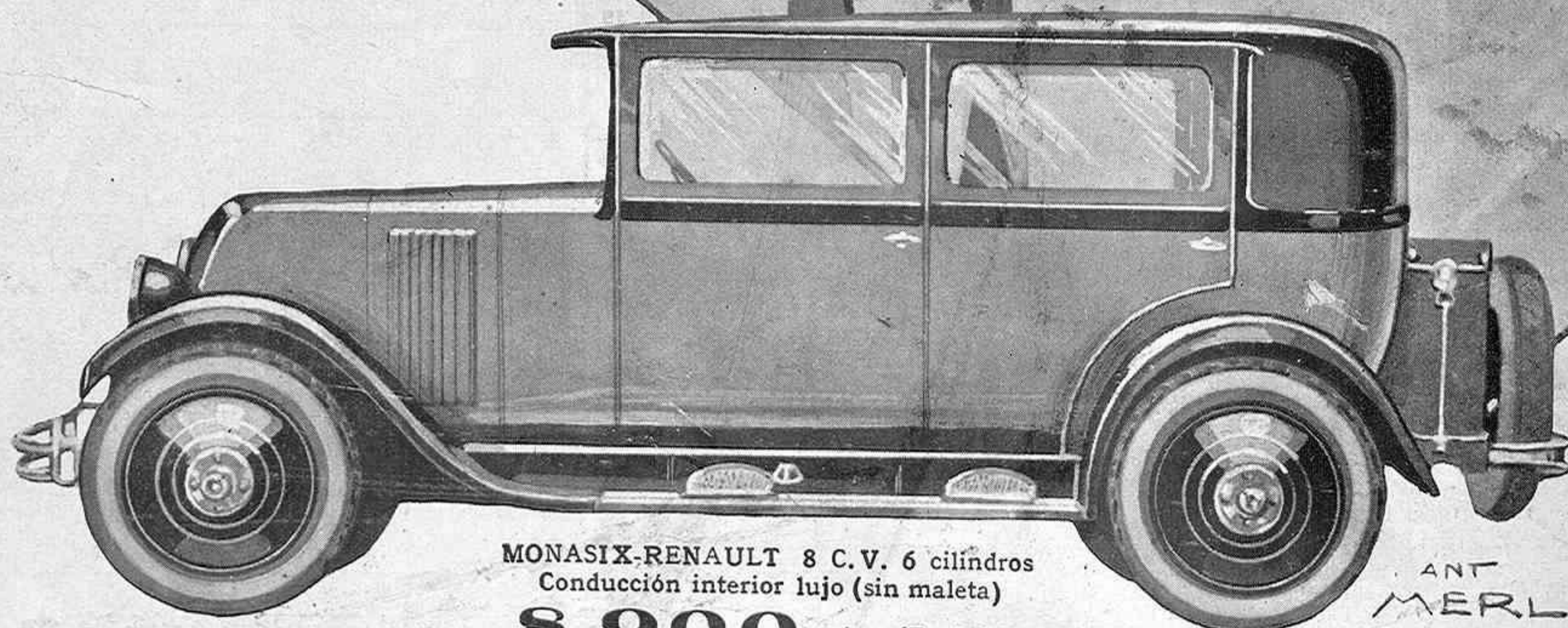
CREMA de Miel y Almendras HINDS

El uso de la **CREMA HINDS**

Suaviza el cutis y lo vigoriza y lo protege y lo aclara y lo blanquea y lo limpia y lo sana

Pídala dondequiera que vendan artículos de tocador.





MONASIX-RENAULT 8 C.V. 6 cilindros
Conducción interior lujo (sin maleta)

8.900 ptas. (En Irún)

ANT
MERLO

RAPIDO COMO UN CIERVO ES SIEMPRE EL COCHE RENAULT

Pidan pruebas y detalles en la **S. A. E. de Automóviles RENAULT**

MADRID { Dirección, Oficinas y Depósito: Avda. de la Plaza de Toros, 7 y 9
Salón-Exposición: Avda. Pi y Margall, 16

SUCURSALES { SEVILLA: Martín Villa, 8 (En La Campana)
CORDOBA: Concepción, 29

Y EN SUS AGENCIAS DE TODAS LAS PROVINCIAS